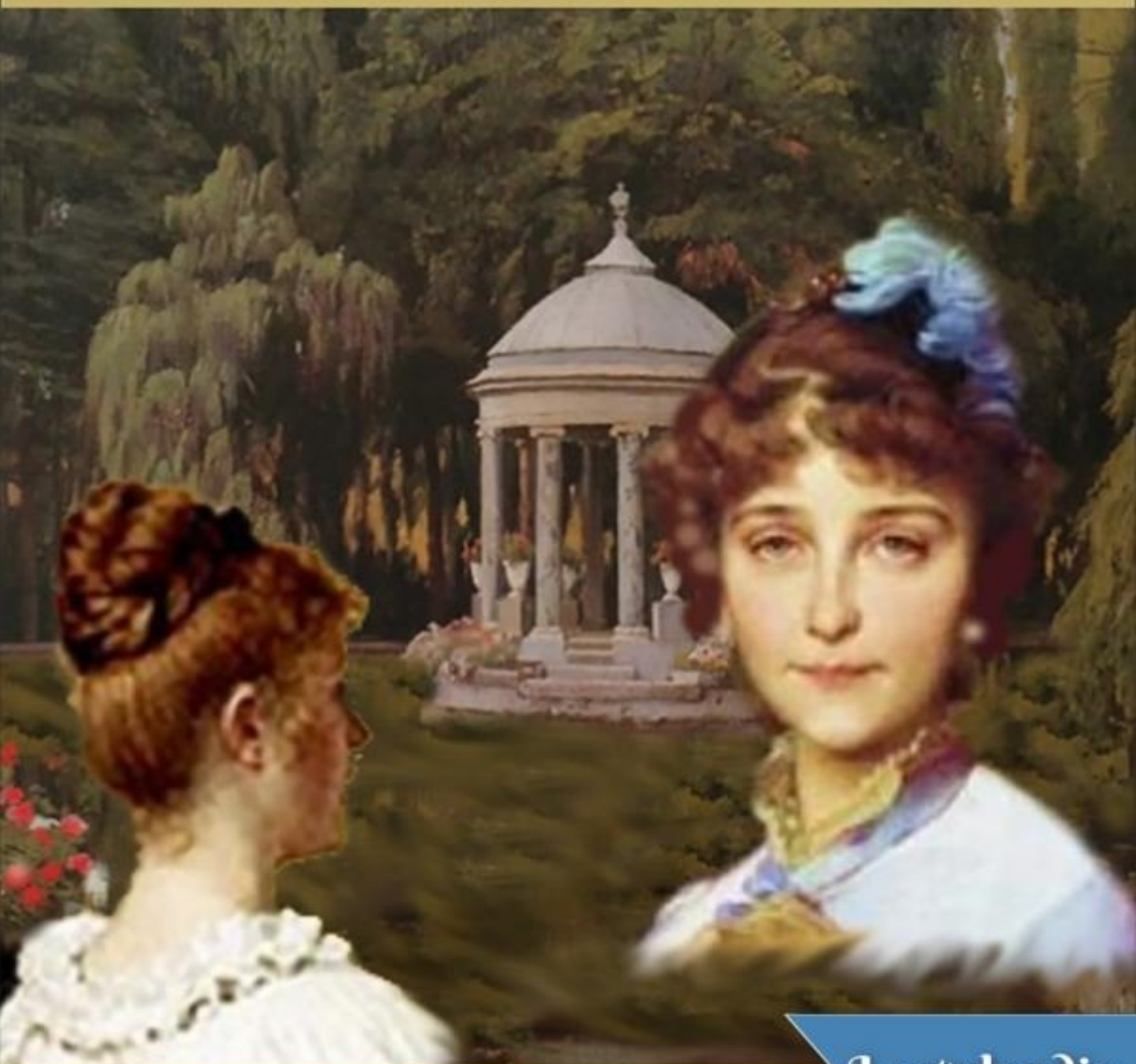


# LA EXPATRIADA

M. Delly



Lectulandia

Una joven, a la muerte de su madre, pariente de un importante aristócrata, es recogida por la madre de éste y queda a su servicio como doncella en el palacio de éstos. Es objeto de humillaciones y envidias por parte de los habitantes de la mansión, pero la bondad natural de la joven logra superar todos los desafectos, incluso la misantropía del noble.

**Lectulandia**

M. Delly

# **La expatriada**

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2018

Título original: *L'expatrié*  
M. Delly, 1920  
Diseño de portada: mabalgo  
Escaneo y OCR: mabalgo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

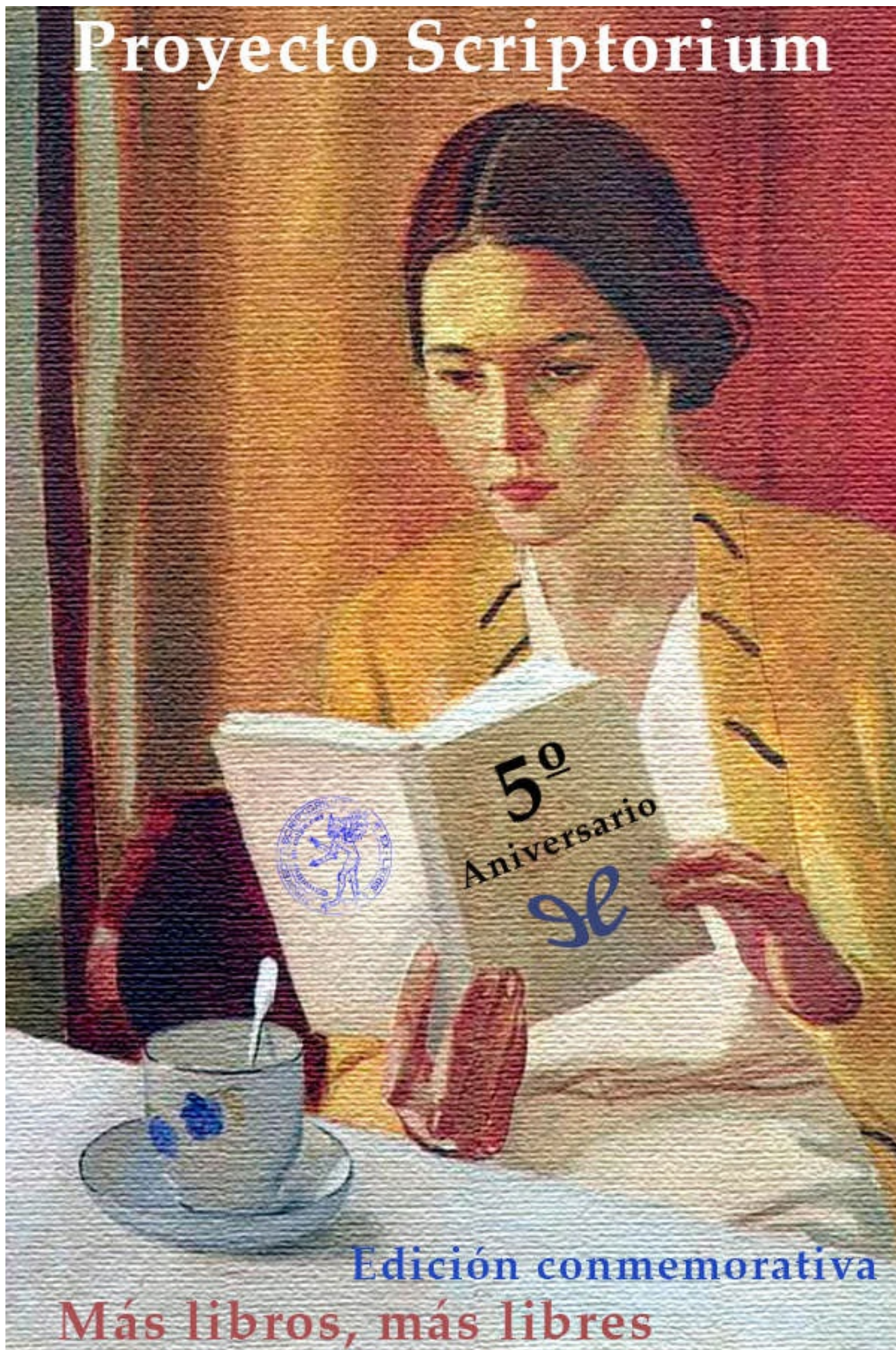
---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# Proyecto Scriptorium



Edición conmemorativa

Más libros, más libres



# Capítulo 1

**D**esgarradas un momento por una racha de fresco norte, las nubes dieron paso a un vivo rayo de sol, que se filtró por los cristales de la bow-window<sup>[1]</sup>, junto a la cual descansaba Mirtea su delicada cabeza en el respaldo de un sillón. Perfumaban la tibia atmósfera del aposento precoces violetas y lirios de los valles, que a la sombra de palmeras y altos helechos crecían en anchos macetones.

Era una miniatura de invernadero. Entre las macetas y las plantas verdes quedaba, todo lo más, el espacio necesario para el sillón en que se había deslizado la grácil persona de Mirtea<sup>[2]</sup>.

Ésta descansaba cerrados los ojos. Sus largas pestañas doradas rozaban sus mejillas sedosas y con reflejos de nácar; sus manos abandonábanse sobre su blanca falda. La admirable pureza de los rasgos de la joven evocaba el recuerdo de esas admirables estatuas debidas al cincel de los escultores de la Grecia antigua.

Sin embargo, aquellas puras líneas no estaban aún enteramente formadas, pues Mirtea no había cumplido aún los dieciocho años... Y esa tierna juventud hacía todavía más conmovedores el pliegue doloroso de la boca, de perfecto dibujo, el cerco azulado de que rodeaba los ojos de la joven y las lágrimas que se deslizaban lentamente de sus cerrados párpados.

Descendía sobre su nuca, en peinado casi infantil, una espesa cabellera de anchas ondulaciones naturales y de color rubio cálido, que en ciertos momentos adquiría tonos casi leonados, y, poco después, parecía dorada y luminosa. Sus bandós servían de armonioso marco al maravilloso rostro, dulcemente iluminado por aquel alegre rayo de sol colocado entre dos nubarrones.

Mirtea permanecía inmóvil, y, sin embargo, no dormía. Aun cuando no la hubiese mantenido desvelada su solicitud filial, pronta a acudir al llamamiento de su madre, la dolorosa angustia que le oprimía el corazón le hubiera impedido disfrutar de un verdadera reposo.

Pronto, al día siguiente, tal vez, se encontraría huérfana y sola en el mundo. Ningún pariente estaría allí para ayudarla en aquellos terribles momentos, temidos por almas más maduras y más experimentadas; no existía ningún hogar que pudiese acogerla como otra hija.

Tenía su madre, y al partir ésta para otra vida, quedaba sola la joven y sin recursos, pues la pensión vitalicia de que gozaba la señora Elyanni cesaba con ella.

Mirtea era hija de un griego de antigua estirpe y de húngara de noble raza. La condesa Eduvigis Gisza había roto con toda su parentela al casarse con Christos Elyanni, cuyo antiguo linaje no podía hacer olvidar, a los ojos de los altivos magnates húngaros, que sus padres habían descendido de su rango al ocuparse de negocios, y que él no era, por su parte, más que un artista menesteroso.

Artista, lo era Elyanni en toda la extensión de la palabra. Apasionado de ideal,

vivía en perpetuo embeleso, en el que flotaban visiones de sobrehumana hermosura. La bella condesita húngara, a quien vio un día en París en una fiesta de caridad, a la que acudió Christos llevado por un amigo, le impresionó por, su gracia delicada, algo etérea, y la radiante dulzura de sus azules ojos.

Ella, por su parte, no dejó de advertir a aquel joven desconocido, cuyos largos cabellos negros orlaban un rostro muy diferente de todos los que veía en torno suyo; un rostro de medalla griega, al que comunicaba un indefinible hechizo la radiante mirada de un continuo pensamiento interior.

Hízose presentar al artista, y obtuvo de la vieja prima que la acompañaba que Elyanni hiciese su retrato.

Menudearon las sesiones, y el joven griego, que suspiraba silenciosamente ante su hermoso modelo, atrevióse un día, arrebatado por el entusiasmo que en él despertaban la gracia y la amabilidad de la condesita, a declararle su pasión. Eduvigis Gizza, enamorada a su vez del pintor, correspondía a su pasión ardiente. La joven era mayor de edad; no tenía parientes próximos, y su fortuna, aunque poco considerable, era independiente. Otorgóle, pues, su mano... Y fue un matrimonio feliz y desdichado a la vez.

Dichoso, porque les unía un amor profundo y no veían nada fuera de sí mismos; desdichado, porque tenía idénticos defectos, gustos iguales en demasía. En tanto el carácter soñador y en exceso idealista de Elyanni hubiera necesitado en su compañera el contrapeso de su juicio firme y práctico, el pintor no halló en Eduvigis más que un lindo pájaro que adoraba las flores, la luz, los tejidos claros y tornasolados, incapaz de idear nada serio y positivo, y del todo ignorante del gobierno de una casa.

Después de haber vivido durante dos años en la patria del artista, estableciéronse en París. El pintor amaba la capital de Francia, donde había nacido, donde había muerto su madre, una francesa; y, sobre todo, esperaba abrirse paso, al fin; alcanzar alguna notoriedad, realizar el sueño de gloria que cantaba en su alma.

Pero Elyanni ni sentía el gusto del reclamo ni atendía a él para nada. Además, sus obras, por su carácter de elevado idealismo, no se adaptaban a las tendencias modernas. En consecuencia, el éxito ardientemente esperado no llegó; la fortuna de Eduvigis desapareció poco a poco, y el día en que murió el artista, de una enfermedad causada por el desaliento que lentamente infiltróse en su corazón, no le quedó a su esposa más que una renta vitalicia, relativamente considerable, que le dejó al pintor y después de él a su viuda, un viejo primo que años antes extinguióse en la isla de Chio.

Mirtea tenía en aquel entonces doce años. Era una niña viva y alegre, idolatrada de sus padres, admiradores de su belleza y de su inteligencia. Una piedad ardiente y muy profunda, y la dirección de una anciana institutriz, señora de elevados sentimientos, preserváronla felizmente de las consecuencias que hubiera podido tener una educación, dada por aquellos dos seres amables y buenos, pero nada idóneos para dirigir a una niña.

Por esto, a la muerte de Elyanni pudo verse una cosa a la vez conmovedora y

exquisita: la pequeña Mirtea, dominando el dolor que le causaba la pérdida de un padre muy querido y el espectáculo de desesperación de su madre, revelóse de repente casi una mujer por la seriedad y el juicio de que dio muestras, organizando, con el auxilio de un antiguo amigo de su padre, una nueva existencia, y cuidando con tierna abnegación a su madre, cuya salud, débil de siempre, sufrió un rudo golpe con el fallecimiento de Elyanni.

Madre e hija instaláronse en Neuilly, en el cuarto piso de una casa sumamente reducida, habitada por modestos empleados.

La señora Elyanni, a quien la experiencia no logró corregir, quiso tener el bow-window continuamente colmado de flores.

—Más bien prescindiría de comer que privarme de la presencia de flores en torno mio —respondió al tutor de Mirtea, quien discretamente advirtió que los ingresos tal vez no permitiesen...

—¡Oh, caballero! Sentiría muchísimo que mamá tuviera que verse privada de flores —añadió vivamente Mirtea.

Convenía también que fuese delicado el alimento de la señora Elyanni... Y como ésta sentía horror por los tonos oscuros, exigía que su hija vistiese siempre de blanco dentro de su casa, costumbre nada económica; pues la niña, que desempeñaba valerosamente y con sonriente atención numerosos quehaceres domésticos, veíase precisada a reemplazar frecuentemente sus vestidos, que no sufría ver ajados su madre. Ocurría, en otros detalles lo mismo que en éste, motivo por el cual, y a pesar de las economías que Mirtea lograba realizar en otras cosas, el presupuesto de ingresos se equilibraba con bastante dificultad a veces.

Fue preciso contar también con los gastos de su instrucción, que pudo reducir al mínimo la extrema facilidad y las admirables disposiciones de que estaba dotada. El año precedente había obtenido diploma superior, y logró desarrollar asimismo, tomando lecciones de un excelente profesor, su notable talento de violinista.

Tal era Mirtea: alma exquisita, ardiente y pura, corazón delicado y fervoroso, cristiana admirable, niña por su ingenua sencillez, mujer por la energía y la reflexión de un espíritu que maduró a los embates de la prueba y de las responsabilidades que hubo de arrostrar, pues todos los cuidados recaían sobre ella. La señora Elyanni, languidescente de alma y de cuerpo, dejábase mimar por su hija, y declaraba su incapacidad para ocuparse de nada. Hacía tiempo que se negaba a salir enteramente de casa, y pasábase los días enteros tendida, ocupándose en maravillosas labores de bordado o divagando, fijos los ojos en el último cuadro pintado por su marido, y en el cual el artista se había representado entre su mujer y su hija, en su estudio, que alegraba la claridad del sol.

Habíase aislado de esta suerte, apresurando la marcha de la enfermedad, que, al fin, la abatió dos días antes.

Al ver reflejada en la fisonomía del médico la inquietud, Mirtea comprendió que era grande el peligro... Y al oír, la víspera, que su madre llamaba al sacerdote, díjose



que todo había concluido; pues el alma indolente de la señora Elyanni era de aquellas que aguardan los últimos síntomas, precursores del fin, para atreverse a pensar en ponerse a bien con Dios.

Aquella mañana lleváronle el Viático... Y tanto para dejarla hacer con todo sosiego su acción de gracias como para ocultar a su mirada las lágrimas que difícilmente contuvo durante la ceremonia, refugióse Mirtea en la ventana.

La joven amaba entrañablemente a su madre con ternura que adquiriría, sin darse ella cuenta, un matiz de protección muy explicable, atendida la debilidad moral de la señora Elyanni. El corazón de Mirtea necesitaba entregarse, expansionarse en abnegación sobre otros corazones débiles o desanimados. Desaparecida su madre, terminaría aquella solicitud de cada instante que exigía, sobre todo de algunos meses a aquella parte, la salud de la condesa. Nadie la necesitaría ya... A menos que se hiciese religiosa para desbordar sobre sus hermanos en Jesucristo los tesoros de ternura contenidos en su corazón. Pero la voz divina no había hasta entonces hablado, y Mirtea ignoraba si tenía vacación religiosa.

En el silencio reinante, turbado apenas de rato en rato por el ruido de un tranvía, una voz débil llamó:

—¡Mirtea!

La joven levantóse vivamente y entró en el cuarto, decorado con claros tapices y muebles de laca blanca. Verdes plantas y ramilletes de flores ornaban sus ángulos, decorando las mesas y la chimenea... Y sobre una mesa, cubierta con blanco mantel, abríanse también otras flores entre los dorados candelabros y el crucifijo.

Mirtea acercóse al lecho y se inclinó sobre el pálido y ajado rostro, rodeado de blondos cabellos cenizosos.

—¡Aquí estoy, mamá mía! ¿Qué quiere usted de su hijita? —exclamó depositando un tierno beso en la frente de la moribunda.

—Quiero hablarte, hija mía... Escúchame: desde que siento llegar la muerte, he comprendido..., he comprendido...

—¡Mamá!... —murmuró la entristecida joven.

Los azules ojos de la enferma, envolvieron a su hija en una mirada profundamente afligida.

—Es preciso que nos acostumbremos a esta idea, hija mía... He comprendido, pues, que yo no he sido para ti buena madre.

—¡Mamá! —replicó Mirtea, con un gesto de protesta.

—Sí, querida mía; es la verdad. Es cierto que te he amado mucho; pero, en otro sentido, no he llenado ninguno de mis deberes maternos. He declinado en tu joven alma valerosa todas las responsabilidades, todos los cuidados; no he sabido más que encerrarme en mi pena y gastar egoístamente todo nuestro haber, en vez de pensar en economizar para ti.

—¡Era justo, mamá; estaba bien así! Yo soy joven; trabajaré...

—¡Trabajarás!... ¡Pobre alma mía! ¿Qué podrás hacer? La competencia es

enorme..., y, por otra parte, tú no puedes vivir sola, Mirtea. Te conviene el abrigo de un hogar, la seguridad en el seno de una familia seria... He pensado, pues, en mi prima Gisela... Ya sabes que es la única, entre toda mi familia, que ha continuado relacionándose conmigo. Algunos años antes de mi matrimonio casóse ella con el príncipe Segismundo Milcza. De esa unión nació un hijo. Algunos años más tarde me participó su viudez luego sus segundas nupcias, el nacimiento de cuatro hijos, y, finalmente, su segunda viudez. Nos queríamos mucho, y he creído que en recuerdo mío aceptaría tal vez acogerte.

Mirtea se levantó vivamente.

—Mamá, ¿quiere usted que vaya a mendigar la protección y la hospitalidad de esos parientes que no quisieron conocer a mi querido padre?

—¡Oh, los otros no! Pero Gisela nunca ha dejado de considerarme como de la familia.

—¡Sin embargo, mamá, no me parece admisible que yo deba ser una carga para la condesa Zolanyi! —exclamó Mirtea con viveza.

—No; pero mi prima debe tener grandes y poderosas relaciones, pues los Gisza, los Zolanyi, los Milcza, sobre todo, pertenecen a la primera nobleza magiar. Estos últimos son de real estirpe, y su fortuna es incalculable. Por tanto, Gisela podrá, mejor que nadie, ayudarte a encontrar una posición estable; será para ti una consejera, protectora... Y yo quisiera que la escribieses de parte mía, a fin de que yo pueda confiarte a ella.

—Lo que usted quiera, mamá —respondió Mirtea, besando la linda mano enflaquecida que descansaba sobre el cobertor de seda blanca, algo amarillenta.

Mirtea, bajo el dictado de su madre, escribió un sencillo y patético llamamiento a aquella parienta de ella desconocida. La señora Elyanni, aunque con gran trabajo, consiguió firmar el papel, y Mirtea preguntóle después:

—¿A dónde debo dirigir esta carta?

—Desde que volvió a enviudar, Gisela vive en el palacio Milcza, en Viena. Supongo que después de la muerte del conde Zolanyi habrá ido a vivir con su hijo mayor, que tal vez no se haya casado todavía. Manda la carta con esa dirección. Si Gisela no está allí, se la remitirán donde resida.

Mirtea puso con mano temblorosa el sobrescrito, pegó el sello y dijo, levantándose:

—Voy a llevarla a casa de las señoras Millon. Una u otra tendrán, seguramente, ocasión de salir esta mañana y podrán echarla al correo.

Las señoras de Millon ocupaban un piso en el mismo rellano que Mirtea y su madre. La de más edad era viuda de un empleado ferroviario; la joven, hija suya, trabajaba para un almacén de flores artificiales. Eran dos buenas y honradas personas, serviciales y discretas, que admiraban a Mirtea y lo hubieran hecho todo para procurarle cualquier placer. Aislada como estaba la joven, pues su madre nunca quiso anudar relaciones, varias veces encontró un auxilio material o moral cerca de sus

vecinas, y por ello, les guardaba un reconocimiento que se traducían en palabras halagüeñas y delicadas atenciones, pues el corazón de Mirtea, nada mezquino ni vanidoso, no la llevaba a considerar ante todo la situación social ni la posición o educación más o menos distinguida del prójimo.

Abrióle la puerta la señorita Albertina, joven y linda trigueña, de buena estatura, tez pálida y mirada muy dulce.

—¡Entre usted, entre, señorita Mirtea! —díjole afablemente y dejándole paso para que penetrase en el comedor.

En él estaba la señora Millon, mujer pequeña, viva y simpática, amonestando a un chicuelo de cinco a seis años, un huerfanito que la muerte de su hija mayor y de su yerno dejaron a su cargo.

Al ver a Mirtea, avanzó presurosa hacia ella, preguntándole:

—¿Qué tal? ¿Cómo sigue mamá?

—¡Está tan débil, tan débil! —murmuró la joven, ahogando en su garganta un sollozo.

—¡Pobrecita! —exclamó la anciana señora tomándole la mano, en tanto Albertina volvía la cabeza para disimular una lágrima.

—Vengo a pedirles un favor —dijo Mirtea, procurando dominar el temblor de su acento—. Cuando una de ustedes salga, ¿querrá llevar esta carta al correo?

—¿Cómo no? Precisamente ha de salir Albertina dentro de poco, y lo hará de buen grado.

—Yo también iré a llevar la carta —dijo el muchacho, que se había adelantado y apoyaba mimosamente su fresca mejilla contra la mano de Mirtea.

—Sí; esto es, Juanito..., y luego rezarás una oracioncita para mi querida mamá —dijo la joven, acariciando los enortijados cabellos del niño.

—Le rezaremos todas las noches una, señorita Mirtea... Y ya sabe usted si necesita algo, sea lo que fuere, aquí estamos las dos para servirla.

—Oh, ya conozco su buen corazón —exclamó Mirtea, tendiendo la mano a las dos mujeres—. ¡Gracias, gracias!... Ahora vuelvo corriendo al lado de mi pobre mamá.

Cuando la joven hubo desaparecido, la viuda Millon puso la carta sobre la mesa, no sin dar un vistazo al sobrescrito:

—Condesa Zolanyi... Palacio Milcza... Esas señoras no nos han dicho nunca gran cosa de sí mismas; pero tengo la idea, Titina, de que pertenecen a elevada alcurnia. El otro día, mientras estaba al lado de la señora Elyanni, observé, en un lindo pañuelo que tenía en la mano, una coronita bordada.

—Y la señorita Mirtea tiene, sin afectación, maneras de princesa; esto se ve pronto. Si tuviese parientes de gran posición que quisiesen acogerla y la amasen como ella se merece, pues a la pobre señora me parece que le queda poco tiempo de vida, mamá.

—¡Ah, creo que no! ¡Si pasa la noche, será todo lo más!... ¡Pobre señorita

Mirtea!... ¿Ves, Titina? Esto me oprime el corazón.

Y la buena mujer sacó un pañuelo para secarse una lágrima furtiva, mientras Albertina, cerrando los labios para dominar su emoción, entraba en el aposento contiguo en busca de su sombrero.

Entre tanto, Mirtea se había vuelto al lado de su madre y se ocupaba en deshacer el altarcito. Iba y venía con suavidad, incomparablemente elegante y esbelta, con movimientos de infinita gracia.

—¡Mirtea!

La joven acercóse al lecho. La señora Elyanni tomó su mano, diciéndole:

—¡Mírame, hija mía!

Los azules ojos de la madre hundiéronse en las admirables pupilas negras, aterciopeladas, radiantes, de pura claridad interior. Toda el alma enérgica, ardiente, virginal, de Mirtea, estaba allí. Y la señora Elyanni murmuró dulcemente:

—¡Déjame que contemple todavía tus ojos, tus bellos ojos!... ¡Mirtea, luz mía!

—¡Mamá, no me hable usted así! —suplicó la joven.

—No hay más que una verdadera luz, la de Dios, y no... Sí; Dios es la luz; pero esta luz increada se comunica a las almas puras, y éstas la derraman en torno suyo... No te admires de oírme hablar así, hija mía. Desde ayer, tu pobre madre ha reflexionado mucho; ha comprendido lo que has sido tú para ella, lo que le había concedido Dios otorgándole una hija como tú, y cómo le habría sido imposible vivir sin el ángel que incesantemente ha tenido a su lado. ¡Yo te bendigo, Mirtea, amor mío; te bendigo con toda la vehemencia de mi corazón!

—Las manos de la moribunda posáronse sobre la rubia cabellera.

Mirtea, sollozante, había caído de hinojos.

—¡No llores, hijita mía! Piensa que pronto volveré a encontrar, a mi amado Christos. Desde lo alto, ambos velaremos por ti.

Agotadas sus escasas fuerzas, interrumpióse la señora Elyanni, dejando caer sus manos, que Mirtea apretó contra sus labios.

Y así permanecieron inmóviles madre e hija, saboreando el doloroso goce aquellas horas postreras.



## Capítulo 2

**E**nvuelta en sus negros crespones, algo encorvada bajo su largo chal negro Mirtea andaba como en sueños entre las señoras Millon.

Volvió hacia el aposento vacío desde donde acababa de partir el despojo mortal de la señora Elyanni.

La joven sentíase aniquilada, sin poder coordinar idea alguna. Albertina habíale tomado dulcemente la mano para apoyarla en su brazo. Y esta señal de afectuosa atención derramó un ligero bálsamo consolador en el destrozado, corazón de Mirtea.

Al llegar al rellano del cuarto piso, la señora Millon dijo:

—Va usted a almorzar con nosotros y acabar el día aquí, señorita Mirtea... Y, si le parece bien, no vaya a acostarse sola en el piso; en casa hay sitio para usted... Sería demasiado triste que...

Mirtea tomó las manos de la excelente señora y las oprimió fuertemente.

—¡Gracias, gracias, señora! Pero yo prefiero retirarme enseguida, acostumbrarme a esa soledad, al pensamiento de no volver a verla ya allí...

Un sollozo cortóle la voz.

—... Mañana, si no es molestia, vendré a compartir su comida... Pero hoy no puedo, no puedo... ¡No lo tome usted a mal, se lo suplico!...

—¡Oh, seguramente que no, pobrecita mía! Haga a usted lo que le cueste menos..., Pero déjeme que le traiga una tacita de caldo.

—No, ahora no; me sería imposible tomarlo. Esta noche probaré...

Y dichas estas palabras, la joven tendió la mano a la madre y a la hija, y entró en su habitación, donde la sirvienta se ocupaba en ponerlo todo en orden.

Mirtea refugióse en su aposento, un cuarto amueblado con suma sencillez. Quitóse su sombrero, su chal y sentóse en una silla baja, junto a la ventana.

Por primera vez, tuvo la cara conciencia del doloroso aislamiento en que le había sumido la muerte de su madre al acompañar el coche fúnebre que se llevaba aquel ser querido a su última morada... Y ahora asaltábale de nuevo y más viva aquella impresión, al encontrarse sola en una casa donde durante varios años había prodigado su abnegación a aquella madre, de quien era afecto único.

Mirtea telegrafió la triste noticia a su tutor. Éste, viejo célibe, vivía en la costa provenzal, retirado de la vida del arte, que le enriqueció, y a la que había consagrado gran parte de su existencia. El tutor respondió con una vulgar forma de pésame; y excusó su asistencia, poniendo por delante sus reumatismos, que le impedían todo viaje. Ofrecimientos de servir a su pupila, ninguno.

La condesa Zolanyi no había contestado. Tal vez no se encontrase en Viena. Por otra parte, Mirtea confiaba muy poco en aquella dama, que seguramente no se preocuparía de una joven pariente indigente y desconocida. Así, pues, la joven imaginó que, dominado aquel primer aniquilamiento que la tenía abatida y sin energía para nada, consideraría luego, claramente la situación y buscaría, con el auxilio de las

señoras Millon, un medio de salir de apuros.

Pero hoy, no; no le era posible... Sentíase débil como una criaturita. En aquel momento sonó el timbre de la puerta del piso. La sirvienta fue a abrir.

Mirtea oyó rumor de voces. Luego llamaron a la puerta de su cuarto.

—Señorita Mirtea, es una señora que desea hablar con usted.

El momento era tan poco oportuno para recibir una visita, que la joven estuvo para responder:

—¡Hoy, no!... ¡Hoy, no!...

Pero dominóse, y, levantándose, entró en el aposento contiguo.

Una señora de mediana estatura, vestida con discreta elegancia de medio luto, permanecía en pie en medio del comedor. Debajo, del velillo, Mirtea observó un rostro algo ajado y unos ojos que le recordaron los de su madre.

Aquellos ojos expresaron una especie de sorpresa admirativa al fijarse en la joven.

La desconocida adelantóse hacia Mirtea y díjole en francés, con leve acento extranjero:

—¿Llego tarde?... ¡Ah, pobre Eduvigis!...

—¡Sí; Dios se la ha llevado a su seno! —gimió Mirtea con los ojos inundados de lágrimas.

—¡Pobre niña! —murmuró la extranjera, tomándole la mano y mirándola compasivamente—. ¡Y decir que yo estaba en París! ¡Pudiera haber acudido inmediatamente al lado de Eduvigis! Pero la carta me ha llegado de Viena esta misma mañana.

—¡Cómo! ¿Estaba usted en París? —exclamó Mirtea con pesaroso acento—. ¡Oh, si hubiéramos podido sospecharlo!... Pero, siéntese usted; señora... y permítame, desde ahora, agradecerle que haya acudido tan pronto al llamamiento de mi pobre madre.

—Era cosa muy natural —repuso la condesa, tomando asiento en el sillón que le ofrecía Mirtea—. Eduvigis y yo éramos primas..., su padre y el mío eran primos hermanos... Crecimos en gran intimidad, y yo he conservado siempre muy gratamente su recuerdo, a pesar..., en fin, a pesar de su matrimonio; que descontentó a toda nuestra parentela.

La frente de Mirtea ensombrecióse un poco, en tanto la condesa continuaba diciendo con acento sosegado en que se traslucía alguna emoción:

—No he vacilado, pues, en venir, con la esperanza de encontrarla aún en vida... Pero la portera me ha dicho que... todo había concluido.

—¡Sí, señora hoy he perdido a mi pobre mamá para siempre..., para siempre! ¡Oh, Dios mío!

Mirtea estaba sentada enfrente de la condesa, y el día, algo nuboso, iluminaba con tenue claridad su delicioso rostro fatigado y palidecido, por el que, ardientes y abundantes, deslizábanse las lágrimas.

La condesa pareció conmoverse; sus ojos, de viva expresión; humedeciéronse un poco. Inclínose y tomó la mano de la joven.

—Vamos, hija mía; no se desconsuele usted. En recuerdo de Eduvigis, estoy dispuesta a concederle esa protección que mi prima solicitaba para usted... Cuénteme algo de su vida; hábleme de ella y de usted.

No podía negarse que la condesa se mostrara benévola, bien que con cierto matiz de condescendencia que no escapó a la penetración de Mirtea. Sin embargo la joven, que había temido encontrarse con una dama orgullosa, experimentó un alivio al observar cierta dosis de simpatía y de amabilidad en aquella parienta desconocida.

Así, pues, hízole brevemente el relato de su existencia desde la muerte de su padre. A veces, la condesa dirigíale una pregunta, y, entre otras cosas, quiso enterarse de cómo estaba de fondos la huérfana.

Mirtea le reveló que no poseía nada, excepto un capitalillo que representaba una renta de cuatrocientos francos.

—Sí; esto leí en la carta; pero pensé que tal vez poseyese usted otros pequeños recursos. Eduvigis tenía muy hermosas joyas, diamantes que representaban una suma considerable...

—Todo se lo han llevado las enfermedades, excepto una cruz de ópalos que mamá tenía en grande estima.

—Sí; es una alhaja de la familia, procedente de una abuela... Así, ¿no posee usted nada, hija mía?... Y parientes del lado paterno, ¿no tiene usted?

—Ninguno, señora. La familia de mi padre estaba ya completamente extinguida cuando él contrajo matrimonio.

La condesa pasóse por la frente con lentitud su mano fina, admirablemente enguantada.

—En este caso, hija mía, paréceme tener trazado ya mi deber. Por parte de su madre, es usted una Gisza, cosa que nadie puede discutir; tiene usted, pues, derecho al abrigo de mi hogar.

—Señora, únicamente pido una cosa —interrumpió Mirtea con viveza—: y es que me ayude usted a encontrar una colocación seria en una familia respetable... No quisiera ser una carga para usted; mi único deseo es ganarme la vida.

Las rubias cejas de la noble dama frunciéronse ligeramente.

—¿Una colocación, dice usted? ¿Cuál? ¿Institutriz? ¿Señorita de compañía?... En primer lugar, le responderé que es usted demasiado joven, y... en fin tiene usted una fisonomía y unas maneras... que dificultarán poder encontrar para usted una posición de ese género.

Mirtea sofocóse, y otra vez inundáronse de lágrimas sus ojos. Ajena por completo a la coquetería, el cumplimiento implícitamente contenido en la aseveración de su interlocutora, no hizo más que causarle una impresión penosa, haciéndole tocar con el dedo el obstáculo que se alzaba ante sus propósitos de trabajo.

—¡Sin embargo, preciso será que me gane la vida! —exclamó, retorciéndose

inconscientemente sus manos, admirablemente modeladas.

—Hija mía, déjeme usted manifestarle que juzgo imposible permitirle desempeñar ninguna función subalterna, desde el momento que es usted parienta mía. Me desagradaría en extremo que una joven que pueda llamarme prima fuese, por ejemplo, señorita de compañía de cualquier amiga o conocida de las muchas que tengo... No, esto no puede ser en ningún modo. Sólo hay un medio de salvar la situación, al menos de momento, y es que acepte usted mi auxilio para vivir en una pensión de damas nobles donde estará usted segura.

—Y en ese caso, ¿habré adelantado algo de aquí a dos, de aquí a cinco años? —exclamó Mirtea—. No, es imposible; no puedo deberlo todo a la caridad de usted; he de trabajar.

La condesa, sorprendida, consideró algunos instantes sus lindas facciones en las que vio impresa una firme resolución.

—Entonces, no sabré cómo salir del apuro... Verdaderamente, no se me acude... A menos que..., Sí; esto lo conciliaría todo... —dijo, de pronto, con tono triunfante y dándose un golpe en la frente—. ¿Me ha dicho que tiene usted diplomas?

—Sí, señora; dos certificados.

—¿Es usted música?

—Soy violinista.

—¡Ah, muy bien! Mis hijos adoran la música, y podría usted enseñar a Renato el violín... ¿Dibuja usted también?

Algo.

—¡Mejor que mejor!... Y la lengua magiar, ¿la conoce usted?

—Como el francés. Mi pobre mamá y yo hablábamos indiferentemente una y otra. Hablo también el griego y algo el alemán.

—Siendo así, hija mía, creo que lo podemos arreglar todo —repuso la condesa con tono satisfecho y tomando de nuevo la mano de la joven—. Verá usted lo que propongo: la institutriz de mis hijos nos dejará el año próximo. ¿Quiere usted aceptar sustituirla en sus funciones? Como su contrato conmigo durará todavía un año y no tengo motivo alguno para infligirle el desaire de un despido antes de ahora, usted permanecería aguardando entre nosotros, daría usted lecciones de violín a Renato y celebraría sesiones musicales con mis hijas mayores... En fin, encontraría usted en qué ocuparse; cuando otra cosa no fuese en lectora mía, pues de un año a esta parte la vista se me fatiga mucho.

—De esta manera, sí; acepto y muy agradecida —contestó Mirtea, cuya fisonomía serenóse súbitamente—. Muchas gracias, señora.

—No me las dé aún, hija mía, pues lo que le acabo de proponer no es más que un proyecto puramente personal que deseo se realice, mas para el cual necesito la aprobación del príncipe Milcza, mi hijo mayor. Vivo en su casa y no puedo tomarla a usted bajo mi tutela, por decirlo así, sin saber lo que él pensará de esta proposición mía... Pero, no hay temor: es muy probable que me responderá que la lleve con



nosotras, y en cuanto a los honorarios haré como para la institutriz.

Un ademán de Mirtea interrumpió a la condesa.

Antes que todo, convendrá que juzgue usted, señora, si soy capaz de substituir a la institutriz de sus hijos.

—¡Oh, sin duda que sí!... ¿Quiere usted venir desde mañana conmigo, si le parece que se encuentra aquí demasiado sola?

—Preferiría no apartarme aún de esta casa —respondió Mirtea, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Como usted quiera, hija mía. Voy, pues, a escribir inmediatamente a mi hijo, a fin de saber a qué atenernos lo más pronto posible. Confíe usted; le hablaré de la obligación en que estamos de no dejar abandonada a una joven por cuyas venas circula sangre de los Giza. Es la única consideración capaz de decidirle a dar su anuencia al proyecto, pues tratar de conmovele fuera trabajo perdido... Pero, dígame: ¿cómo se llama usted, hija mía?

—Mirtea, señora.

—¡Mirtea! —respondió la condesa con tono sorprendido y de descontento—. ¿Por qué Eduvigis no le dio un nombre de nuestro país?... ¿Es usted católica, al menos?

—¡Oh, sí, señora, como mi querida mamá!... Y me llamo Gisela Eduvigis Mirtea. Mi padre fue quien deseó que se me diera habitualmente el último nombre. [*En la Grecia antigua, Mirtea era el sobrenombre de Venus, a la cual estaba consagrado el mirto*].

—En fin, eso importa poco —dijo la condesa, levantándose—. Ya que prefiere usted quedarse aquí hoy, prométame, al menos, ir a almorzar con nosotros mañana... No tema usted; no habrá ningún invitado —añadió al ver la mirada que la joven dirigió a su vestido de luto.

Bien que Mirtea tuviese grandes deseos de rehusar, asintió, no obstante, juiciosamente, haciendo un esfuerzo para que no pudiese tomar la negativa a desaire la prima de su madre.

—Voy ahora a que me conduzcan al cementerio, —dijo la condesa, dejando su dirección a la joven y tendiéndole afectuosamente la mano—. Iré a rezar sobre la tumba de mi pobre Eduvigis... Hasta mañana, pues, hija mía.

—Sí; señora, y gracias por la simpatía que le he merecido y por la esperanza que me abre usted —respondió Mirtea, con emoción.

—En adelante, llámeme prima. No tengo intención de hacerme pasar por una extraña respecto a usted... Hasta la vista, Mirtea. ¡Y permítame un beso en recuerdo de Eduvigis!

Después de haber besado cariñosamente a la joven en ambas mejillas, despidióse la condesa, dejando en el comedor un sutil perfume.

La visita de aquella pariente alivió ligeramente el peso que oprimía el joven corazón de Mirtea.

Había sentido en la condesa Zolanyi cierta dosis de simpatía y un sincero deseo de sacarla de su apurada situación. Como antes había temido chocar con la altivez de aquella prima de su madre, al verla conducirse de un modo distinto no pensó en decirse que la condesa hubiera podido demostrarle un afecto algo más caluroso, haber insistido para arrancarla a su soledad, para darle a conocer a sus hijas; en una palabra: haber hecho de manera que no se entoviese que llenaba estrictamente un deber impuesto por sus lazos de parentesco con Mirtea, y acaso también un poco por el afecto que había conservado hacia su prima Eduvigis.

No; Mirtea no reflexionó en nada de esto; sólo pensó en dar fervientes gracias a Dios, que le dejaba entrever un vislumbre de esperanza dentro del dolor en que acababa de sumirla la muerte de su madre; pensaba que, después de todo, siempre le sería menos duro llenar aquel papel de institutriz cerca de parientes más bien que con personas extrañas... Y fue también un pensamiento consolador para ella decirse que tal vez iba a conocer la patria de su madre, el país húngaro, nunca olvidado de Eduvigis Gisza.

## Capítulo 3

**E**l tiempo era frío y brumoso; del cielo plomizo caía una fina lluvia cuando, al día siguiente, tomó Mirtea el tren dirigiéndose a París.

Oprimíala cierta angustia al pensar que penetraba en un medio desconocido, donde no todos le demostrarían la misma benevolencia que la condesa Gisela.

Un tranvía la dejó en el arrabal Saint-Germain, no lejos de la calle donde habitaba la condesa.

La joven detúvose pronto ante un antiguo y majestuoso edificio que ostentaba, grabados en un escudo de piedra, complicados signos simbólicos.

Un criado que vestía negra librea condujo a la joven hasta un soberbio vestíbulo, el cual daba paso a un inmenso salón decorado con esplendor artístico y severo a la vez; introdújole después en un aposento un poco menor y también magníficamente decorado, pero con cierto aspecto familiar, gracias a una canastilla de labor, a varios libros entreabiertos y a cierto desorden en el arreglo de las sillas, como también a la presencia de un Menudo *fox-terrier*, acurrucado sobre un cojín.

Aquella habitación estaba, no obstante, desierta... El doméstico se alejó con sordo paso sobre las alfombras, y Mirtea dirigió una mirada en torno suyo.

Lo primero que atrajo su atención fue un cuadro colocado en medio del principal paramento. Representaba a un hombre joven, de aventajada estatura, muy esbelto, que llevaba, con incomparable elegancia, el suntuoso traje de los magnates húngaros. La cabeza, algo erguida en actitud soberbia, parecía fijar en Mirtea sus grandes ojos oscuros, altivos y seductores, que brillaban en un rostro de tez mate, favorecido con largos bigotes, negros como ébano. Su mano, fina y blanca, de perfecta forma, posábase sobre el colbac, ornado con un penacho sujeto por un broche de diamantes. Todo en su actitud, en su mirada, en el pliegue de sus labios, revelaba una soberana altivez, una voluntad imperiosa y la tranquila arrogancia del ser que se considera elevado sobre los demás mortales.

Ésta fue, al menos, la primera impresión de Mirtea. Y, no obstante, algo había en aquel rostro que atraía con singular encanto. Mirtea no supo, con todo, definir exactamente la naturaleza de aquella radiación que el pintor puso en la mirada de su modelo. El ruido de una puerta que se abría y pasos ligeros en el salón contiguo, hicieron volver la cabeza a Mirtea, la cual vio adelantarse hacia ella a una joven alta y delgada y a una niña de aspecto endeble. Ambas tenían los mismos cabellos rubios argentados; los mismos ojos grises, muy grandes y algo melancólicos; el mismo rostro, de largo corte, y la misma tez de extrema blancura.

—¡Bienvenida, prima mía! —dijo la mayor, tendiendo la mano a Mirtea—. Mamá, al contarnos ayer su visita, nos hizo entrar en deseos de conocer a usted... Pero, presentémonos antes nosotras mismas: Ésta es mi hermanita Mitzi; yo soy Terka.

En el mismo momento presentóse la condesa, seguida de sus otros dos hijos:

Irene y Renato. Irene era una jovencita de dieciséis a diecisiete años, pequeña y algo corpulenta, de cabellos negros coquetonamente peinados y de rostro regular, aunque de expresión bastante maliciosa. Vestía con elegancia muy parisiense, y mostrábase algo orgullosa y empecatada.

Renato, un muchacho de diez años, parecíasele mucho, y su carácter era poco apacible, según tuvo ocasión de apreciar Mirtea durante el almuerzo. Su madre le mimaba evidentemente mucho, y su institutriz, una joven rubia, de aspecto serio y sosegado, no tenía ninguna autoridad sobre él... Véase esto a la legua: aquel futuro alumno prometía más de una desazón a Mirtea. Felizmente, la rubia Mitzi tenía el aire mucho más apacible.

Mirtea sentíase, algo cohibida en aquel magnífico comedor, en medio de un refinamiento de lujo que le era desconocido; refinamiento al cual se adaptaban, no obstante, sin dificultad, sus instintos aristocráticos. Sentía en casa de sus parientes la corrección de mujeres bien educadas, que cumplían un deber estricto, pero sin ningún impulso fervoroso hacia ella, la huérfana, cuyo corazón desgarrado experimentaba sed de ternura. Acogíasela porque su madre fue una Gisza; pero, desde luego, comprendió que no la tratarían nunca como si enteramente fuese de la familia.

Irene, sobre todo, era la que demostraba mayor frialdad y orgullo. Al dirigirse a su prima tomaba cierto airecillo de condescendencia, al cual prefería Mirtea la actitud de indiferencia tranquila que le pareció observar en la reserva de Terka. De todas ellas, la condesa Gisela parecióle la única que la consideraba con alguna inclinación benévola.

Con todo, una frase de Irene reveló a Mirtea un hecho que demostró claramente que la condesa Zolanyi había mirado tal vez siempre como un miembro algo disgregado de su familia a Eduvigis Elyanni.

La jovencita hablaba de París y declaraba que hubiera querido vivir siempre allí.

—Los dos meses que aquí pasamos todos los años me consuelan un poco de la larga permanencia que hemos de hacer en el castillo de Voraczy —añadió.

¡Dos meses!... ¡Y la condesa Zolanyi nunca había ido a ver a su prima!

La penosa impresión experimentada por Mirtea reflejóse indudablemente en su mirada, pues la madre de Irene miró a su hija con aire contrariado y llevó a otro terreno la conversación, hablando de Voraczy, residencia del príncipe Milcza, donde pasaba la familia entera la primavera, el verano y una parte del otoño.

—Si la respuesta de mi hijo es favorable, nos acompañará usted allí, Mirtea. Es la propiedad mayor y más rica de Hungría.

—Yo la preferiría, menos magnífica, pero que se celebrasen en ella algunas fiestas, reuniones y grandes cacerías, como en otro tiempo —suspiró Irene—. Gracias que nos es dable asistir a las recepciones, de los terratenientes circunvecinos; pero no podemos devolverles sus invitaciones más que con reuniones sin importancia ninguna, y es muy de sentir, porque no hay otra posesión como la de Voraczy para dar fiestas incomparables, como la imaginación no podría soñarlas más suntuosas.



—A mí me gusta mucho Voraczy —dijo la pequeña Mitzi, que hasta entonces no había tomado parte en la conversación—. ¡Es tan agradable el aire allí!... Y se vive con más tranquilidad que en París, en Viena o en Budapest.

—A mí también me agrada —declaró Renato—. Me recreo allí mucho..., excepto cuando he de divertir a Karoly.

Estas últimas palabras las pronunció el muchacho bajando la voz, como si temiera que le oyese algún personaje invisible.

Arrugóse un poco la frente de la condesa, y Mirtea observó cierta expresión de azoramiento en la mirada de Mitzi.

—Ya te he dicho, Renato que nunca has de..., nunca... Ya lo sabes... ¡A ver cuántas veces he de advertirte!

La mirada atrevidilla del muchacho bajóse como ante una misteriosa amenaza, que no parecía, sin embargo, existir en el tono casi temeroso de su madre.

\* \* \*

En el salón, después del almuerzo, la conversación languideció algo. Los gustos y las costumbres de Mirtea eran muy diferentes de los de sus parientas, sumamente amigas de pompas y placeres, al menos la condesa e Irene, pues Terka parecía menos dada a vanidades.

Así, cuando Mirtea se levantó para despedirse, sólo halló una débil insistencia para que no se retirase tan pronto.

—Aguarde, al menos, un momento a que enganchen para conducirla a la estación —dijo la condesa—. Y vuelva cualquier día de éstos, el que mejor le plazca. Espero recibir pronto una contestación de mi hijo..., y como supongo que será favorable, convendría pensar por adelantado en lo que hará usted de sus muebles, pues nuestra partida para Viena se realizará dentro de diez días. Creo que debería usted desprenderse de ellos...

—Yo hubiera querido conservar el cuarto de mi madre, —contestó Mirtea con acento tembloroso—. Tiene poco valor, los muebles son viejos y deslucidos.

—Comprendo su deseo, hija mía; pero ¿qué va usted a hacer de ellos?... Verdaderamente, no me hubiera pesado mandar que los guardasen aquí, en uno de los aposentos del segundo piso, pero esta casa pertenece al príncipe Milcza, y el intendente que administra las propiedades que mi hijo posee en Francia es seguro que rehusará la entrada aquí de cualquier cosa, sea la que fuere, sin el consentimiento de su señor... Y ni él ni yo nos atreveríamos a escribir al príncipe para una cosa de tan poca importancia.

—Reflexionaré... y veré si puedo encontrar una combinación —respondió Mirtea.

—Eso es... Tal vez esas vecinas de que me ha hablado usted podrían darle una

idea... Y dígame usted hija mía, sin temor... Si le falta algo...

Mirtea sofocóse ligeramente, pero respondió con viveza:

—Gracias, prima mía; puede usted creer que tengo lo suficiente. Mi pobre mamá acababa de recibir su pensión trimestral.

Un criado anunció que estaba pronto el coche. Mirtea, estrechó las manos de sus parientas, y Terka y Mitzi la acompañaron hasta el vestíbulo.

Al entrar de nuevo ambas hermanas en el salón, oyeron que Irene decía en tono contrariado:

—¡Será divertido tener a esa joven por institutriz! ¡No comprendo cómo ha pensado usted, mamá!...

—Cierto que es maravillosamente bella —contestó la condesa, con tono pesaroso—. Tal vez me apresuré demasiado el otro día... Pero la pobre me inspiró compasión, tan sola, tan triste... Pero, después de todo, si es tan seria y piadosa como parece, la cosa no será tal vez tan enojosa como temas, Irene. Naturalmente que permanecerá al margen de todas nuestras relaciones, y la confinaremos en su papel de institutriz...

—¡Ah! ¡Claro que sí! ¿Cree usted que sería nada lisonjero presentar en sociedad a esta prima desconocida?

—Tan hermosa y con un aspecto tan admirablemente distinguido —añadió la voz sosegada de Terka.

Irene sonrojóse y lanzó una mirada de irritación a su hermana mayor.

—Yo pienso que podré hacer con ella todo lo que me vendrá en gana —dijo Renato, que se ocupaba en decorar las orejas del perrito con madejas de seda, que había substraído de la canastilla de su madre.

—Sí; porque como no lo haces nunca con la señorita Rosa... —observó, apaciblemente Terka. —Anda, Mitzi; es hora de tu lección de dibujo. Si a Renato le parece bien, ya se reunirá con nosotras luego.

—No; a Renato no le parece bien —respondió el chiquillo, repantigándose en un sillón—. Yo detesto el dibujo; no me gusta más que la música... ¡A ver si esa Mirtea va a ser una mala profesora! —añadió desdeñosamente y con su aire antipático de muchacho consentido.

\* \* \*

Entre tanto, el carruaje conducía a Mirtea a la estación.

Hubiera parecido natural que la hubiese acompañado hasta allí una de sus primas; pero verosímilmente no se le ocurrió esa idea a ninguna de las hijas de la condesa de Zolanyi. Mirtea empezaba ya a comprender que existiría para ella un límite en las consideraciones y en la simpatía.

De las horas pasadas en el palacio Milcza quedóle un resabio de amargura. Para desecharla, entró en un templo y oró largo rato, expansionando su fatigado corazón y

dando rienda suelta a dulces lágrimas. Luego, más confortada y resignándose a acatar la voluntad de Dios, dirigióse a su casa.

En el rellano del cuarto piso, Albertina hablaba con su novio, que acababa de almorzar en compañía de su futura familia y se disponía a regresar a su morada. Era un joven rubio, corpulento y buen mozo, muy jovial, que gozaba de un buen empleo en una entidad bancaria. Mirtea le conocía ya, pues la madre de Albertina lo había presentado a la señora Elyanni tan pronto como fueron oficiales las relaciones.

—¿Qué tal, señorita Mirtea? ¿Ha probado ese almuerzo? —preguntó Albertina, apenas la joven hubo respondido graciosamente al cortés saludo de Pedro Roland.

—Bien, sí... Sólo que estoy satisfecha de volver a...

Iba a decir, como antes, «a nuestra casa»; pero retuvo las lágrimas que afluyeron a sus ojos al pensar que ya no podría volver a decir aquella dulce palabra.

—... Estoy tan fatigada de cuerpo y de espíritu que se me hacía tarde volver aquí... No tenía deseos de hablar ni escuchar...

—Bueno, pero no dejará usted de venir a probar nuestra sopa; ¿verdad, señorita Mirtea? —dijo la señora Millon, presentándose en el umbral de la puerta del piso con Juanito, colgado de su mano—. No hablaremos mucho, para no fatigarla.

—Y yo tampoco le pediré que me cuente historias —añadió Juanito, con caballeresca generosidad.

Mirtea hubiera querido rehusar, pero no se atrevió a hacerlo, temiendo lastimar a aquellas excelentes personas que durante los tristes días de la enfermedad y fallecimiento de su madre la habían colmado de atenciones afectuosas y discretas.

Sentóse, pues, por la noche a la mesa de sus vecinas, y ni un solo minuto el modesto mantel, los cubiertos de alpaca, los platos, sumamente sencillos ni el servicio, realizado por sus mismas huéspedas, le hicieron echar de menos la espléndida mesa, el delicado menú y el servicio impecable del palacio Milcza. En casa de la señora Millon sentíase amada; allí, aceptada tan sólo...

Y Mirtea era de aquéllas que ponen por delante las satisfacciones del corazón a las del bienestar y refinamientos de la elegancia.

\* \* \*

Pasados unos días, un billete de la condesa Zolanyi informaba a Mirtea que el príncipe Milcza aceptaba que su madre se ocupase de la hija de su prima Eduvigis. Por tanto, era preciso que la joven lo dispusiese inmediatamente todo para su partida, tomando las necesarias disposiciones relativas a la venta de los muebles que ocupaban el pisito. Los que desease conservar encontrarían sitio en casa de una vecina, que aceptaba, mediante un estipendio módico, guardarlos en un aposento que, no necesitándolo, podía ofrecerle. Los demás, cuidóse de venderlos ventajosamente la señora Millon, a quien Mirtea confió algunos recuerdos muy queridos, pero

demasiados voluminosos para llevárselos.

—¡Y cuidaré con la mayor solicitud de sus flores, señorita! —dijo la excelente señora, extendiendo la mano hacia la ventana, el día en que Mirtea abandonó definitivamente el piso.

Fue para la joven, un gran consuelo pensar que la substituirían en su querida morada sus vecinas, pues con motivo del próximo enlace de Albertina, las señoras Millon decidieron trasladarse, por ser de mayor capacidad, al piso en donde vivieron Mirtea y su madre.

Cuando la joven volvió del cementerio, donde fue a rezar una última oración sobre la tumba de su madre, la señora Millon y Albertina dirigiéronse con Juanito a acompañar, a Mirtea a la estación. La joven, lloraba silenciosamente al separarse de sus humildes, pero verdaderas amigas, que hasta el último instante encontraban medio de rodearla de atenciones.

—Nos escribirá usted alguna vez, ¿no es cierto, señorita Mirtea? —preguntó Albertina, enjugándose los ojos que hinchaban las lágrimas.

—¡Sí, oh, sí! ¡Jamás olvidaré cuán buenas han sido para mí ustedes dos!

—¡Ah, si hubiésemos podido conservarla a nuestro lado! —suspiró la señora Millón.

El tren poníase en movimiento. Mirtea vio pronto desaparecer aquellos rostros amigos... Y hundióse en el rincón del compartimiento, diciéndose que comenzaba para ella una nueva vida, llena de incertidumbres.

\* \* \*

La familia Zolanyi tenía dispuesta la partida para días después. Mirtea pasó, pues, aquel día y el siguiente en el palacio Milcza.

La actitud de sus parientas se precisó tal como lo había presentido: en la condesa, una benevolencia algo fría; en Terka, una reserva cortés; en Irene, una indiferencia algo desdeñosa y, en ciertos momentos, un tanto agresiva.

En cuanto a Mitzi, parecía modelar su actitud por la de su hermana mayor, y Renato, agitado por la perspectiva de la marcha, otras cosas tenía que hacer para ocuparse de aquélla a quien llamaba la substituta de la institutriz.

Mirtea comprendió así, desde el primer momento, que viviría moralmente aislada en el seno de aquella familia, y que no cabía contar con que hallase una amistad entre aquellas primas de su misma edad, que no la aceptaban del todo como una verdadera parienta.

De paso para Viena detuviéronse allí ocho días, pues la condesa tenía que llevar a cabo algunas diligencias. El príncipe Milcza poseía en esa capital un palacio magnífico, decorado con soberbio lujo. Pero, lo mismo que en el de París, nada revelaba en él la presencia habitual o accidental del dueño.



Terka, a quien Mirtea hizo esa observación un día que recorrían ambas los admirables salones, respondiéndole brevemente:

—No; el príncipe Milcza no se ausenta ya de Voraczy.

En las raras ocasiones en que la condesa y sus hijas hablaban del príncipe, éstas últimas designaban siempre a su hermano de ese modo ceremonioso, y todos, aun el independiente Renato, tomaban un tono en que la deferencia andaba mezclada con cierta especie de temor.

Una hermosa tarde de mayo presencié la llegada de los viajeros a la estación, desde la cual había que tomar carruajes para dirigirse al castillo de Voraczy.

En el apeadero aguardaban dos coches. La condesa y sus hijas ocuparon el primero, y Mirtea, la joven institutriz y Renato subieron al segundo, donde hallaron también sitio las camareras.

Descendía el crepúsculo. Mirtea vio tan sólo vagamente el verde paisaje que se extendía por ambos lados del camino.

—¡Todo esto es del príncipe Milcza..., todo esto, todo esto! —decía Renato, tendiendo la mano en todas direcciones hacia los bosques, cuya línea oscura cerraba el horizonte—. No puedo señalarle hasta dónde, y necesitará usted mucho tiempo para verlo todo. Iremos en coche... Me gustará enseñarle... ¡Hay un lago muy lindo! ... Y el Danubio no está lejos; ya verá usted. El príncipe Milcza tiene un yate precioso...; algunas veces se pasea por el río con Karoly.

—¿Quién es Karoly? —preguntó Mirtea.

—¿Karoly? Es su hijo.

—¡Ah! ¿Es casado el príncipe? —exclamó, sorprendida, la joven, pues hasta aquel momento no había oído hacer alusión a una princesa Milcza.

—No, no lo es ya... y, además, da lo mismo —respondió Renato.

—¿Cómo es eso? —dijo, sonriendo, Mirtea—. ¿Es viudo, entonces?

—¡No, no! —repuso el muchacho con impaciencia—. ¡No comprende usted nada!... ¡Quiero decir que!... ¡Ah! ¡Hemos llegado ya!... ¡Mire usted, mire usted, Mirtea!

Los coches, saliendo de una magnífica avenida formada por árboles enormes, acababan de franquear una verja inmensa, colmada de lámparas eléctricas, que hacían resaltar sus artísticos repujados. Más allá del patio principal, digno de una morada regia, alzábase una soberbia construcción, de majestuoso y casi severo aspecto. Una luz intensa, y, no obstante, suavísima, iluminaba todo el frontis, y, sobre todo, la monumental escalinata, de doble tramo, donde aguardaban varios domésticos de blanca librea con vueltas de color esmeralda.

En el vestíbulo, alto como una nave de iglesia, embaldosado de mármol y decorado, con magníficos tapices, un personaje imponente, vestido de negro, inclinóse ante la condesa, diciendo:

—Su excelencia el príncipe Milcza me ha encargado dar la bienvenida a vuecencia e informarla que, terminada la comida, vendrá a ofrecerla sus

cumplimientos.

—¡Ah, gracias, Vildy!... Subamos aprisa, niñas; no nos retardemos... Katalia, acompañe usted a la señorita Elyanni a su aposento.

Estas palabras dirigíanse a una mujer alta y muy correctamente vestida de seda negra. A la invitación que le dirigió ceremoniosamente, Mirtea la siguió hasta una habitación vasta, amueblada con cierto lujo y dotada de un *confort* ignorado de la joven en su cuartito de Neuilly.

Y, no obstante, ¡cuánto hubiera preferido encontrarse todavía allí! ¿Qué sería ella en esta morada opulenta, sino una casi extraña, la prima pobre a la que se acepta y se desdeña de paso?

Reprimiendo las lágrimas, que inundaban sus párpados, hincóse de rodillas y reconfortó su corazón con una oración ferviente. Luego, apresurándose a componer un poco su peinado y cambiar su vestido de viaje, descendió algo al azar.

Un doméstico le indicó el comedor, pieza muy elegante, pero cuyas dimensiones, relativamente restringidas, no cuadraban con la apariencia del castillo. La comida fue bastante expedita. La condesa parecía estar nerviosa, y se levantó sin haber probado los postres, cuando un criado le anunció que «su excelencia aguardaba en el salón de las princesas».

—¡Niñas, vamos pronto!... Renato, deja esa crema, hijo mío; no hagamos aguardar al príncipe... Composte el cuello... Mirtea, ya la presentaré uno de estos días... Esta noche no es necesario.

Y a la vez que decía estas palabras alejábese apresuradamente, seguida de sus hijas y de Renato. En el rostro de este último reflejábanse en mezcla singular la contrariedad, el temor y el aburrimiento.

Mirtea volvióse a su habitación, en extremo admirada de tanta corrección y etiqueta en las relaciones de madre a hijo, de hermanas a hermano. Decididamente, valía más llamarse Millon y amarse francamente...

Ese príncipe Milcza debía de ser algún gran señor hinchado de orgullo, que seguramente miraría desde muy alto a Mirtea Elyanni, su humildísima parienta.

## Capítulo 4

**M**irtea despertó al día siguiente a la hora que tenía por costumbre, es decir, muy temprano, y se levantó al momento, ya repuesta por completo de la ligera fatiga del viaje, y con apacibilidad de ánimo al ver el alegre sol que entraba por las dos ventanas de su aposento.

Vistióse rápidamente, y, dirigiéndose a una de ellas, la abrió. Admirablemente dibujados, extendíanse ante ella los jardines del castillo. ¡Pero qué jardines tan singulares! Tan lejos como pudo extender la vista, Mirtea no alcanzó a ver en ellos ni una sola flor. Soberbios follajes, de sorprendente variedad de tonos, maravillosas y raras plantas verdes, formaban todos los matices. En los estanques, de mármol se irisaba y tornasolaba el agua herida por los rayos del astro diurno.

—¡Ninguna flor! —murmuró Mirtea, con tristeza.

Lo mismo que su madre, adoraba la joven esas delicadas hojas maestras ofrecidas por Dios al hombre para hechizar su mirada... Y la vista de aquellos jardines sin flores infiltraba en el alma de Mirtea una singular impresión de melancolía.

Una camarera joven, vestida con el traje nacional, entróle el desayuno.

Después de tomar rápidamente el espumoso chocolate, bajó Mirtea la inmensa escalera, al pie de la cual encontró a un criado, y como le preguntase por dónde se iba a la capilla, el doméstico la acompañó a través de anchos corredores embaldosados de mármol, hasta una puerta de roble, primorosa obra de talla, que abrió, inclinándose respetuosamente.

La capilla debió de formar parte de construcciones anteriores al actual castillo, pues tenía aspecto de gran antigüedad. Como la obscurecían unas vidrieras bastante opacas, Mirtea no vio de pronto nada más que el altar, donde un anciano sacerdote de larga barba nevada comenzaba el *Introito*.

Mirtea arrodillóse al azar sobre un antiguo banco esculpido. Únicamente algunos servidores asistían al santo sacrificio. Ante el coro, una hilera de sillones y reclinatorios blasonados anunciaban el sitio habitual de la condesa y de sus hijos. Delante figuraban otros dos sitaliales de aspecto tan suntuoso como severo, ostentando una corona de príncipe.

Terminada la misa y rezadas sus oraciones, Mirtea dio la vuelta a la capilla y admiró los artísticos tesoros con que los príncipes Milcza habían adornado el pequeño santuario. Después, rezada una oración postrera, salió, encontrándose en una galería inmensa, que precedía inmediatamente al templo.

Guarnecía el lado izquierdo una sucesión de admirables vidrieras de colores que derramaban sobre las losas de mármol regueros de púrpura, de índigo, y de amarillo de oro. La pared derecha cubríanla cuadros de arte religioso, obras de maestros, alternando con antiguos tapices de inestimable valor.

Contemplando aquellas maravillas, que encantaban su alma de artista, Mirtea llegó al extremo de la galería. Por una puerta de encina, anchamente abierta, vio una

escalinata de mármol rojo, que barría en aquel momento un criado. Más allá extendíase la perspectiva de los jardines y del parque.

La joven bajó con intención de ver de cerca aquéllos, extraños jardines y aproximarse a los soberbios invernáculos, cuya cúpula centelleaba a distancia entre los árboles.

¿Se habían refugiado allí, tal vez, las flores?

Mirtea, qué lo creyó así, engañóse. Detrás de los cristales no vio más que plantas verdes, raras y magnificas, eso sí, y follajes de todos los tonos, desde el púrpura intenso hasta el verde pálido argentado.

A pesar de su desilusión, sentíase tan animada la joven por el alegre sol y la brisa matinal que soplaba deliciosamente fresca, que resolvió hacer una breve exploración por el parque. Andando a paso vivo, no tardó en alcanzar los viejos y magníficos árboles que formaban una cúpula majestuosa en las avenidas que se cruzaban en todos sentidos.

Aquel parque era soberbio; debía ser interminable y encerrar mil preciosas rincones. Pero, cosa singular, Mirtea no había logrado ver todavía ninguna flor. ¿Sería, acaso, que aquel terreno se negaba a producirlas?

¡Ah, no! Apenas se le había ocurrido esa idea descubrió casi oculto entre las hojas un pequeño jacinto, que parecía avergonzarse de crecer allí. La vista de la flor ensanchó el corazón de Mirtea, que, inclinándose, la cogió y prendió en su corpiño.

Convenía ahora pensar en el regreso, a pesar del atractivo que sentía, y que la hubiera impulsado a seguir adelante.

La joven tomó por una avenida que invadían casi los arbustos, los cuales crecían exuberantes y en toda libertad. Una hierba fina y casi rala tapizaba el suelo, salpicado de puntos de oro por el sol cuando su luz lograba atravesar el espesor de los follajes.

De repente encontróse Mirtea en el extremo de la avenida, ante un prado inmenso, rodeado de un oquedal centenario. Hirieron el aire agudos ladridos, y dos negros lebreles lanzáronse saltando hacia la joven. Ésta, sorprendida y asustada, no pudo reprimir un ligero grito.

—¡Aquí, *Hadj*, *Lulá!* —dijo una voz breve.

Detuviéronse los perros, y Mirtea, volviendo un poco la cabeza, vio a pocos pasos de sí a un joven esbelto y de elevada estatura, en traje de montar, que se mantenía apoyado en el cuello de un magnífico alazán bayo, estremecido sobre sus nerviosos remos. La joven encontró dos grandes ojos oscuros, cuya irritada expresión la hizo desear hallarse bajo tierra.

El desconocido tocóse el ala del sombrero con gesto soberanamente altivo, y volvió la cabeza.

Mirtea penetró con precipitación bajo la verde bóveda de la avenida, volvió sobre sus pasos y tomó algo al azar, una dirección que afortunadamente fue acertada, pues tardó poco en llegar a los jardines, y vio ante sí la imponente masa del castillo, dorado por el sol, que hacía centellear los cristales de las innumerables ventanas. En

el momento en que la joven se aproximaba, el ruido de un galope de caballo le hizo volver la cabeza.

El desconocido encontrado pocos minutos antes llegaba, en línea recta, haciendo que el alazán franquease los obstáculos representados por los cuadros de follaje y los recipientes de mármol de los surtidores. El caballero, además de buen mozo y elegante, era incomparable jinete y dominaba en absoluto al bruto soberbio y fogoso que montaba.

A pocos metros de la gran escalinata, el animal paróse en seco. El joven apeóse con ligereza, echó las riendas a uno de los domésticos que se precipitaban a su paso y subió rápidamente las gradas de la escalinata.

Terka salía en aquel instante con una sombrilla en la mano. El desconocido detúvose junto a ella, tendióle la mano y le dijo algunas palabras. Mirtea, que no se atrevía a avanzar, observaba perfectamente la expresión irritada del rostro del joven, aquel rostro cuyos rasgos eran los del magnate del palacio Milcza, pero que diferían de expresión, no habiendo conservado de ella, al parecer, más que la altanería.

Terka bajaba los ojos y mostrábase muy cohibida al responder a su interlocutor. Éste penetró en el vestíbulo, y la joven descendió lentamente la escalinata.

Entonces advirtió a Mirtea, que se adelantaba hacia ella.

—¿Vienes del parque, desdichada? —díjole, con aire, ligeramente agitado.

—Sí... ¿He cometido con esto algo reprehensible? —preguntó Mirtea, con inquietud.

—Es claro...; pero, como nadie te había advertido, no podías saber... Es la hora de pasearse el príncipe, y quiere hacerlo absolutamente solo. El menor encuentro le desagrada. Las personas de por aquí lo saben y se apartan de su camino así que oyen el galope de su caballo.

—Siento haberlo ignorado. He cometido, sin querer, una indiscreción, que ha contrariado, sin duda, vivamente al príncipe Milcza, si he de juzgar por la expresión de su fisonomía cuando hace poco me he encontrado ante él en el parque. He sentido algún temor, lo confieso, y he huido como una chiquilla.

—¡Oh!, cuando el príncipe está contrariado, sabe demostrarlo de un modo que hace entrar en deseos de hallar una madriguera para meterse dentro... En fin, por esta vez creo que no habrá sido grande su enojo. Le he explicado que habías pecado por ignorancia, y ha parecido aceptar la excusa. Para mayor satisfacción suya, podrás decírselo por ti misma la primera vez que le veas... ¿Qué te parecen estos jardines, Mirtea?

—Serían soberbios si hubiese flores —respondió, con franqueza, la joven.

Terka miró con azoramiento hacia el vestíbulo, del cual había desaparecido momentos antes el príncipe Milcza.

—¡No hables nunca de flores en presencia de él! Las aborrece; no quiere ver ni una sola aquí. Los guardianes de los jardines, para halagarle, extreman su celo hasta perseguir con ahínco el crecimiento de las infelices florecillas, que a veces despliegan

inopinadamente sus corolas en algún rincón del parque... Pero soy de tu opinión, Mirtea —añadió, bajando la voz.

Y después de pronunciar estas últimas palabras, con cierta expresión de tristeza, abrió su sombrilla y se alejó hacia los jardines con paso indolente. Mirtea penetró en el castillo y logró, no sin trabajo encontrar su aposento. Necesitaría algún tiempo antes de orientarse en aquella inmensa morada... y acaso mayor tiempo todavía para acostumbrarse a cosas tan extrañas para ella, no siendo las menos el conocer todas las singularidades del señor de Voraczy.

¿Qué misantropía era aquélla, tratándose de un hombre tan joven? Tal vez le hubiese herido algún dolor terrible, y no sabiendo reaccionar cristianamente, abstraíase en una melancolía orgullosa...

Entregada a estas reflexiones, Mirtea, que iba deshaciendo su maleta, vio caer de pronto sobre las prendas de ropa blanca el jacinto cogido en el parque.

—¡Oh, pobre florecilla mía! —exclamó— Afortunadamente, no te ha visto el príncipe Milcza. Voy a conservarte preciosamente, ya que no podré tener aquí otras flores. La joven abrió su carterita y colocó en ella la hermosa liliácea, junto al retrato de la madre desaparecida, a la vez, que contemplaba el fino rostro, de ojos bellísimos, pero sin profundidad...

—¡Madre de mi alma! —gimió—. ¡Cuánto quisiera estar todavía junto a ti, en nuestra humilde morada!

Y un sollozo ahogó su acento.

\* \* \*

Terka fue quien asumió la tarea de hacer visitar todo el castillo a Mirtea. Su frialdad, propia de su temperamento, no tenía la apariencia de altivez casi desdeñosa que revelaba la de Irene, quien sabía perfectamente, según los casos, mostrarse amable y solícita.

Mirtea vio, pues, minuciosamente, la magnífica morada, y admiró como artista, sin sombra de envidia alguna, las bellezas que contenía. Contempló las antiguas encuadernaciones, de inestimable precio, de los volúmenes que contaba la biblioteca; las admirables pinturas que decoraban los techos de los salones, amueblados con inusitado lujo; las piezas de orfebrería, que podían rivalizar con las mejores producidas por los más célebres orífices, encerradas en la Sala de los Banquetes, donde en otro tiempo se celebraban suntuosos ágapes, como así le reveló Terka.

—Ahora no sirve, pues el príncipe come en sus habitaciones con su hijo.

—¿Es un niño, verdad?

—Sí, tiene cinco años; pero apenas aparenta tres. Es una pobre criaturita, muy endeble, pero cuya inteligencia está, en cambio, sumamente desarrollada. Es el ídolo de su padre, su consuelo.

—No comprendí lo que me dijo Renato el día de nuestra llegada...: que su hermano no era casado y que lo era, no obstante... Supuse que con esto quería significar que el príncipe era viudo...

Terka, que franqueaba en aquel momento la puerta de la sala, volvió hacia Mirtea su faz, de pronto ensombrecida.

—No, no es viudo; el chiquito tenía razón. El príncipe Milcza está divorciado.

—¡Ah! —murmuró tristemente Mirtea.

—Ha obtenido el divorcio en Francia, donde frecuentemente residía, después de no sé qué formalidades y dificultades numerosas. Ella, lo mismo que él, estaba empeñada en lograrlo para recobrar su libertad... Pero nunca hablamos de esas tristes cosas, que no hemos podido impedir... ¡Oh, desgraciadamente, no nos ha sido posible! —dijo Terka, acompañando sus palabras con un suspiro.

—¿Y él ha conservado el niño?

—¡Sí, gracias a Dios! Si no lo hubiese obtenido, no sé a qué extremos le hubiera llevado la cólera. ¡Pobre Arpad!... La fe está muerta en él —murmuró, melancólicamente, Terka.

Mirtea levantó la cabeza y repuso:

—¿Crees que la fe nunca muere por completo, Terka? Me parece que en cada alma queda un destello oculto, capaz de surgir un día.

—No sé... En, todo caso, nadie se atrevería aquí a intentar en él esa resurrección moral.

—¡Oh!, ¿por qué? —exclamó Mirtea sorprendida.

Terka la miró con aire de estupefacción.

—¿Por qué? ¿No te bastó verle, el otro día, para comprender que nunca soportaría una palabra respecto a ese asunto?... No, no la toleraría, ni aun de parte del padre Joaldy, que fue quien le administró la primera comunión. ¡Oh!, no sabes todavía quién es Arpad, porque de haberle conocido, no me hubieras dirigido tal pregunta.

—Es que —contestó dulcemente Mirtea— no comprendo que pueda vivirse cerca de un alma sufriente y apartada de Dios sin procurar curarla y reconducirla a Él.

—Otra alma, tal vez; ¡pero la del príncipe Milcza, no! Cuando le conozcas no dejarás de comprenderlo.

\* \* \*

El fin de la visita del castillo no le produjo ya a Mirtea el mismo placer que al comenzarla. Miró distraídamente la Sala de los Magnates, donde se veía el sitial del príncipe varios peldaños más elevado que los demás; la sala de las fiestas, el jardín de invierno, maravillas que ahora no bastaban para vencer la singular frialdad de que se sintió de pronto invadida.

Pensaba en el dueño de aquellas magnificencias, en aquel ser, que tal vez



experimentaba un dolor profundo, tanto más acerbo cuanto no residía ya en su corazón la esperanza divina. Una piedad inmensa invadía el alma de Mirtea hacia aquel gran señor, que por tan lamentables circunstancias resultaba ser más pobre, más desnudo de bienes que ella, la humilde huérfana, que se veía obligada a ganarse el pan.

¿De qué le servían sus inmensas riquezas, aquella morada casi regia, aquel ejército de servidores, dirigidos por Vildy, el mayordomo, y Katalia, el ama de llaves? Un poco de fe, un poco de amor divino, hubieran sido un bálsamo infinitamente más dulce sobre las heridas que pudo haber recibido.

Mirtea no había vuelto a verle. Vivía con su hijo una vida completamente aparte de los Zolanyi. La condesa Gisela no ejercía ninguna autoridad fuera de su servicio privado; Vildy y Katalia continuaban dirigiéndolo todo, y Mirtea no dejaba de observar, a veces, cuánto la condesa y sus hijas parecían estar poco satisfechas en aquella morada.

Renato había dado comienzo a sus lecciones de violín. Después de haber oído a Mirtea ejecutar admirablemente una sonata de Beethoven, acompañada al piano por Terka, el muchacho se decidió a aceptar a su prima por profesora, y como le gustaba la música, la joven no tuvo que sufrir demasiado de las rarezas de carácter que el muchacho reservaba para la señorita Rosa, cuyas lecciones, según decía, le horripilaban.

Mirtea dedicaba también muchos ratos a la música con sus primas, y la condesa, apreciando el encanto exquisito de su voz y de una dicción muy pura, quería la por lectora.

No le faltaban, pues, ocupaciones a la joven, mucho más desde el momento que acompañaba a menudo a sus primas en sus paseos a pie o en coche. Irene la cargaba sin contemplaciones de cuanto la estorbaba: sombrilla, abrigo, saco de labor. Mirtea substituía, evidentemente, para ella, a una camarera. Renato, poco a poco, no dejaba de imitar, también a su hermana, de modo que Mirtea volvía a veces del parque muy fatigada.

La condesa y sus hijas habían reanudado sus relaciones con los demás propietarios de la comarca, y habían recibido a su vez numerosas visitas; pero Mirtea permanecía completamente apartada e invisible para los visitantes de Voraczy.

Compensaba esas ligeras espinas de su situación la posibilidad de asistir diariamente a la misa, y el apoyo espiritual que encontraba en el padre Joaldy, limosnero de Voraczy, sacerdote instruido y piadoso, alma serena, que se santificaba en el recogimiento y en la caridad apostólica ejercida con los pobres, muy numerosos en los dominios del príncipe Milcza, cuyos *ispans*<sup>[3]</sup> acostumbraban a ser duros y rapaces.

Una tarde entretuviéronse las jóvenes más que de costumbre en el parque. Al advertirlo, diéronse prisa, a fin de llegar a tiempo a la hora del té. Mientras se dirigían al Castillo, díjoles Mirtea, señalando una avenida del parque:

—¿Por qué no pasamos nunca por aquí? Este camino debe ser mucho más directo.

—Sí, pero nos conduciría al templo griego, cerca del cual pasa Karoly la mayor parte, del día.

—Bueno; ¿y qué inconveniente es ése? —preguntó Mirtea, mirando, sorprendida, a Irene.

—¿Qué inconveniente?... ¡No estoy yo segura de que un capricho del niño o de su padre nos inmovilizase allí! No vamos al lado de Karoly más que por orden expresa..., ¡y basta y sobra!..., ¡vaya si sobra!

—¡Oh!... ¡Tu sobrinito, Irene! —exclamó Mirtea, a pesar suyo y casi escandalizada.

—¡Irene! —murmuró al mismo tiempo Terka, echando una mirada temerosa en torno suyo.

Irene bajó la voz, mirando a su prima con aire entre serio, y burlón, y replicando:

—No temas; no hay nadie... Pero ¿acaso te figuras, cándida Mirtea, que podemos tratar a Karoly como hacen generalmente tantas tías con sus sobrinos?

—No sé por qué no ha de poder ser así —contestó Mirtea.

—¿Por qué?... ¿Por qué?... Pues bien: no puede ser porque Karoly es el hijo del príncipe Milcza.

Irene acompañó estas últimas palabras con una risita irónica, que acabó de sorprender a Mirtea:

—¿No comprendes?... Más tarde te explicaré esto: ahora no hay tiempo. Andemos aprisa.

Poco después, llegaron cerca de la gran terraza de mármol, sobre la cual daba el salón en que pasaba la mayor parte de las horas la condesa Zolanyi.

Irene, al subir las gradas, exclamó:

—Estoy algo despeinada; pero ¡tanto se me da! No quiero subir a mi cuarto. Tengo sed, y voy a servirme al momento una taza de...

Interrumpióse bruscamente, y sin terminar lo que iba a decir, detúvose en seco. Dos lebreles asomaron sus negras cabezas por el umbral del salón y se lanzaron hacia ella.

—¡Cielos! ¿Está aquí el príncipe? —murmuró con sofocado acento—. ¡Precisamente hoy que nos hemos retardado tanto!... ¡Y mis cabellos!...

—¡Corre inmediatamente a tu cuarto! —aconsejóle, en voz baja, Terka.

—¿Para hacerle aguardar más?... ¡No, no!... ¿Y quién te dice que no me haya visto?... ¿A dónde vas, Mirtea?... ¡No te vayas, no!... ¡Quién sabe si desviarás un poco la tormenta!

Mirtea entró detrás de sus primas.

Frente por frente de la condesa, el príncipe Milcza, vestido de franela blanca, y repantigado en un sillón, hojeaba distraídamente una revista.

Al entrar las jóvenes, las contempló con aquella sombría mirada que le observó

Mirtea cuando le vio días antes galopando por una avenida.

—¡Es algo tarde, condesa! —dijo con tono glacial.

Y observando en aquel momento a Mirtea, que se disimulaba todo lo posible detrás de sus primas, levantóse y se inclinó para saludarla.

La condesa apresuróse a hacer entonces la presentación, con intento, sin duda, de desviar la tormenta, como decía Irene.

El príncipe dirigió algunas palabras corteses y frías a Mirtea, la cual logró contestar sin turbarse demasiado, a pesar de la extraña timidez que la sobrecogió de pronto.

Irene adelantóse hacia la mesilla del té para servirlo; pero la voz breve del príncipe la detuvo:

—Deja a Terka que nos sirva el té y anda a peinarte. ¿No ves que pareces una loca con esos cabellos alborotados?

Tiñóse de púrpura el semblante de la joven, y salió sin protestar.

Mirtea sentóse junto a la silla, y, viendo a la condesa ocupada en una labor, tomó un libro ya comenzado a leer.

El príncipe hojeaba de nuevo su revista con aire de altivo despego. Apenas pareció advertir que Renato, entrando suavemente, contra su costumbre, se llegaba a él y le besaba la mano.

La joven griega sentía en torno de sí una atmósfera desacostumbrada. Parecía como si alrededor de la condesa y de su prole pesase gravemente una molestia extraña. Renato, el turbulento Renato, permanecía quietamente sentado junto a su madre, tan quieto como la tranquila Mitzi. El cuidado meticuloso que dedicaba siempre Terka a la preparación del té parecía redoblarse hoy, como si hubiese creído absolutamente preciso alcanzar una perfección ideal... Y al entrar de nuevo en el salón, Irene, tan exuberante de palabras, deslizóse silenciosamente hasta su sitio, queriendo, sin duda, evitar que su hermano reparase en ella.

Era la presencia del príncipe Milcza quien producía en todos ellos aquel efecto singular... Mirtea, por su parte, lo experimentaba también.

Pero en ella, no conociendo al príncipe, nada tenía de sorprendente. No era para él más que una extraña, como claramente lo había demostrado llamándola hacía poco «señorita», mientras que las hijas de la condesa no le habían rehusado el título de prima, y la trataban, sobre todo la mayor, con relativa franqueza.

Al verle en plena luz, Mirtea notó al momento el gran parecido del príncipe con el retrato del palacio Milcza, en París. Únicamente había entre ellos la diferencia que separa a un hombre en todo el esplendor de la juventud y de la dicha, de aquel que vivió sufriendo amarguras. El bello rostro del príncipe tenía una expresión dura y altanera, que contribuía a acentuar el pliegue desdeñoso de los labios. Fuerza era convenir en que la actitud orgullosa, el silencio glacial y las palabras breves de aquel hermano, no eran propias para animar las expansiones de los miembros de su familia.

Los dos lebreles, que se habían tendido a los pies de su dueño, levantáronse

súbitamente y se lanzaron a una de las puertas-ventanas. La condesa, alzando los ojos, dijo vivamente:

—¡Ah, es Karoly!

Una mujer morena, vigorosa y joven todavía, vistiendo un rico traje nacional, presentóse en el umbral del salón con un niño en brazos, un ser endeble, pequeñito, y que no aparentaba tener más de tres años.

La condesa se levantó apresuradamente y tomó al niño de manos de la sirvienta. Terka, sus hermanas y Renato acercáronse y rozaron con una caricia los cabellos negros que cubrían la cabeza de la criatura, cumpliendo con ello, al parecer, algún rito de indispensable etiqueta.

La misma Condesa no mostraba mayor expansión hacia su nieto.

Karoly volvió hacia su padre sus ojos negros, asaz grandes; su pálida carita, sufriente y algo desabrida, iluminóse súbitamente, y tendió hacia el príncipe los brazos, quien se levantó y lo tomó entre los suyos.

Su rostro, de expresión dura y sombría, endulzóse súbitamente de un modo increíble; sus soberbios ojos impregnáronse de acariciadora ternura al estrechar contra su corazón al desmirriado pequeñuelo.

No parecía el mismo hombre; en aquel momento era verdaderamente el joven magnate del retrato que viera Mirtea.

Karoly volvió hacia su padre sus ojos negros, contemplando a su padre con una especie de adoración. Sus flacos dedos acariciaban dulcemente la cabeza oscura, extraordinariamente espesa y rizada, que comunicaba un carácter algo extraño a la fisonomía del príncipe Milcza.

La mirada del niño fijóse de pronto en Mirtea, que permanecía sentada y le miraba con interés compasivo. Consideróla un instante, y después extendió hacia ella un dedo.

—¿Quién es, papá?

La voz del niño, suave y cantarina, armonizaba con su endeble apariencia.

—Ve a preguntárselo, queridito —respondió el príncipe, bajándolo al suelo.

El pequeñuelo dio algunos pasitos hacia la joven.

¡Cuán menudo y delicado era! La compasión oprimió el sensible corazón de Mirtea. Levantóse e, inclinándose hacia Karoly, lo tomó en brazos.

—Me llamo Mirtea Elyanni —dijo, envolviendo al niño en el dulce fulgor de sus aterciopeladas pupilas.

—Mirtea... Mirtea... —repetía Karoly, poniendo, su manita sobre la de la joven —. Es muy lindo... Y te quedas aquí, ¿verdad?

—Creo que sí.

—¡Qué gusto! Quiero estar contigo hoy.

Y con gesto confiado, el niño enlazó con sus bracitos el cuello de la joven.

—Ésta es una simpatía espontánea que no acostumbra sentir, ni conceder Karoly —dijo el príncipe, que contemplaba aquella escena con mirada enigmática—. Debe

usted amar mucho a los niños, señorita. ¿Habrás, tenido éste la intuición de esa voluntad?

—En efecto, príncipe; soy muy amante de esos queridos seres, y tengo la costumbre de alternar con ellos, pues en Neuilly me ocupaba mucha de los asilados en un patronato vecino de nuestro domicilio.

—Puede usted retirarse, Marsa —dijo el príncipe, dirigiéndose a la sirviente, que permanecía en pie junto a la puerta del salón—. Sírvenos pronto el té, Terka. ¡Qué desesperada lentitud es hoy la tuya!

A la vez que pronunciaba estas palabras, repantigóse de nuevo el príncipe en su sillón, en tanto Mirtea volvía a su sitio, sentando a Karoly en sus rodillas. El niño se apelotonaba contra ella y permanecía silencioso; pero su mirada no dejaba de fijarse en su padre, cuyos ojos, cada vez que encontraba los de Karoly, adquirían aquella expresión de acariciadora dulzura, que tanto contrastaba con su habitual severidad, y su voz, tan breve e imperiosamente fría, hallaba entonaciones increíblemente tiernas al dirigirse al niño.

Por lo demás, el príncipe hablaba muy poco, y el salón de la condesa Zolanyi había perdido aquella noche su fisonomía acostumbrada, esto es, cuando Irene y Renato lo animaban con su vivacidad y su bulliciosa charla. La misma condesa, que ordinariamente gustaba de la amena conversación, parecía apurada en encontrar asuntos que la mantuviesen, agotados pronto por el laconismo de su hijo.

El maestresala trajo leche para Karoly en una tacita cincelada, que era una pura maravilla. El niño quiso que se la sirviese la misma Mirtea, y la joven, en extremo complaciente, sostúvole el vaso mientras el pequeñuelo la bebía con lentitud y visiblemente contento.

—Acaba usted de obtener un excelente resultado, señorita —dijo el príncipe con tono satisfecho—. Días hace que Karoly rehusaba tomar su taza de leche, y yo no me atrevía a forzar su voluntad por temor de que el resultado fuese más bien perjudicial que beneficioso. Pero ese hombrecito caprichoso se decide hoy... en honor de usted, probablemente.

—Yo la quiero mucho, papá —dijo Karoly con su débil vocecilla.

—Puedes envanecerte de esto, Mirtea, pues las simpatías de Karoly no son ordinariamente tan prontas —dijo, sonriendo, la condesa Gisela.

—Esto no es ningún inconveniente por ahora. Ya sabré enseñarle yo más adelante la desconfianza —replicó el príncipe con voz adusta, que impresionó singularmente a Mirtea.

Levantóse al decir esto, y salió a la terraza, donde encendió un cigarro y se puso a fumar, recorriéndola a lo largo y a lo ancho.

Irene y Renato atreviéronse entonces a hacer algún movimiento, y comenzaron a hablar en voz queda. Pero su madre púsose pronta un dedo en la boca, indicando con la vista a Karoly.

El niño dormíase en los brazos de Mirtea.

El príncipe Milcza volvió a entrar suavemente, y se puso a leer hasta que despertó Karoly. Retiróse entonces llevándose al pequeñuelo, algo adormilado aún, quien repetía, dirigiéndose a Mirtea y haciéndole signos con la manita:

—Te quiero mucho, Mirtea... Ven a jugar conmigo... Me contarás muchos cuentos... A mí me gustan mucho los cuentos...

Cuando se hubo cerrado la puerta tras del príncipe, el silencio reinó todavía unos instantes en el salón. Luego levantóse Renato, se desperezó bruscamente y se lanzó hacia afuera, murmurando:

—¡Uf! ¡No puedo más!

Irene, sacó un pañuelo de batista, lo apoyó contra su frente y exclamó con doliente voz:

—¡Tengo una horrible jaqueca! Es una cosa atrozmente fatigosa tener que contenerse así, cuando se sabe que una palabra, un simple movimiento, pueden dar motivo a críticas severas... e injustas.

—¡Irene! —respondió la condesa, dirigiendo hacia la puerta del salón una mirada temerosa.

—¡Vamos, mamá! ¡No supondrá usted que el príncipe se entretenga en mirar por el ojo de la cerradura! —replicó la joven con su irónica risita.

—¡Pero puede oírte un criado, niña!... Y si alguna vez llegara a sus oídos una palabra de ésas!... ¡Tienes muy poco cuidado, Irene!

—Esto es a veces superior a mí, mamá. Hay momentos en que no me es posible dejar de sublevarme... ¡Ea!, voy a imitar a Renato, dando una vuelta por el parque, a ver si se me calman los nervios... ¿Vienes también, Mirtea?

—No; voy a rezar un rato en la capilla, Irene.

En la mirada de ésta brilló un fulgor algo malicioso e irónico a la vez. Salió al mismo tiempo que Mirtea, y ambas ya en el pasillo, puso un instante la mano sobre el brazo de su prima, diciéndola:

—Haces bien en ir a cobrar fuerzas, Mirtea; pues, o mucho me equivoco, o tendrás que desplegar en breve toda tu paciencia y tu..., ¿cómo lo diré?... tu humildad. Karoly te ha demostrado voluntad... No tardarás en saber lo que cuesta poseer el afecto de Karoly.

—¿Qué quieres decir, Irene? —preguntó, Mirtea, mirando con sorpresa a la joven.

—Ya te he dicho que pronto lo sabrás... y deseo caritativamente que no dure tu esclavitud más tiempo que la mía —añadió con risita burlona, alejándose y dejando a Mirtea estupefacta y perpleja.

## Capítulo 5

**A**l día siguiente, al salir de la capilla, Mirtea encontró a Constanza, la camarera de la condesa Zolanyi, que la aguardaba para decirle que su señora deseaba hablarle.

Mirtea, algo sorprendida, siguió a la camarera hasta las habitaciones de la condesa.

Ésta, que no se había levantado aún, tendió la mano a la joven, exclamando:

—¡Apresúrate, hija mía! Mi hijo acaba de enviarme un recado... No me sorprende; lo esperaba ya, después de lo ocurrido ayer. Parece que el niño no hizo más que hablar de ti hasta que lo acostaron, y te ha llamado ya hoy apenas se ha despertado. El príncipe solicita, por tanto, que vayas a pasar la mañana y luego la tarde con su hijo.

—Si esto puede complacer al pequeñuelo, con mucho gusto iré... Pero esta mañana tengo la lección de Renato...

La condesa levantó las manos al cielo.

—¡Qué lección ni qué Renato! ¡Líbrenos Dios! Karoly te quiere junto a sí; el príncipe Milcza ordena que nos sometamos al deseo del niño..., ¿comprendes?, «ordena», pues la palabra «solicitar» no significa otra cosa, en su pluma o en su boca; ten siempre muy presente esto, Mirtea. Ni tú ni yo somos libres de rehusar... ¡Ve, ve pronto, al lado del niño! Lo hallarás en el parque, cerca del templete griego. Por prescripción facultativa pasa allí la mayor parte de las horas del día, así que el tiempo lo permite. Llévate un libro, una labor para no fastidiarte demasiado... ¡Ah, cielos, se me olvidaba! Mi hijo pide que no te vistas de negro...; no quiere ver colores oscuros cerca del niño.

—¡Pero esto no puede ser! ¡Dejar yo el luto..., tan reciente!...

La condesa Zolanyi hizo un gesto de impaciencia.

—Ponte un vestido blanco cuando vayas al lado de Karoly; luego te lo quitas. Vuelvo a decírtelo: no se puede discutir nada de lo que pida o desee el príncipe Milcza. ¡Apresúrate, Mirtea! El niño te aguarda impaciente.

Mirtea volvió a su aposento para ponerse uno de los vestidos blancos que usaba en Neuilly. Anegáronsele en lágrimas los ojos, mientras se lo abrochaba, en recuerdo de aquella que siempre quiso verla vestida de aquel modo, exigencia pueril y a menudo molesta, a lo que, por afecto filial, cedió ella siempre. Hoy, una autoridad extraña le imponía la misma obligación, y al mismo tiempo acababa de experimentar súbitamente sensación vivísima de su posición dependiente, al ver cómo la condesa le daba claramente a comprender que ni siquiera podía pensar en discutir la orden de que era objeto.

El alma altiva y enérgica de Mirtea no se hubiera, sin embargo, tan fácilmente sometido, si no se hubiese tratado de evitar, tal vez, una impresión desagradable a un niño enfermo. Sólo por un motivo de tal naturaleza podía dar exteriormente tregua al



gran luto, que si manifestaban sus ropas, sentía en su corazón con mucha mayor intensidad todavía.

Transcurrida media hora, penetraba en el parque. No conocía aún el templete griego, al cual evitaban cuidadosamente acercarse las hijas de la condesa. Pero, al divisarlo, detúvose encantada: era una maravilla la que se alzó de pronto ante ella en el fondo de un pintoresco claro. Sobre el follaje circundante alzábase completamente blanco el marmóreo templete, de puras e ideales líneas. A la derecha, entre los árboles, brillaba el agua azul de un minúsculo lago, sobre la cual bogaban algunos cisnes.

Al pie de las gradas del peristilo, el pequeñuelo Karoly estaba tendido sobre una silla larga. A pocos pasos de él, Marsa, la sirvienta que fue su nodriza, trabajaba en una labor de bordado. Más lejos, sobre una de las gradas, permanecía sentado un muchacho, cuya edad no pasaría de diez años, rubio, de aire tímido, y vestido con un rico traje húngaro.

Karoly, al volver la cabeza y divisar a Mirtea, lanzó un grito de júbilo y tendió hacia ella los brazos.

—¡Oh, Mirtea! ¡Qué contento estoy!... ¡Ven, ven!...

Conmovida por aquella alegría infantil, la joven sentóse al lado del niño y acarició tiernamente la cabecita que se apoyaba en su hombro.

El niño, entusiasmado, repetía:

—¡Estoy contento!... ¡Estoy contento!... ¡Qué lindo vestido blanco! A mí no me gusta el negro. ¡Es muy feo..., muy triste!

Fue preciso que Mirtea le contase un cuento. Luego, fatigado, durmióse, apoyado en la joven. Ésta, no atreviéndose a hacer ningún movimiento por temor de despertarle, permanecía inactiva, en apariencia al menos, pues interiormente rogaba por las almas que la rodeaban, por aquel pobre ser tan débil, cuya endeblez y el espontáneo afecto que le había demostrado hacían vibrar los instintos de maternal ternura sumamente desarrollados en su corazón. Los niños del patronato de Neuilly sabían qué tesoro de dulzura y de abnegación había para ellos en la «amada señorita Mirtea», y aquel hijo del príncipe lo adivinó al instante en la mirada de la joven.

Karoly despertó en el momento en que llegaba el maestresala, seguido de varios domésticos, trayendo una mesa y los elementos de un cubierto. Cuando el tiempo estaba hermoso, el príncipe y su hijo almorzaban allí como ya se lo había, dicho el niño a Mirtea.

—Yo quiero que también almuerces con nosotros —dijo Karoly, asiendo de la mano a la joven.

—¡Oh, no, queridito; esto no puede ser! Yo almuerzo con tu abuela y con tus tías.

—Sí, sí; yo quiero que te quedes, y papá lo querrá también si yo, se lo pido.

—¡Vamos, niño, sé juicioso! —dijo dulcemente Mirtea—. Después volveré, te lo prometo.

Y se alejó, no estando muy segura de que hubiese persuadido a Karoly.

La condesa y sus hijas almorzaban ya cuando la joven entró en el comedor. Irene, envolviéndola en una mirada envidiosa, que le era familiar respecto a aquella prima, a quien consideraba sobradamente bella, preguntóle irónicamente:

—¿Te has divertido mucho, Mirtea?

—El deber, raras veces es una diversión —respondió fríamente la joven—. Pero sí me ha complacido proporcionar algún contento a ese pobre enfermito.

—¡Ah, si tienes instintos de hermana de caridad, tanto mejor para ti! —declaró Irene— ¡Buena falta te harán en esas circunstancias!

—¡Irene, hija mía!... —reprendió la condesa, con tono descontento.

—¡Pero, mamá! Por ventura, ¿digo nada inconveniente?, —repuso la joven—. Mirtea no tardará en convencerse de la verdad de mis palabras, y tal vez no dure su serenidad largo tiempo... Me pareces algo presuntuosa, Mirtea; ya veremos si tendrá siquiera mi resistencia.

Irene tendió la vista en torno suyo, y, viendo que los criados estaban apartados en aquel momento, inclinóse hacia su prima.

—Hace dos años —continuó— era yo el caprichito del niño. No podía dejarlo en todo el día; tenía que someterme a todos sus antojos; reír cuando reía él, y permanecer largas horas inactiva e inmóvil cuando él dormía, apoyándose en mí. Cuando mamá se preparó a partir para pasar, como de costumbre, el invierno en Viena, el príncipe declaró que yo permanecería en Voraczy para hacerle compañía a Karoly. ¡Ah, lo que lloré al verles marchar a todos! Pero era preciso mostrarse alegre ante el niño y ante su padre, soportar sin vacilación, sin sublevarse, una violencia continua, un devorador hastío. Caí enferma, y el príncipe se vio obligado a enviarme a Viena. Pero nunca me ha perdonado esto.

—Es inútil desanimar de antemano a Mirtea contándole esas cosas —dijo la condesa con tono reprobador—. Y ella puede muy bien ser más paciente que tú...

La entrada de un sirviente hizo cambiar la conversación. Mirtea, terminado el almuerzo, dirigióse de nuevo hacia el templete. Karoly la acogió con las mismas demostraciones de alegría, y fue preciso comenzar al momento un gran partido de una especie de oca, que apasionaba al pequeño. Añadióse a la partida otro compañero, Miklos, el hungarillo, hijo de un *ispán* del príncipe y destinado por él al servicio y al recreo de Karoly.

Mirtea advirtió entonces que el principito no era siempre el niño apacible y amable que viera por la mañana. Antojadizo y voluntarioso, fácilmente irritable, mostrábase un verdadero tiranuelo para Miklos, humilde y sumiso en su presencia y en cierto momento, sin razón ninguna, su mano cayó sobre el rostro del criadito.

Mirtea exclamó vivamente:

—¡Oh, Karoly! ¡Eso no está bien!

La nodriza interrumpió su labor con azoramiento, Miklos permaneció un instante boquiabierto y Karoly abrió desmesuradamente los ojos, exclamando:

—¡Pero, Mirtea! ¡No hay más que papá que pueda reñirme!... Y tú, tú estás aquí

para divertirme y contarme lindos cuentos. Cuéntame uno... ¡Vete, Miklos! No quiero que lo oigas.

—Déjale a ese compañerito que lo escuche también; eso le distraerá —dijo Mirtea, conmovida por el aspecto entristecido del muchacho, que se levantaba para alejarse.

—¡No, no, no quiero! ¡Vete, Miklos! —gritó, enojado, Karoly.

Mirtea tomó la mano del principito, y le dirigió una mirada de penetrante reproche.

—Me das mucha pena, Karoly. No está bien que seas tan duro con ese niño tan bueno y que tanto te quiere. Mira que así ofendes al buen Dios, que nos manda que nos amemos unos a otros.

—¿El buen Dios? —dijo, pensativo, Karoly—. Papá no me habla nunca de Él. Marsa me hace decir una oración, y el padre Joaldy viene aquí algunas veces a sentarse cerca de mí, y me habla del Niño Jesús y de la Santa Virgen. Me gusta mucho oírle... ¡Pero no quiero que me digas que te has enfadado conmigo, Mirtea! —añadió, apoyando mimosamente su mejilla en la mano de la joven.

—Si te lo he dicho, es porque es cierto. Veamos. ¿Me prometes ser más amable con ese pobrecito Miklos? ¿Me lo prometes, y te querré mucho mucho?

El principito levantó hacia Mirtea sus grandes ojos negros, parecidos a los de su padre, y dijo gravemente:

—Bueno, lo probaré... Y luego, le preguntaré a papá si permite que me riñas, ya que sabes hacerlo tan bien...

Mirtea no pudo menos de reírse, y se inclinó para besar a Karoly, en prenda de reconciliación, después de lo cual el niño llamó a Miklos para que oyese la maravillosa historia que iba a contar Mirtea.

En el momento más patético, levantóse Marsa, diciendo vivamente:

—¡Su excelencia!

—¡Ah, papá! —exclamó, alegremente, Karoly.

El príncipe Milcza, seguido de sus lebreles, llegaba dando vuelta al templete.

—Ven pronto a sentarte, papá —gritó, placenteramente, el principito—, para que Mirtea pueda continuar su historia.

El príncipe avanzó, inclinóse ante la joven y tomó asiento en un sillón al pie de la silla larga, diciendo con altiva tranquilidad:

—Prosiga usted, pues, señorita.

Y abriendo un libro, pareció absorberse en su lectura, con gran satisfacción de Mirtea, que así consiguió sacudir el encogimiento que le causó su aparición y terminó el cuento enteramente a gusto de Karoly.

—¡Oh, qué lindo es, Mirtea!... ¡Y lo cuentas tan bien!... ¿Verdad, papá?

—Muy bien —respondió, distraídamente, el príncipe; sin levantar los ojos.

—Cuéntame otro, Mirtea —solicitó el niño.

—Mañana te lo contaré; ahora estás un poco agitado y conviene que te sosiegues.

Ya verás qué historieta tan bonita te referiré mañana.

—No, no; quiero que me la cuentes en seguida.

El príncipe interrumpió su lectura y dijo fríamente:

—Puede usted satisfacer el deseo de Karoly, señorita.

Su tono significaba claramente: «Quiero que lo satisfaga».

Mirtea comenzó, pues, una nueva narración, y el niño, complacido, le dejó un momento de reposo, que, aprovechó, ella para tomar su labor.

A las cinco trajeron el café y la leche para el principito. Su padre dejó el libro y dijo con fría cortesía:

—¿Quiere usted servirnos, señorita?

Decididamente, no le faltaba razón a la condesa Zolanyi al decir a Mirtea, que las palabras tomadas del vocabulario de la cortesía mundana adquirirían en boca del príncipe Milcza una significación imperiosa de las más acentuadas, y que no admitía réplica.

Mientras se acercaba a la mesa, el príncipe se levantó, e inclinándose sobre la silla larga tomó al niño en brazos y se paseó con él a lo largo y a lo ancho, estrechando contra sí al débil ser cuya cabecita descansaba sobre su hombro.

—¡Ah, papá; tengo que pedirte una cosa! —dijo de repente Karoly—. ¿Permites a Mirtea que me riña alguna vez?

—No lo permito a nadie... La señorita Elyanni no se ha de ocupar más que en distraerte y divertirte; lo demás es incumbencia mía.

Estas palabras cayeron, precisas y heladas, de labios del príncipe Arpad. Mirtea volvió ligeramente el rostro para que no se viese el rubor que lo cubría, y tomó la cafetera con mano algo trémula.

—¡Es lástima, porque reprende muy bien! —continuó diciendo el niño—. Me ha dicho que he sido malo con Miklos. Tú no me lo dices nunca, papá.

—No te ocupes de esto, y haz de Miklos lo que te parezca —ordenó el príncipe, con tono breve.

Y, sentándose de nuevo, puso al niño sobre sus rodillas.

Mirtea trajo la leche de Karoly; colocó silenciosamente sobre una mesita, cerca del príncipe, una bandeja con el servicio, y volvió a tomar su sitio y su labor.

—¿No se sirve usted, señorita? —dilo Arpad, pasados unos momentos.

—No tengo costumbre de tomar café, príncipe.

—¡Qué ocurrencia! —dijo éste, con tono desaprobador—. Irene pretendía también que no podía sufrirlo; pero yo conseguí hacerle contraer algo la costumbre de tomarlo. Pruebe usted también, señorita.

No teniendo razón plausible para negarse a tal invitación, Mirtea levantóse y se sirvió un sorbo de café.

Pero ¿qué había de deducir de semejante exigencia? ¿Acaso tenía el príncipe la pretensión de imponer hasta sus menores gustos personales a las personas que le rodeaban?

Una vez hubo tomado su taza de café, levantóse el príncipe, puso al niño en el suelo, y díjole:

—Anda un poquito, Karoly. Yo me llevo al castillo; pronto volveré.

El niño, después de dar, languidescente, algunos pasos alrededor, de la silla larga, refugióse en brazos de Mirtea y permaneció en ellos tranquilo y silencioso hasta las siete, hora en que volvió su padre.

—Marsa, toma al príncipe Karoly. Señorita Elyanni, está usted libre. Hasta mañana, ¿no es así? Karoly la aguardará impaciente.

Y, sin esperar una contestación, que probablemente juzgaba superflua, el príncipe saludó a Mirtea y alejóse seguido de Marsa, que llevaba en brazos al niño.

—¡Hasta mañana, Mirtea!, —dijo Karoly, agitando sus manitas—. Yo quería que comieses con nosotros; pero papá no quiere.

Mirtea emprendió lentamente el camino de regreso al castillo. Aquella tarde sentía una impresión rara. Parecíale estar oprimida en un torno, o que unos lazos implacables intentasen paralizar sus movimientos.

Semejante sensación era debida, indudablemente, a la lasitud que experimentaba. Acostumbrada a una vida activa, habiendo hecho hasta entonces un paseo diario con sus primas, estaba sumamente enervada de aquel día, pasado en entera inmovilidad.

¡Y al día siguiente ocurría lo mismo! El príncipe Milcza lo había dicho sin ambages: estaba destinada a recrear a Karoly. En tanto no se cansase el niño, debía estar a su disposición, someterse a todos sus caprichos.

Sí había comprendido claramente esto en las palabras pronunciadas hacía poco por el príncipe... Y sabía también que le estaba vedado reprender al niño, dirigirle la menor reconvención.

—¡Esto no me será posible! —murmuró—. Es superior a mí... Si el príncipe se incomoda, tanto peor para él.

Pero no pudo menos de sentir un ligero estremecimiento, al pensar que caería sobre ella aquella mirada, inflamada de cólera.

Al acercarse al castillo vio a Terka, que, con paso presuroso, dirigíase hacia una avenida.

La joven condesa detúvose al ver a su prima, y preguntóle en voz baja:

—El príncipe Milcza ha entrado en el castillo, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Bueno... Pues voy a hacer una cosa, Mirtea. Mamá ha encontrado esta mañana, en el fondo de un costurero, una miniatura representando a la madre de Karoly. Todos sus retratos, por orden del príncipe, fueron destruidos en el momento del divorcio. Ignoro cómo pudo conservarse éste, y voy a arrojarlo al lago, porque si el príncipe llegara a percibir de él un solo fragmento...

—¿A ver, Terka? ¿Quieres mostrármelo?

La joven dirigió una medrosa mirada en torno suyo, y luego tendió a Mirtea una miniatura representando a una mujer joven, rubia, de escultural hermosura. Ornaban

su cabellera y cubrían su vestido, de tul verde pálido, flores en profusión. Los ojos, bellísimos, tenían una expresión indefinible que impresionó desagradablemente a Mirtea.

—Iba vestida así cuando el príncipe la vio, por primera vez en un baile de trajes celebrado en la Embajada de Rusia. Ella era rusa, prima del embajador, de familia noble, pero venida a menos. El príncipe, que no era un hombre cándido, ni mucho menos, dejóse, sin embargo, cautivar en una trama de sencillez y dulzura que no eran más que pura farsa. Aquella mujer, muy inteligente, comprendió que bajo un exterior sumamente mundano ocultaba el príncipe un alma demasiado seria para que la coquetería y la frivolidad pudieran tener acceso en ella. Así, procuró lisonjear su orgullo mostrándose mujer instruida, enterada de arte y literatura; en fin, no descuidó nada de lo que pudiera agrandar a aquel ser brillante y profundo a la vez, a aquel gran señor artista, que tan agradablemente sabía producirse...

—¿Él? —dijo Mirtea, con tono incrédulo.

—Nadie lo sospecharía hoy, ¿no es cierto? Pues ten por seguro que era el ídolo de los salones aristocráticos de París y de Viena; su elegancia daba el tono a la moda masculina. Con su elevado nacimiento, su fortuna y sus cualidades físicas e intelectuales, podía aspirar a las más brillantes alianzas... Eligió, sin embargo, a Alejandra Oulousof; pero apenas se vio ésta elevada al rango de princesa Milcza, todo cambió. Revelóse hambrienta de lujo y de placeres, y mostró un corazón seco, sin valor moral ninguno. El príncipe jamás hizo confidencias a nadie, pero nos parece que debió sufrir amargamente de su desilusión, pues al cabo de seis meses de matrimonio no era ya el mismo, hombre. Su mirada adquirió algo de esa dureza que reside ahora continuamente en ella, excepto para su hijo... Creo que ocurrieron entre ambos esposos escenas terribles. Ya puedes haber comprendido, aun habiéndole visto, que no es cosa fácil que nadie se le imponga. Así, infligió a su mujer uno de los más duros castigos que pudiera haber ideado, obligándola a permanecer aquí y privándola de las distracciones mundanas que eran su ambiente. Alejandra se sublevó al principio; luego probó de conseguir su objeto por medio de la dulzura, de la humildad, mostrándose arrepentida; pero él desconfiaba: la conocía demasiado.

Terka volvió a mirar en torno suyo y a lo lejos, para cerciorarse de que nadie podía oírla, y prosiguió:

—Sin embargo, el nacimiento de su hijo suavizó un poco el rigor del príncipe. Permitió algunas relaciones con los terratenientes circunvecinos, pero se negó, en absoluto a volver a Viena o a París. Esto no satisfizo a Alejandra. Las distracciones que se le ofrecían en Voraczy estaban muy lejos de halagar a aquel alma frívola y ávida de brillar en lo más selecto de la sociedad aristocrática. Por espacio de un año púsole todo en obra para decidir a su marido, pero chocó con una voluntad inquebrantable. El príncipe no quiso alejarse de Voraczy. Tenía bastante del mundo, decía, y gustaba de vivir tranquilamente en sus dominios, ocupándose de la educación de su hijo. Entonces, cuando comprendió que nada era capaz de cambiar la resolución

de su marido, Alejandra concibió una rabia sorda, y un día en que el príncipe se negó a autorizarla para que concurriese a una fiesta que se daba en Budapest, la escena habida entre ambos fue espantosa. Exactamente no se sabe lo que ocurrió; sólo pudo averiguarse que cuando la camarera, llamada por un golpe seco de timbre, entró en el aposento de su señora, encontró a ésta sola, presa de una terrible crisis de nervios y profiriendo amenazas contra su esposo.

Terka, visiblemente emocionada al referir aquel suceso, guardó silencio un instante. Luego prosiguió:

—Al día siguiente, Alejandra había desaparecido y, con ella, el pequeñuelo Karoly. No me es posible describirte la desesperación y el furor de mi hermano cuando esto llegó a su noticia. Inmediatamente se hicieron pesquisas en todas direcciones, y no fue difícil indagar dónde estaba la fugitiva. Se había refugiado en París, y declaró únicamente que había procedido de aquel modo con el exclusivo objeto de vengarse de su esposo, arrebatándole a su hijo, porque sabía que era su único afecto.

—¡Qué perversa mujer! —no pudo menos de exclamar Mirtea.

—Cómo pudo el príncipe, con su carácter tan entero y ardiente, dominarse hasta el punto de no llegar a un extremo terrible contra su mujer, lo ignoro —continuó la hija mayor de la condesa—. Apoderóse inmediatamente del niño, el cual contrajo un enfriamiento durante el precipitado viaje de su madre, y enfermó tan gravemente en el palacio Milcza, que estuvo durante algunos días en peligro de muerte. Pudo, no obstante, sobrevivir a la tremenda crisis, pero ha quedado sumamente débil, como ya has podido advertir..., y creo, Mirtea, que el motivo del odio, más que la aversión y el desprecio del príncipe Milcza hacia esa mujer, sin corazón y sin alma, reside ahí sobre todo. Al ver diariamente a su amado hijito en ese estado de endeblez, que no logra vencer por ahora, a pesar de no perdonar medio para lograrlo, debe decirse: «Es su madre la causa de ello».

—¿Y entonces solicitó el divorcio?

—Sí... El padre Joaldy procuró disuadirle, pero chocó con un alma en que la sublevación había llegado hasta el extremo y que, además, había perdido la guía segura de la fe... Es improbable que piense en volver a casarse nunca; en cuanto a ella, lo ha hecho ya. Ha contraído nuevas nupcias con un banquero americano, y es una de las reinas de Boston... Ya comprenderás ahora por qué me doy prisa a hacer desaparecer este último vestigio de la presencia de esa mujer nefasta.

—¿El último?... Quedará siempre su hijo —repuso gravemente Mirtea—. ¿No ha tratado nunca de volver a verle?

—¡Jamás! La fibra maternal no existía en ella.

—El niño no se le parece —dijo Mirtea, devolviendo la fotografía a su prima después de haberla mirado por última vez.

—No; afortunadamente, es un verdadero Milcza. Su padre le ama con apasionada ternura, que me asusta a veces, pues no me atrevo a pensar si por desgracia un día...



Al pronunciar estas últimas palabras, la joven bajó la cabeza y se alejó hacia el fondo del parque, en tanto. Mirtea continuaba en dirección hacia el castillo.

Aunque la luz crepuscular era muy intensa todavía, la soberbia residencia estaba ya, brillantemente iluminada. Hacia la derecha, surgía una intensa claridad de las habitaciones del príncipe Milcza, que ocupaban toda aquella parte del castillo.

Una piedad inmensa invadió el corazón de Mirtea al pensar en los sufrimientos de aquella alma indignada y martirizada, que no había sabido encontrar un consuelo cerca del Único que la consolaría, y se adhería con pasión intensa, exclusiva, a un solo ser, a aquel infeliz pequeñuelo Karoly, tan delicado, tan endeble, cuyo aspecto oprimió el corazón de Mirtea cuando lo vio por vez primera.

## Capítulo 6

**S**in haber recibido ni siquiera un simulacro de solicitud, únicamente por la voluntad del príncipe Milcza, encontróse pues, Mirtea formando parte del servicio de Karoly...

La palabra servicio, con toda su dureza, no lo era en exceso para expresar la sujeción que debía sufrir la joven cerca del exigente y mimado principito. No gozaba un momento de libertad; todas sus horas, exceptuando las de comer, pertenecían a Karoly.

Dábase ahora cuenta del temor que aquel niño inspiraba a sus tías. Para Irene, sobre todo tan amiga de recreos y distracciones y tan poco inclinada, por lo que iba viendo, a la abnegación, el pensamiento de tal esclavitud debía ser insoportable.

Y, sin embargo, hubiera bastado un capricho de Karoly para imponérsela. Así, más aún que su madre y sus hermanas, veía con satisfacción, la vehemencia con que el principito deseaba a Mirtea.

—Mientras tanto —decían alegremente—, no piensa en nosotras. Nunca habíamos tenido tanta libertad. Siempre solicitaba, ya a la una, ya a la otra, para hacerle compañía. El pobre Renato ha pasado allí días que no olvidará seguramente... ¿Y yo?... ¡Nos has salvado, Mirtea! —añadía, con tono burlón.

Ese asomo de mala voluntad hacia su prima no dejaba de demostrarlo en todas ocasiones, ni de lanzarle alguna palabra más o menos malévola.

Mirtea lo soportaba todo con paciencia; desempeñaba valerosamente la tarea, que le habían asignado cerca del niño, tarea que le era menos penosa a medida que aumentaba el afecto compasivo que le inspiraba aquel ser antojadizo, pero singularmente afectuoso en su debilidad, y que le manifestaba una ternura ardiente.

Aquella no igualaba, sin embargo, todavía, al amor apasionado que sentía Karoly hacia su padre; amor, por lo demás, recíproco. Era evidente que el príncipe Milcza no veía en el mundo más que a su hijo. Todo convergía hacia aquella criatura, todos debían inclinarse ante su voluntad..., todos, excepto su padre, pues, cosa singular, aquel hombre que exigía que nada resistiese a un deseo de Karoly sabía reservar para con su hijo su propia autoridad.

El pequeñuelo le obedecía instantáneamente, y no insistía nunca cuando su padre había dicho: «No, esto no lo quiero, Karoly».

Esa autoridad absoluta que el príncipe Milcza conservaba sobre el idolatrado niño, y que era a veces —cabía reconocerlo— un verdadero despotismo, ejercíala también con todas las personas que estaban a su servicio o de él dependían, y extendíase hasta a su propia madre. Mirtea hubo de preguntarse, al principio, por qué la condesa y sus hijas se sometían benévolamente a todas las exigencias del joven magnate; pero poco a poco, por algunas palabras de Terka, de Irene, de Renato, aclaróse para ella el misterio: La condesa había quedado completamente arruinada por los derroches de su segundo marido; ella y sus hijos debíanlo todo a la

complacencia del príncipe Milcza, que les tenía asignada una soberbia renta y permitía que disfrutasen con toda libertad de sus instalaciones en París y en Viena.

Esa dependencia dorada, por penosa que fuese durante la permanencia en Voraczy, parecían, sin embargo, preferible a la vida modesta que hubiera sido la suya con las exiguas rentas de la condesa Zolanyi, y todos doblaban la cabeza ante aquella autoridad tiránica, temiendo desagradar a quien les procuraba el lujoso bienestar que consideraban indispensable.

Como todos, sentía Mirtea pesar sobre ella aquella voluntad imperiosa. Esta voluntad la encadenaba cerca del lecho en que reposaba el niño y le vedaba pronunciarse contra los caprichos o los actos injustos del principito.

Para Mirtea, esta última obligación era la más dura, y no podía menos de prescindir algunas veces de ella, aunque, naturalmente, de un modo muy discreto. Generalmente, bastaba una simple palabra, menos aún: una mirada. Karoly parecía leer corrientemente en los expresivos ojos de Mirtea, de «su». Mirtea, como decía con su vocecilla, a la vez que zalamera, dominadora. Pero en presencia del príncipe Arpad, debía abstenerse hasta de la sombra de un reproche a las exigencias menos juiciosas del niño. Tenía cierta manera de decir. «Permito esto a Karoly, señorita», que en modo alguno invitaba a la discusión.

Presentábase regularmente todos los días hacia las cuatro, y aguardaba a que Mirtea, hubiese servido el café. Mostrábase tan frío y tan lacónico como el primer día, y cuando no se ocupaba del niño, absorbíase generalmente en su lectura. Sólo hacía una excepción a esta manera de proceder cuando veía a Mirtea tomar su violín, a ruegos de Karoly, a quien entusiasmaba la música. Entonces, algo suavizada la expresión de su mirada, perdíase soñadora en las frondas circundantes, y escuchaba los sonos delicados y profundamente expresivos que aquel arco arrancaba al instrumento. El príncipe era, al decir de sus hermanas, un admirable músico, y componía también, pero únicamente para sí, siendo ésta una de las raras distracciones de su vida solitaria.

—Tiene usted un verdadero temperamento de artista, señorita —díjole a Mirtea la primera vez que la oyó, y con el tono de un hombre obligado por cortesía a dirigir un cumplimiento.

Así pasaban los días, iguales todos, excepto cuando el príncipe llevaba a su hijo a las habitaciones de la condesa, a la hora del té. Dos o tres veces también hizo que el niño diera un paseo, a través del parque, en un cochecito que él mismo conducía. Karoly había querido que le acompañase Mirtea, y Terka recibió «invitación» de unirse a su prima.

Los paseantes detuviéronse en un agreste rincón del parque; el príncipe sacó del bolsillo un periódico y sentóse a leerlo, y las jóvenes se ocuparon en recrear a Karoly. Luego, sin que su padre hubiese casi abierto la boca, tomaron pronto el camino de vuelta.

Esos paseos eran, no obstante, muy raros, pues solían agitar en exceso a la

nerviosa criatura. Karoly había de contentarse con largas permanencias en el parque, aspirando el aire puro, vivificado por los sanos aromas de los pinos que rodeaban el templete.

Privada, así de movimiento, Mirtea se debilitaba un poco y perdía el apetito. Por consejo del padre Joaldy, hubo, pues, de decidirse a suprimir a veces la asistencia a la misa cotidiana, con objeto de dar un paseo matinal. Generalmente, tenía éste un fin caritativo, ya que el limosnero de Voraczy había indicado, a la joven algunas familias pobres que bendecirían su visita.

Una mañana, al volver de uno de esos paseos a través de los campos cubiertos de soberbias mieses, y apenas llegaba al gran vestíbulo del primer piso, Mirtea corrió peligro de que la derribase Renato, que corría como un loco, con aire furioso.

—¿Qué te pasa, Renato? ¡Por poco me arrojas al suelo! —exclamó la joven, recobrando con trabajo el equilibrio.

—Y a mí, ¿qué se me da? —gritó rabiosamente el muchacho—. Ese estúpido Macri ha dejado morir mis bengalíes, y voy a echárselo en cara... ¿Por qué te ponías delante de mí?... Tanto peor para...

El colérico chiquillo no pudo continuar. Las palabras expiraron en sus labios. En el corredor principal, donde se abrían todos los aposentos, aparecía el príncipe Milcza en traje de montar. La espesa alfombra que cubría el suelo había amortiguado el ruido de sus pisadas, de suerte que ni Mirtea ni Renato las habían oído.

—¡Eso es lo que se llama, un muchacho bien educado! —dijo, fríamente, el príncipe. El hijo menor de la condesa, muy pálido, bajaba los ojos ante la severa mirada que sobre sí sentía.

—¡Tiende las manos!

El muchacho obedeció, y el príncipe, levantando el látigo, lo descargó sobre los dedos de aquél, trazando en ellos una roja señal.

—¡Oh, no, no; esto no! —exclamó Mirtea, juntando las manos—. ¡Basta, por piedad!

El príncipe pareció no oír la súplica de la joven, el látigo azotó por segunda vez los dedos del muchacho, quien apretó los labios para sofocar un grito de dolor, y los ojos de Mirtea se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, príncipe, por piedad! —murmuró otra vez.

—Te hago gracia del resto por esta vez —dijo el príncipe, con tono breve—. Pero, si reincides, no tendré compasión. Ahora, pídele perdón a tu prima.

Renato, con aire sumiso, obedeció sin chistar, y el príncipe, inclinándose ligeramente ante Mirtea, dirigióse hacia la escalera con rápido paso.

Cuando hubo desaparecido, Renato levantó los ojos hacia su prima, en cuyo rostro se leían las señales de una viva emoción.

—¡Ah! ¡Has llorado!... ¡Ahora comprendo!... Sin esto, no me hubiera ahorrado parte del castigo. ¡Pero como se ha puesto tan contento!

—¿Contento..., por qué? —preguntó, sorprendida, la joven.

—Es claro. Una vez le oí decir al conde Vidervary, nuestro primo (hace varios años de esto, yo tenía poco más de seis): «¡Tendría una infinita satisfacción en hacer derramar todas las lágrimas que pudiera a esos demonios que llaman mujeres!»... Por eso, al verte llorar, se ha alegrado tanto, que ha dejado de golpearme... Porque tú, a sus ojos, no eres más que un demonio, Mirtea —concluyó, con aire de triunfo, el muchacho.

¡Cómo debió de haber sufrido aquel hombre para llegar a tal grado de amargo desdén, de rencorosa desconfianza!... Mirtea había tenido ya la intuición de aquel sentimiento; pero las palabras de Renato lo revelaban más duro, más intenso.

«¿Y es su mujer quien le ha transformado así; es decir, aquella que debiera haber sido la luz, el encanto y el consuelo de su vida?», pensaba tristemente Mirtea, dirigiéndose al templete.

No se admiraba ya ahora del austero atavío de aquellos jardines. Su esplendor tenía antes fama en todo el país húngaro. Pero si el príncipe Milcza aborrecía hoy las flores y las desterraba implacablemente de su vista, era porque Alejandra las amaba apasionadamente y cubríase con ellas el día nefasto en que la vio por primera vez.

\* \* \*

Por la tarde de aquel mismo día, una ligera lluvia que amenazaba convertirse en recio chubasco obligó a Mirtea y al ama de Karoly a llevar a éste precipitadamente al castillo. Ambas instalaron al niño en el gran aposento, completamente tapizado de blanco y abundantemente aireado, contiguo al gabinete-despacho del príncipe Milcza.

El niño pasaba allí los días lluviosos; pero, por la noche, dormía en un cuarto contiguo al de su padre, en el primer piso, porque el príncipe ejercía por sí mismo una exquisita vigilancia sobre el niño amado.

Mitzi estaba allí aquel día. Karoly la había reclamado, y la niña se prestaba pacientemente a mi nuevo juego, imaginado por su sobrinito.

Mitzi tenía un carácter apacible y reservado, que parecía algo frío; pero Mirtea, que la había estudiado más de una vez, preguntábase si bajo aquella apariencia no ocultaba un corazón mucho más ardiente que el de sus hermanas mayores.

—¡Aquí está papá con el padre Joaldy! —anunció, gozosamente, Karoly.

El limosnero iba algunas veces a sentarse junto al niño y le hablaba dulcemente, colocándose a maravilla al alcance de aquella inteligencia infantil y esparciendo así, en su joven alma una semilla de educación cristiana.

El príncipe Milcza no se oponía a esa acción del anciano sacerdote, como no privaba tampoco a Mirtea que mezclase en sus relatos algunas enseñanzas religiosas.

—¡Cuénteme una historia, padre! —pidió cariñosamente Karoly, tan pronto como el limosnero tomó asiento a su lado.

El padre Joaldy sabía escoger en las páginas evangélicas lo que podía interesar e

instruir al niño. La historia del buen Zaqueas, contada de un modo gracioso y fino, pareció entusiasmar a Karoly.

—¡Oh, qué contento debió ponerse cuando Nuestro Señor le llamó! ¿Verdad, padre? Si yo hubiese estado allí, también me habría subido a un árbol, porque soy muy pequeñito..., o bien papá me hubiera tomado en brazos para subirme muy alto, muy alto, para ver al buen Jesús.

El príncipe Milcza, sentado a cierta distancia, seguía distraídamente con la vista los movimientos de sus lebreles, que retozaban ante la puerta abierta. ¿Había escuchado el piadoso relato, que debía recordarle las enseñanzas de sus primeros años?...

A las últimas palabras de Karoly volvió un poco la cabeza y envolvió al niño en una mirada de apasionada ternura, casi dolorosa a fuerza de intensidad.

—Ahora, Mirtea, vas a sentarme en tus rodillas y luego contarás al padre la leyenda de Hellé —continuó Karoly, tendiendo los brazos hacia la joven...

Ésta tomó en brazos el flaco cuerpecito (cada vez le parecía más flaco) y comenzó el relato solicitado. Era una preciosa leyenda griega, que le había deleitado en los días de su infancia.

Y Mirtea, cuya voz pura comunicaba mayor encanto todavía a la expresiva lengua magiar, sabía narrar con penetrante y exquisita emoción las desdichas, la conversión, la muerte angélica de Hellé, la joven pagana convertida en esposa del Señor.

—¡Qué bonito! ¿Verdad, padre? —dijo Karoly con entusiasmo.

—Muy bonito, en efecto, y comprendo que estés muy alegre de tener a tu lado a la señorita Mirtea, que tan bien sabe distraerte —contestó el anciano sacerdote, acariciando suavemente la negra cabellera del niño.

—¡Yo la quiero mucho mucho! —murmuró Karoly, levantando los ojos hacia Mirtea, que le sonreía—. ¿Verdad que Hellé debía parecersele?

—Es posible... La señorita Mirtea es también una jovencita griega, por mitad al menos —dijo, sonriendo, el padre Joaldy.

—¡Yo soy un magiar, nada más que un magiar! —exclamó, con cierta altivez, el principito.

Mirtea reprimió un estremecimiento. El niño ignoraba que una sangre extranjera circulaba por sus venas; que no era únicamente el heredero de la antigua raza magiar de los Milcza, sino también el hijo de Alejandra Oulousof, descendiente de los boyardos moscovitas.

La voz del príncipe Arpad levantóse imperiosa como de ordinario, pero con vibraciones en que, podía percibirse algún estremecimiento.

—¡Mitzi..., sírvenos él café!

La niña sé levantó y se dispuso a cumplir la orden de su hermano. Mitzi se comportaba generalmente, en sus movimientos y en sus palabras con discreción y finura; pero en aquel momento temía, sin duda, la mirada del príncipe Milcza, pues diestra y habilidosa en todas ocasiones, en ésta parecía moverse con torpeza.

Reinó algunos instantes el silencio en la vasta habitación decorada de blanco, donde únicamente resaltaba la obscura nota del padre Joaldy. Mirtea dejaba errar sus grandes y radiosos ojos, algo soñadores, hacia los jardines, que entristecía una fina lluvia.

—¡Cómo me gustan tus ojos, Mirtea! —exclamó, de pronto, la vocecita de Karoly.

La joven bajó su mirada para sonreír al niño, que la contemplaba con una especie de éxtasis.

—¡No quiero, que me dejes nunca..., nunca! —repuso, oprimiéndose contra ella—. ¡Te quiero tanto, Mirtea mía!

Una emoción profunda invadía a la joven. El conmovedor afecto de aquel débil ser hacía vibrar su, alma, ávida de abnegación y de ternura, y llena, sobre todo, de un amor de predilección para aquellos de quienes dijo el Señor: «Dejad que vengan a mí los niños».

Inclinóse y rozó, tiernamente con sus labios la frente del niño... Pero al levantar la cabeza encontró una mirada que expresaba tal irritación, tan orgullosa cólera, que sintió circular por debajo de su piel un estremecimiento.

Instantáneamente surgió en su mente una idea: el príncipe Milcza, tan ardientemente apasionado de su hijo, ¿estaría celoso del afecto asaz ardiente que demostraba el niño hacia aquella extraña?

Y si fuese así, era de temer que, tal como era el príncipe, con su carácter altanero vindicativo, jamás perdonaría semejante cosa a Mirtea.

Sin embargo, ¿qué había hecho ella para despertar aquel afecto? El mismo Arpad la había colocado cerca de su hijo, y ella había amado a aquel hijo del príncipe lo mismo que amaba tiempo atrás a los niños de los obreros de Neuilly. El corazón de Karoly se le había inclinado, pues, naturalmente, porque había adivinado en el alma de Mirtea aquella compasión tierna y aquella abnegación que no existía en la de las hermanas de su padre, ni aun en la de su abuela.

Marsa, sentada en un rincón del aposento, bajaba la nariz sobre su bordado; Miklos parecía apelonarse. El príncipe mostraba su fisonomía de los días peores. ¿Sobre quién descargaría la tormenta?

La pobre Mitzi fue quien hubo de sufrir sus efectos. A una observación hecha duramente por su hermano, experimentó una emoción tan viva, que la cafetera balanceóse un poco entre sus manos y vertió algo de su contenido en el mantel.

—¡Estás muy torpe! ¿Qué instrucción te dan, que no sirves para prestar el menor servicio? —dijo el príncipe con glacial desdén, que era peor en él que una explosión de cólera.

Mitzi bajaba la cabeza; gruesas lágrimas inundaban sus ojos.

El padre Joaldy probó de interceder:

—Tal vez un poco de falta de costumbre, príncipe...

—Falta o no, la torpeza es evidente. Puedes retirarte, Mitzi; la señorita Elyanni se

servirá sustituirte.

No había que discutir; el tono era perentorio, y ni el mismo padre Joaldy estaba facultado para añadir nada más.

En tanto, Mitzi se alejaba reprimiendo sus sollozos. Mirtea se levantó para cumplir la orden dada por la voz imperativa del príncipe Arpad; pero Karoly protestó: no quería dejar a Mirtea.

—¡Lo quiero yo! —mandó su padre, con tono sin réplica—. Démelo, señorita, y haga usted el favor de servirnos, prontamente, pues Mitzi ha hecho que nos retardásemos.

Después de pronunciar estas palabras, el príncipe rodeó a Karoly con sus brazos, envolviéndole en una larga mirada... Y Mirtea pensó que había aprovechado la primera ocasión para arrebatarse a su hijo a la que proyectaba una sombra sobre su celosa ternura paternal.



## Capítulo 7

**T**ranscurridos algunos días, al despedirse Mirtea por la noche de sus primas para retirarse a su habitación, díjole la condesa Zolanyi:

—Tengo que entregarte algo, hija mía. Ven conmigo.

Mirtea siguió a la condesa al primer piso, hasta el saloncito que precedía a su aposento, y ya en él la madre del príncipe abrió un cajón de su secreter y sacó un elegante portamonedas de cuero leonado, diciendo a la joven:

—El príncipe Milcza ha regalado por sí mismo los emolumentos que te debe a cambio de los servicios solicitados por él para su hijo. Me ha entregado esto para ti...

La tez de Mirtea tomó el color de la púrpura, y con gesto, espontáneo rechazó el portamonedas que la condesa le tendía.

—¡No, esto no puedo aceptarlo!... Recibo de usted el alimento, el abrigo bajo su techo...; ¡esto basta; no quiero que se me pague por la distracción y el alivio que puedo prestar a ese pobre niño enfermo..., y que le presto de todo corazón! —añadió, emocionada.

La condesa miró a la joven con intenso asombro.

—¡Pero, hija mía, no comprendo!... Aceptaste substituir, en su día, a la señorita Rosa, y no pensaste en rehusar honorarios, ni debíamos tratar entre nosotras de tal cosa, por lo mismo que era muy natural. Ya ves, pues, que nada ha cambiado; en vez de entrar en funciones con Renato y Mitzi, las desempeñas con Karoly...

—No, no me es posible considerar la cosa del mismo modo... Karoly es un pobre niño enfermó y triste, cerca del cual lleno una tarea de caridad, en recompensa de lo cual juzgo absolutamente imposible aceptar dinero —contestó Mirtea con cierta indignación.

—¡Pero niña, qué idea!... En todo caso, esa tarea es sumamente pesada y tu sujeción muy grande, para que puedas aceptar sin escrúpulos una indemnización. Mi hijo, si exige mucho de los que le rodean, sabe reconocerlo a lo príncipe, como podrás juzgar —añadió la marquesa, tratando de poner el portamonedas en manos de Mirtea.

Pero la joven retrocedió, haciendo un gesto de enérgica negativa.

—¡Le repito que es imposible, prima mía!

—¡Mirtea! ¿Qué significa esta testarudez? —exclamó la condesa, con tono descontento— ¡No puedes rehusar..., él no lo aceptaría nunca!

—Ya le explicará usted mis razones, prima mía.

—¿Yo?..., ¿yo?... ¿Crees que para satisfacer tus exagerados escrúpulos voy a exponerme a incurrir en su desagrado? No lo pienses, hija mía... ¡Oh, no lo imagines ni un momento! Ayer me dijo categóricamente: «Tenga la bondad de entregar esto a la señorita Elyanni, en agradecimiento de la distracción que proporciona a mi hijo». Yo he cumplido ya su encargo; lo demás te concierne a ti. Si te parece; hazle las objeciones que quieras; yo estoy ya desligada de este asunto.

—¡Pues bien; se las haré! —dijo, resueltamente, Mirtea.

La condesa la miró con algún estupor, diciéndole:

—¿Vas a tener, verdaderamente, valor para eso? No te lo aconsejo; es decir, quisiera que desistieses de tu propósito, pues desde el momento en que él ha juzgado oportuno proceder así, no soportará que te pronuncies contra su decisión... En fin, como quieras; pero el portamonedas tómalo; lo que no quiero yo son responsabilidades; la voluntad del príncipe era ésta; la he cumplido, y bástame.

Mirtea tomó el portamonedas y, al llegar a su cuarto, lo depositó en un cajón de su secreter. Parecíale que aquel cuero flexible y satinado le quemaba los dedos... ¡Ah! ¡De qué manera había sabido el orgulloso magnate hallar el medio de infligir una humillación a la que había cometido la imperdonable falta de hacerse amar demasiado de su hijo! ¡Cómo le demostraba claramente que no era a sus ojos más que una mercenaria, con la cual solventaba una deuda mandándole entregar una gruesa suma de dinero!

¡Sí; era generoso, regiamente generoso, como había dicho su madre!

El amor propio herido sublevábase en el alma de Mirtea e inundaba su rostro de bochorno ardiente. La joven levantó súbitamente los ojos hacia el crucifijo que extendía sus brazos en la pared y murmuró:

—¡Dios mío, perdonadme! ¡No soy más que una orgullosa!... Tal vez, considerándolo bien, no haya tenido él la intención que le atribuyo. Me ha tratado como lo hubiese hecho, por ejemplo, con la señorita Rosa. Jamás ha parecido considerarme como una parienta... Pero, a causa del mismo afecto que me profesa ese pobrecillo Karoly, y al que con tanto placer correspondo, no puedo aceptar que se me recompense en esta forma.

La joven acercóse a la ventana abierta y ofreció su frente a la frescura de la noche. Sí; le devolvería aquel dinero, explicándole los motivos que la inducían a no aceptarlo, y si el príncipe era un verdadero gentilhomme, comprendería su invencible repugnancia a recibir una remuneración en cambio de la adhesión y ternura de que rodeaba a Karoly.

Pero, repentinamente, preguntóse con alguna perplejidad si encontraría en sí valor bastante para hablar ante aquella mirada de hielo, ante aquella fisonomía que desconcertaba a todo el mundo.

No obstante, era preciso. ¿Acaso iba a permitir ella también, como todos, que la invadiese el servil temor de descontentar al príncipe Milcza?... : Hablaríale aquella misma tarde, cuando se despidiera de Karoly.

A pesar de todo, preocupábala innegablemente la perspectiva de la conversación que tendría que sostener con el magnate. No sin cierto temor, vio, por tanto, llegar la tarde, y una vez al lado de Karoly, hubo de hacer un esfuerzo para concentrar su atención sobre la lectura que hacía al niño.

Interrumpió pronto esa lectura la llegada de una banda de tziganos<sup>[4]</sup> que iban a dar una serenata al principito.

Era éste uno de los grandes placeres de Karoly, y su padre se lo procuraba con frecuencia.

El director de la banda, un anciano alto y robusto, sabía arrancar admirables sonidos a su violín. Aquella tarde parecía excederse a sí mismo, y Mirtea, olvidado por breves instantes su ansiedad, escuchábale extasiada.

Karoly apoyaba contra ella su delicada cabecita, y vestidos ambos de blanco, iluminado el radiante rostro de Mirtea por el reflejo de un rayo de sol que se deslizaba sobre las columnas del templete, formaban el más delicioso cuadro que pudiera imaginarse.

De repente saltaron en el claro los lebreles *Hadj* y *Lulá*... Quedó roto el encanto. Interrumpieron los músicos su labor, y, súbitamente, pareció cubrir un velo la mirada de Mirtea.

El príncipe Milcza adelantóse, despidió a los tziganos, arrojándoles algunas monedas de oro, y sentóse junto al pequeñuelo.

Mirtea observó, con sólo dirigirle una mirada, que la fisonomía del príncipe era en aquel momento, más sombría y ceñuda que nunca. Verdaderamente había escogido mala ocasión para comunicarle lo que se había propuesto.

Los lebreles tendieron sus finas cabezas a las caricias de Mirtea, y luego echáronse a su lado. Los inteligentes animales, demostraban también a la joven una adhesión mayor cada día, y precisamente aquella tarde abandonaban por ella al dueño, de quien habían sido siempre inseparables.

—¡Aquí *Lulá*, *Hadj*!

¡Qué irritación vibraba en su acento! ¿Estaría también celoso del cariño demostrado por sus perros?

*Hadj* y *Lulá* fueron dócilmente a echarse a sus pies; pero sus grandes ojos, afectuosos, permanecieron vueltos hacia la joven.

Karoly, enervado tal vez por aquella pesada atmósfera, estaba aquel día antojadizo como nunca. Miklos experimentaba los efectos de la vena caprichosa del niño, sin lograr, no obstante a pesar de su docilidad, satisfacer las exigencias del principito... Y Mirtea, que con infinito trabajo impedíase a sí misma intervenir, sentía invadida su alma por una sorda irritación al observar la desdeñosa impasibilidad del príncipe Milcza.

Imposible sería decir qué idea cruzó de repente por el cerebro de aquel niño mimado. Cansado de los diversos ejercicios que hacía ejecutar al pobre muchacho, Karoly exclamó de pronto, designando el césped sobre el cual estaba sentado Miklos con la frente bañada en sudor:

—¡Haz el buey, Miklos! ¡Será muy divertido! ¡Come hierba, Miklos!... ¡Pronto, pronto... come hierba!

Esta vez pasó por los claros ojos de Mirtea un vislumbre de impaciencia.

—Vamos a ver, Karoly, ¿qué pensamiento se te acude? —exclamó Mirtea, olvidándose esta vez de lo preceptuado—. Esto no has de pedírselo a Miklos.

El príncipe Arpad dejó el libro en que estaba leyendo. Su voz levantóse imperiosa y dura:

—¡Obedece a tu amo, Miklos!

El muchacho, sumamente sofocado, dejó vagar todavía cierta vacilación en la mirada.

—¿No obedeces? —gritó el príncipe con tono amenazador.

Miklos bajó temeroso la vista y se inclinó hacia el césped.

Pero Mirtea se levantó bruscamente, en un movimiento de rebelión, que le fue imposible dominar.

—¡Esto es odioso! —exclamó—. ¡Usted no debe ordenar esto! ¡Este niño tiene un alma como la de usted, y le está a usted vedado tratarle como a una bestia!

Una mirada centelleante, en que se mezclaban a la vez el estupor y la cólera, fijóse en Mirtea, cuyo rostro teñía de púrpura la indignación.

—¿Con qué derecho se atreve usted a censurarme? —dijo el príncipe con un tono en que temblaba una irritación intensa—. ¡Tiene usted singulares audacias; pero yo le aseguro que no soy hombre que las tolere!

—¡Y yo no puedo ver que se cometa una injusticia sin protestar! —contestó firmemente la joven, sosteniendo con intrépida altivez aquella mirada, que hubiera hecho temblar a todos los habitantes de Voraczy.

Pálido en extremo, con las venas de su frente súbitamente hinchadas, el príncipe levantóse y dijo, alzando la voz, sin reprimir su violencia y extendiendo bruscamente la mano en dirección al castillo:

—¡Retírese usted! ¡No soportaré nunca que se discutan mis voluntades, y menos todavía que se me rete!

—Sin embargo, no espere usted verme inclinar la cabeza ante esas voluntades cuando sean contrarias a mi conciencia —respondió altivamente Mirtea.

Y con la frente alta, sin bajar la vista ante aquella dura mirada, que parecía querer aniquilarla, alejóse con rápido paso, sin escuchar la vocecita llorosa de Karoly, que llamaba:

—¡Mirtea! ¡Oh, Mirtea!

La joven tomó al azar una avenida del parque... Latíanle violentamente las sienes; la indignación desbordaba todavía de su pecho.

Preciso era, en verdad, que un sentimiento omnipotente —la caridad de un corazón cristiano, la compasión de un alma femenina hacia aquel niño tratado con la peor dureza— hubiese súbitamente dominado todo su ser, para que aquellas palabras hubieran podido escaparse de sus labios dirigiéndose al príncipe Milcza. ¡Tenía razón: la había retado!... ¡A él, que sabía hacer humillar todas las frentes!

¡Acababa de crearse un implacable enemigo!..., y le oprimió cierta angustia el corazón al pensar que mandarían arrojarla de Voraczy y prohibirla, verosímilmente, a su madre que se ocupase de la joven audaz, que, única entre todos, habíase atrevido a censurarle y desafiarle.

Pero no le pesaba aquel acto; había cumplido con su deber. Dios no la abandonaría, y proveería a todas sus necesidades.

Y, a medida que andaba, levantaba los ojos al cielo, rezando una oración y entregándose, como una criatura confiada, en manos de la divina Providencia, a la vez que probaba de calmar la agitación, la ansiedad de su alma.

Pronto tomó el camino de vuelta al castillo. Más apaciguada, consideraba con valerosa resignación el inevitable mañana, pues ya se hacía cargo de que el orgulloso príncipe Milcza no le perdonaría nunca su rebelión.

De pronto detúvose, lanzando un ligero grito de sorpresa. A pocos pasos de ella, al pie de un árbol, estaba sentado Miklos, oculta la cabeza entre las manos y sollozando desconsoladamente.

—¿Qué tienes, pobrecito? —exclamó la joven, avanzando vivamente hacia el infeliz muchacho e inclinándose hacia él.

—¡Su excelencia me ha echado! —balbució Miklos, mostrando una carita de expresión desesperada y cubierta de lágrimas—. ¡Mi padre va a enfadarse mucho, y me pegará! ¡Ah!..., ¡ah!— terminó, sollozando más fuertemente.

—Mirtea sentóse al lado del chiquillo y probó de consolarle. Pero éste no cesaba de repetir:

—¡Me pegará, me pegará cada día, señorita Mirtea! Mi padre me dijo: «¡Si das motivo para que te echen, va verás la paliza que te zurro, y no te perdonaré nunca!».

—¿Viven lejos tus padres, Miklos?

—¡Oh, no muy lejos, señorita!

—Pues bien; te acompañaré y les explicaré lo que ha sucedido, y ya verás cómo tu padre, si yo se lo suplico, no te maltratará.

El chiquillo levantó hacia la joven una mirada de ardiente reconocimiento.

—¡Gracias! ¡Gracias!... ¡Qué buena es su excelencia!

Mirtea tomó la mano a Miklos, y ambos tomaron una senda a través del parque, ganando así un camino que debía conducirlos más pronto hacia la vivienda del ispán Buhocz. Era una morada de risueño aspecto, rodeada de un jardín bien cuidado.

En el umbral, una mujer robusta, de faz algo rígida, mecía a un niño en una cuna de mimbre.

—¡Miklos!... ¿Qué ha pasado? —exclamó con inquietud, a la vez que saludaba a Mirtea.

—Una cosa algo sensible, pero afortunadamente no muy grave —se apresuró a responder la joven.

En el instante en que acababa de pronunciar estas palabras, salió del interior de la casa el ispán, hombre de rasgos acentuados y de fisonomía seca, que Mirtea recordó haber encontrado dos o tres veces en el castillo.

Reconocióla también él, y la saludó deferentemente.

—¿Qué circunstancia nos proporciona el honor de que nos visite su excelencia? —preguntó el ispán.

—Voy a explicárselo... ¡Vamos, Miklos, no temas! —dijo Mirtea, poniendo la mano sobre la cabeza del niño, a quien no se le quitaba el temblor.

—¿Cómo? ¿Ha hecho alguna majadería? —preguntó el ispán con tono amenazante.

Mirtea refirió lo ocurrido... El ispán respingó, lanzando una mirada furiosa, mientras su mujer exclamaba colérica:

—¡Lo han echado!... ¡Ah, miserable arrapiezo! ¡Él será causa de nuestra perdición, de nuestro deshonor!

—¡Bribón! —gruñó el padre, extendiendo el puño hacia el pobre chiquillo—. ¡Habías de obedecer!... ¡Habías de hacer lo que te mandaban! ¿Oyes, mala prosapia?

Y avanzó hacia Miklos con la mano levantada.

Pero Mirtea se puso con resolución ante el inocente.

—¡No; no puedo consentir que lo golpee usted! —dijo, fijando en el ispán su bella mirada severa—. No lo merece; lo que ha sucedido es culpa, mía... ¡Prométame usted que no le pegará!

—¡Ah, no! ¡Pues no faltaba más! ¡Le zurraré hoy, mañana, y más aún!... fortuna será que ese miserable no me haga incurrir en el desagrado y me ponga a mal con su excelencia. ¿Qué sería de nosotros, con nuestros cinco hijos, si pierdo mi plaza?

Mirtea no se desanimó ante aquel esclavo irritado. Discutió, suplicó, y su dulce elocuencia, sus razonamientos, apaciguaron poco a poco la cólera del ispán y de su mujer.

—Le prometo no castigarle por esta vez —dijo el padre, echando todavía una mirada rencorosa hacia el pobre Miklos, que no había dejado de temblar—. Pero voy a hacer una cosa..., sí; una cosa ridícula. ¡Es una debilidad!

—¡Seguramente! —añadió la mujer—. Sólo que, es curioso..., no se puede resistir a su excelencia. ¡Si quisiera interceder por Miklos con el principito!...

—Lo probaré. No hay, en efecto, nadie sino el niño, que sea capaz de doblegar la voluntad del príncipe.

Pero, al decir esto, Mirtea pensaba para sí misma: «¿Quién me dice que yo vuelva a ver a ese pobrecito Karoly?».

Despidióse la joven de los Buhocz y de Miklos, que la besaba las manos con fervoroso reconocimiento, y con pasó algo fatigado tomó nuevamente el camino del castillo.

Al atravesar los jardines llegaron a sus oídos los sonos de un órgano, procedente de la habitación del príncipe Milcza. Era una armonía tormentosa, agitada, y, sin embargo, magnífica... ¿Qué artista hacía vibrar así el instrumento? Él; sin duda..., él; aquel ser de corazón endurecido, de alma implacable.

Porque aquel hombre había sufrido, en su corazón o en su orgullo, una herida terrible, ¿era razón que inmolasen a su huraño resentimiento a cuantos le rodeaban?

La indignación invadió de nuevo el alma de Mirtea, quien murmuró, levantando resueltamente la cabeza:

—¡No, de nada me pesa! Al menos verá que no todos humillan la frente ante sus injusticias.

## Capítulo 8

**A** l día siguiente, Mirtea prolongó su estancia en la capilla después de terminada la misa. Necesitaba adquirir, con la oración, una reserva de fuerza y de confianza para el porvenir, que ahora se le presentaba angustioso.

En el momento en que se disponía a retirarse, vio, al volver la cabeza, a la camarera de la condesa Zolanyi.

—¿Qué quiere usted, Constanza murmuró?

—La señora condesa suplica a la señorita que vaya a hablar con ella.

Mirtea hizo una reverencia al altar, y se dirigió al primer piso.

La condesa, que aún no se había levantado, hablaba animadamente con Irene, sentada junto a ella.

—¡Óyeme, desdichada! —exclamó al ver a Mirtea—. ¿Qué historia es esa que ha contado Marsa? ¿Es verdad que has dirigido reproches al príncipe, a propósito de Miklos?

—Es cierto, prima mía —respondió firmemente, Mirtea.

—¿Te has atrevido?... ¡Pero eso es una cosa inaudita!... ¿Y por semejante motivo?... ¿Estabas loca?...

—No lo creo. Creí que ése era mi deber, y lo cumplí... Ahora será lo que plazca a Dios —añadió la joven con calma.

La condesa alzó los brazos al techo.

¡Es decir, que mi hijo va a obligarme a que no me ocupe más de ti, que te verás en el caso de marcharte de Voraczy!... Francamente, Mirtea, no sé cómo calificar tu actitud. Dada tu posición, debías, más que otra persona, acallar tu amor propio, tu susceptibilidad...

—¡No fue susceptibilidad lo que me indujo a formular una protesta! Lo que no pude soportar fue ver que se tratase a un pobre niño con sin igual dureza y desdén, y esa injusticia me obligó a defenderle.

Irene sonrió con cierto aire de mofa irónica.

—¡Qué valerosa ironía! Si fueses un hombre, ya te estoy viendo convertida en caballero andante para defender al débil y al oprimido contra un implacable tirano...; y en esta circunstancia el opresor está representado por el príncipe Milcza. ¡Pero no va a sonreírte la victoria, intrépido guerrero! Has querido, presuntuosamente, medirte con otro mucho más fuerte que tú.

—Lo sé, y estoy pronta a sufrir las consecuencias —respondió, fríamente, Mirtea.

—¡Oh, en verdad que eres muy temeraria! —exclamó la condesa con irritación—. Y yo aparezco responsable ante mi hijo, puesto que fui yo quien aquí te traje.

Oprimióse el corazón de Mirtea al oír estas palabras de la condesa. ¡No parecía sino que hubiera cometido una falta imperdonable!... Llenábanse de lágrimas sus ojos, y para no mostrarlas a la malévola mirada de Irene, salió con precipitación.

—¡Quién había de decirme que esa joven tenía que costarme tantas desazones! —



gimió la condesa—. ¡Parecía tan amable, tan sumisa!

—¡Oh, no tanto como eso, Mamá! Yo la he juzgado siempre muy altiva, muy enérgica para cuanto ella considera como un deber... Y ésta palabra «deber» encierra para ella, a veces, escrúpulos exagerados, y aun audacias increíbles... Hoy tenemos una prueba de ello.

—En fin, que me ha puesto en una situación muy comprometida. ¿De qué manera va a tomar eso tu hermano?

—¡No será cosa, mamá! Arpad comprenderá que usted no podía conocer bien el verdadero carácter de ésa casi extraña... Y debo confesarle que ese incidente, muy enojoso al pronto, me parece que será favorable para nosotras.

—¿Qué quieres decir, Irene?

—¿No ha pensado usted, mamá, que ese afecto creciente de Karoly hacia Mirtea podía darnos más de una inquietud? Es seguro que el niño no hubiera querido separarse de ella durante el invierno, y nos hubiera obligado a permanecer con ella... ¡Un invierno en Voraczy, en soledad completa!... ¿No ha pensado usted en esto, mamá? ¡Fuera terrible!

—Es verdad —respondió la condesa palideciendo, intensamente, como si aquella perspectiva la hubiese consternado.

Y, hundiendo un instante la cabeza en su almohada, repuso con tono vacilante y algo conmovido:

—Sea como sea, estoy apesarada por esa niña, que me recomendó su madre, y que, innegablemente, es muy simpática.

Irene hizo un ligero movimiento de hombros.

—¡Qué quiere usted, mamá! No es culpa de usted, ni mía, sino exclusivamente de ella... Ahora, el daño está hecho ya; no podemos remediarle nada... Todas nuestras súplicas reunidas no pesarían un adarme contra la decisión de Arpad.

—¡Por desgracia, no! —suspiró la condesa.

\* \* \*

Entre tanto, Mirtea lloraba silenciosamente en su aposento. La helada ironía de Irene y los reproches de la condesa habíanle claramente demostrado que no tenía que esperar de sus parientas ni sostén moral ni afecto verdadero. No podía estar más sola en la tierra..., en apariencia tan sólo, pues poseía a Aquel que no abandona nunca a sus criaturas, al Dios de amor, que dijo: «Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos».

¡Sería preciso buscar ahora otro camino! Mandaría sin demora a preguntar al padre Joaldy si podía recibirla. El buen sacerdote le daría seguramente útiles consejos; sabría guiar a su pobre oveja, algo desamparada...

De pronto sonó en la puerta un ligero golpe... Llamaba a ella Thylda, la joven

camarera húngara destinada al servicio de Mirtea y de Rosa, la institutriz.

—Marsa avisa a vucencia que el príncipe Karoly la espera impaciente y se agita mucho no viéndola llegar.

Mirtea sintió un ligero sobresalto de estupor... Marsa obraba, evidentemente, por orden. ¿Había que pensar que el príncipe Milcza consideraba como no ocurrido el incidente de la víspera?

Parecía el hecho tan inverosímil, dado lo que habían manifestado a Mirtea y lo que ella misma había observado del carácter del joven magnate, que permaneció un momento indecisa, preguntándose si debía o no acudir al llamamiento del niño. Decidióse, al fin, y, después de cambiarse el vestido de luto, dirigióse al templete griego. Karoly acogió su llegada con transportes de alegría. Su carita, más pálida, más fatigada que de ordinario, radiaba de ventura.

—¡Oh, Mirtea mía! ¡Me parecía que no querías venir!... ¡Y he llorado tanto esta noche porque papá estuvo ayer tan enfadado contigo!... Me dijo que, no volvería a verte, y esto me ha causado tanta pena, que he tenido calentura muy fuerte, y entonces papá ha permitido que volvieses cada día, pero sólo hasta las cuatro.

Hasta las cuatro..., es decir, un poco antes de ir a reunirse él con el niño. Para complacer al hijito doliente, consentía en pasar por encima de su resentimiento, pero no hasta el punto de encontrarse con Mirtea.

Ésta experimentó con ello un profundo alivio. Después de la escena de la víspera, un encuentro entre ambos no hubiera podido menos de ser sumamente desagradable. La condesa y sus dos hijas mayores, cuando a la hora del almuerzo, les comunicó Mirtea la noticia, lanzaron exclamaciones de sorpresa.

—Tienes mucha suerte, Mirtea —dijo Irene con tono acerbo—. Si Karoly no te hubiese tomado tanto afecto, hasta el punto de enfermar al oír que no habían de volver a verte, no te hubieras salido tan bien de la cosa... Pero confieso que estoy terriblemente inquieta para nuestro invierno —añadió, volviéndose hacia su madre y su hermana.

Estas últimas inclinaron la cabeza con aire preocupado, y Terka murmuró:

—En esto no podemos remediar nada, Irene. ¡Qué le vamos a hacer!

—No, nada —dijo rabiosamente la menor, echando a Mirtea una mirada malévola.

\* \* \*

Después de este aviso, la vida recobró para Mirtea igual marcha que antes, con la diferencia de que tenía tres horas más de libertad cada tarde.

Empleábalas la joven en hacer algún ejercicio, en visitar por los alrededores del castillo a algunas familias pobres, a las cuales socorría con consejos y cuidados, a falta de dinero, que apenas contenía su escueta bolsa.

Para la joven era cosa infinitamente penosa no poder aliviar tantas miserias. El príncipe Milcza no se preocupaba de todos aquellos seres que vivían en sus dominios. Y Mirtea pensaba con cierta irritación cuán fácil le hubiera sido, no obstante, derramar beneficios en torno suyo. Pero no; el príncipe prefería que todos le temiesen; hacer gala de un implacable despotismo. Importábale verdaderamente poco o nada a aquel ser orgulloso que le amasen y bendijesen los humildes. Cierta tarde, al volver Mirtea de una miserable aldea eslovaca, encontró al padre Joaldy, que, como ella, regresaba de una visita caritativa.

—¡Oh, padre, qué miseria! —dijo la voz estremecida de la joven—. ¿No cree usted que si se le hablase de ella al príncipe Milcza, quizá socorrería a esos desdichados?

El anciano sacerdote meneó la cabeza con aire de duda, y contestó:

—El príncipe me entrega todos los años una considerable suma para mis limosnas; pero, fuera de esto, no debo hablarle de nada... ¡Pobre príncipe! —añadió con súbita emoción.

—¡Es duro e implacable! —exclamó Mirtea, al recordar que en ninguna ocasión había visto un acto de afabilidad en aquel hombre.

—¡Ah!, es que su corazón se endureció a consecuencia de la cruel desilusión por él sentida. En tiempos de su primera comunión era un, ser de alma amante y delicada, algo soberbio y voluntarioso ya, a causa de las adulaciones de que se veía objeto por parte de cuantos le rodeaban, pero infinitamente amable y seductor. Sentía hacia mí un afecto muy grande, y sólo de mí aceptaba algún reproche. Más tarde, lanzado en el movimiento mundano, ocultaba bajo una apariencia escéptica y una indiferencia altiva las aspiraciones de un corazón muy ardiente, de un alma cuyos elevados instintos e innata delicadeza preservábanla de peligrosos descarríos. Sin embargo, yo veía con dolor que la profunda piedad de su infancia no existía, ya que amenazaba ahogar su fe aquel ambiente frívolo y de incredulidad mundana en que vivía. Así, anhelaba fervientemente que llegase el día en que encontrara a una mujer seria y cristiana que supiera guardar para el bien y para la verdad aquella alma tan hermosa, amenazada de extraviarse... ¡Ah!, y, por desdicha, lejos de ser así, encontró a esa rusa, ¡a esa criatura perversa!

El anciano sacerdote suspiró dolorosamente al pronunciar estas últimas palabras.

—Con semejante corazón —prosiguió, al cabo de un momento—, el desencanto había de ser más terrible y dejar huellas más profundas que en cualquier otro. El último acto de aquella inicua mujer, que faltó poco para que le costase la vida a su hijo; la debilidad persistente de éste; el constante temor de perder a ese ser amado, una especie de rencorosa desconfianza hacia la Humanidad en general, y en particular hacia el sexo femenino, y acaso también una profunda herida en su orgullo al ver que se había dejado alucinar por falsos exteriores, todo eso ha contribuido a que ese ser tan admirablemente dotado, y que no tiene treinta años todavía, se haya convertido en una especie de misántropo, de corazón empedernido y alma cerrada para todo lo que

no es su hijo, su único amor. En una palabra: el príncipe Milcza es un enfermo moral. Sólo habría para él un remedio: el retorno a la fe...; pero ¡ah!, desde sus desdichas se ha alejado, al contrario, completamente de la religión.

El sacerdote y Mirtea continuaron andando algunos momentos en pensativo silencio.

El padre Joaldy preguntó de pronto:

—¿Y Miklos? ¿Ha vuelto al lado de Karoly?

—¡Ah, no! Karoly lo ha pedido a su padre; pero ha chocado con una categórica negativa... ¿Y dice usted que ese hombre tuvo antes de ahora buen corazón, padre? —exclamó Mirtea con tono de protesta.

—¡Vamos, no se indigne usted tanto hijita mía! —dijo, paternalmente, el anciano sacerdote—. Se lo repito: está moralmente enfermo; su antigua generosidad, sus instintos elevados y caballerescos parecen haber desaparecido en la tormenta de que su pobre corazón ha sido teatro. Pero no están muertos, no lo creo..., no quiero creerlo. Todos los días ruego a Dios para que ilumine esa alma con bienhechora luz.

—Entonces, ¿débase también a una huraña misantropía esa frialdad que demuestra hacia su madre, y la dureza e indiferencia con que mira a su hermano y a sus hermanas?

—Sí; todo esto deriva de ella. En primer lugar ha de saber usted que la condesa Gisela no ha tenido nunca autoridad ninguna sobre su hijo, y aun lo ha conocido muy poco. Anulada por el príncipe Segismundo, su primer esposo, no tenía derecho ninguno sobre el niño, a quien su padre, hombre de carácter despótico y violento, quería educar por sí solo. Cuando murió, confiése la tutela del joven al príncipe Andrés Milcza, su tío mayor, quien le idolatraba, y le convirtió en una especie de reyezuelo absoluto. Lo mismo que en vida de su esposo, la princesa viuda tampoco tuvo en esta situación voz en el capítulo; sólo le era permitido admirar a su hijo, nada más. Otro carácter hubiera sufrido profundamente de tal preterición; pero la princesa supo tomar con gran facilidad su partido... Sin embargo, nadie, dadas las circunstancias, se admiró de que aceptase un segundo matrimonio..., nadie, exceptuando su hijo. Éste, al conocer el proyecto, sintió un descontento indecible, debido menos al hecho de aquella segunda unión que a la antipatía que le inspiraba el conde Zolanyi. Lo sucedido después demostró que su precoz inteligencia había adivinado el mezquino valor moral de aquel hombre... Desde entonces reinó una especie de animadversión entre la madre y el hijo. Las relaciones entre ambos, poco íntimas ya, volviéronse más frías, más ceremoniosas, bien que nunca dejaran de ser correctas... Luego ocurrió la muerte del conde y la ruina para su mujer y sus hijos. El príncipe Arpad, que acababa de contraer matrimonio y comenzaba ya a sentir las duras espinas de la desilusión, les prestó su auxilio sin vacilar, con generosidad perfecta, sin una palabra que pudiera parecerse a un reproche, pero sin ningún impulso afectuoso tampoco. Ya oprimían su corazón las estrecheces del sufrimiento. Y más tarde ha sentido hacia sus hermanas y su misma madre algo de su universal y

amarga desconfianza a la vez que sus instintos autoritarios, fomentados ya por el sistema de educación de su tío abuelo, transformábanse en ese despotismo extraño, que no perdona a nadie... Pero yo creo que si hubiese encontrado en su madre y en sus hermanas algo menos de espíritu mundano y más acendradas virtudes cristianas, su influencia, a la larga, hubiera, cuando menos, atenuado esa triste disposición de su alma.

—Tal vez sí —dijo, pensativamente, Mirtea—. Pero ¿cómo, dada esa frialdad de relaciones, viene la condesa a vivir así una parte del año en Voraczy?

—Para Karoly, únicamente. Esa estancia de su madre y de sus tías produce un cambio para el niño..., ordinariamente al menos, pues este año es usted, usted sola la que...

El padre Joaldy interrumpióse de pronto para decir, poniéndose la mano ante los ojos:

—Pero ¿no es el ispán Buhocz ése que veo llegarse aquí tan de prisa?

—Me parece que sí, padre.

Era, en efecto, Casimiro Buhocz. Detúvose cerca del sacerdote y de Mirtea, y les saludó, diciendo:

—Acabo de saber una noticia muy mala: unos tziganos, de regreso de una peregrinación por tierras orientales, han traído aquí los gérmenes de una enfermedad terrible y poco conocida aún, una especie de fiebre, que casi siempre es mortal, sobre todo para los adultos que se ven atacados de ella. Si escapan con vida, es con mengua de su salud, que siempre queda profundamente alterada, o bien, con más frecuencia todavía, su rostro conserva las señales de la enfermedad, convirtiéndose en una máscara asquerosa.

—¿Será, pues, una especie de viruela muy maligna, por lo que dice usted? —pregunto Mirtea.

—Se le parece en ciertos aspectos; pero es más peligrosa. La enfermedad es menos dañina para los niños; cuando están bien constituidos, se les salva muy fácilmente.

—¡Pero yo no he oído hablar de esto! —dijo, sorprendido, el padre Joaldy.

—Los tziganos lo ocultaban; pero un hombre de la aldea de Lohacz acaba de sufrir el ataque de esa fiebre, y no ha tardado en cundir el espanto. Esta noche lo sabrá todo el mundo. Yo vengo a prevenir a su excelencia para que tome las medidas oportunas.

El ispán saludó y alejóse.

—¡Una epidemia así será una cosa terrible entre toda esta pobre gente! —dijo el padre Joaldy con dolorosa emoción—. Será necesario, hija mía, que interrumpa usted sus visitas de caridad.

—Sí, a causa del pequeño Karoly... Esto va a hacer temblar al príncipe Milcza, padre.

—¡Oh, los habitantes del castillo nada tendrán que temer! El príncipe tomará las

medidas más severas; nadie podrá salir más allá del parque; el menor objeto necesario que entre en Voraczy va a ser sometido a una rigurosa desinfección... ¡Oh, el niño nada tiene que temer! Se le guardará de la epidemia como se le guarda del menor peligro.

\* \* \*

Al entrar en el castillo, Mirtea dirigióse a su cuarto para cambiar de vestido, y bajó al salón, donde permanecían habitualmente la condesa y sus hijos.

Al pie de la escalera encontró a las inseparables Terka y Mitzi.

—¿Sabes ya la noticia? —díjole la mayor— Parece que tenemos encima la amenaza de una espantosa epidemia.

—Sí —contestó Mirtea—; el padre Joaldy y yo acabamos de encontrar al ispán Buhocz, que nos la ha comunicado.

—¡Oh; aquí no tendremos nada que temer! El príncipe va a toma medidas draconianas. ¡Será muy interesante!... Pero, atendiendo a la circunstancia que le obligará a ello, nos someteremos voluntariamente, pues todo vale más que arriesgarse a contraer tan terrible enfermedad —dijo Terka, cuyo cuerpo sacudió un ligero estremecimiento.

Las jóvenes dirigiéronse hacia el salón.

La condesa e Irene, inclinadas sobre, un periódico, levantaron vivamente la cabeza al entrar aquéllas.

—¡Toma, Terka, lee esto! —exclamó la condesa, tendiendo el periódico a su hija—. Un horroroso incendio, en el teatro de Boston... Entre las víctimas, la señora Burnett, nacida Alejandra Oulousof...

Terka tomó vivamente el periódico, mientras el alma de Mirtea, penetrada de cristiana tristeza, elevaba una oración para la desdichada que había desertado de todos sus deberes y a quien una muerte espantosa acababa de sorprender así, de improviso.

—¿Lo sabrá nunca Arpad?... Lee con mucha irregularidad los periódicos, y nadie se atreverá aquí a pronunciar ese nombre en presencia suya —observó la condesa.

—Que lo sepa o no, pienso que esto no tiene ninguna importancia —replicó Irene— ¡No se le ocurrirá nunca al príncipe Milcza, tal como lo conocemos ahora, la idea de volver a casarse!

## Capítulo 9

**L**a epidemia había invadido una aldea de los alrededores de Voraczy y se cebaba con violencia en las viviendas pobres, donde, viviéndose frecuentemente en condiciones defectuosas, las prescripciones higiénicas de los médicos solían ser letra muerta.

Muchos ataúdes, grandes y pequeños, habían tomado ya el camino del camposanto, y pocas eran las casas donde a uno u otro de los miembros de la familia no hubiese atacado la caprichosa plaga, que dejaba a veces al más débil para apoderarse de un ser vigoroso, que perdonaba a un niño para arrebatarse a la madre.

En Voraczy sufría pocas perturbaciones la quietud. El príncipe Milcza había tomado tales medidas que parecía imposible conservar el más mínimo temor.

Los habitantes de la ostentosa residencia estaban en algún modo prisioneros, y todos los objetos que penetraban en el castillo, hasta la menor carta, sometíanse a una rigurosa desinfección. Cualquiera que hubiese franqueado los límites del parque podía estar seguro de que no volvería a poner los pies en el castillo... Nadie, sin embargo, podía tener ganas de aventurarse a ello; nadie podía pensar en sentir temores ante la seguridad de que se disfrutaba en Voraczy.

Nadie, excepto el padre Joaldy y Mirtea. Tantos sufrimientos como se desarrollaban cerca de ellos hacían penosa para sus generosas almas aquella misma seguridad. Pero el ministerio del sacerdote le agregaba al castillo, y Mirtea no era libre de seguir los caritativos anhelos de su corazón intrépido.

Karoly, desde que temió perderla, cada día mostrábasele más apasionado. Todas las tardes, al verla alejarse, intentaba retenerla.

—¡No te vayas, Mirtea; quédate, quédate hoy! Papá no se incomodará; le diré que soy yo quien te lo ha pedido...

Pero la joven no sentía veleidad ninguna de encontrarse en presencia del príncipe Milcza, y procuraba cuidadosamente no encontrarse con él al regresar al castillo.

Sus días estaban ahora ocupados como nunca. No pudiendo Renato visitar ni ver a sus amigos, fastidiábase enormemente, y quiso recomenzar sus lecciones de violín. Sus hermanas, privadas igualmente de sus habituales relaciones, ponían a contribución a Mirtea para dedicar el tiempo a la música tan pronto como había terminado su obligación con Karoly.

Prolongábanse aquellas sesiones hasta muy tarde de la noche, porque Terka era una filarmónica apasionada, y en cuanto a Irene, parecía sentir un maligno placer en imponer a su prima una obligación cualquiera.

Mirtea, a quien el pesar de la muerte de su madre contribuyó a ponerla en estado algo anémico, sentíase cada día más fatigada, y guardaba ansiosamente siempre la hora en que le era permitido tomar, en fin, algún reposo.

Un día prolongóse más que de ordinario la sesión musical. Terka había querido tocar varias sonatas de Beethoven; Irene ejecutó trozos modernos de raras

sonoridades, que distendieron penosamente los nervios fatigados de Mirtea, la cual, una vez retirada en su habitación, rezó sus oraciones y se apresuró a desnudar y trenzar sus cabellos, a fin de acostarse para descansar su cabeza dolorida.

De repente sonó un golpe en la puerta. Era Thylda quien llamaba a ella, trastornada la faz.

—¡Señorita..., oh, señorita!... ¡El principito!...

—¿Cómo?... ¿Qué sucede, Thylda? —exclamó Mirtea, ansiosamente.

—Está enfermo... Temen que sea la fiebre...

—¡Oh, Dios mío! ¡Pero si esta tarde no tenía absolutamente nada!

—Le ha sobrevenido hace una hora..., de repente... Y la llama a usted, señorita Mirtea; no cesa de llamarla. Su excelencia me envía a preguntar si quiere usted...

—¡Oh, al momento! —dijo la joven, sin vacilar un segundo—. ¡Pobrecito, mi pobrecito Karoly!

Y se lanzó fuera del aposento, olvidando el descuido de su peinado, sin pensar más que en el niño, presa, tal vez, de la terrible enfermedad.

La condesa, algo trastornada, se dirigía también a las habitaciones de su hijo.

—¡Mirtea!... ¡Es espantoso!... —gimió al cruzarse con la joven—. ¿Cómo habrá podido producirse? ¡Ah, tal vez se engañen!...

—¡Dios lo quiera! —murmuró, fervorosamente Mirtea.

Ambas penetraron en el salón que precedía al aposento en que el niño jugaba durante el día. El príncipe Milcza, en pie, hablaba con el médico, que residía también en el castillo, agregado a la persona del principito. El joven magnate volvió la cabeza, y a Mirtea se le oprimió el corazón al observar la alteración espantosa de su fisonomía y la sorda angustia reflejada en sus oscuras pupilas.

—Arpad..., ¿verdad que no es «eso»? —exclamó la voz anhelante de la condesa.

El rostro del príncipe se crispó y contestó con voz casi ronca:

—Sí, es eso.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró la condesa, juntando las manos.

La mirada del príncipe detúvose en Mirtea, que permanecía inmóvil cerca de la puerta, sin atreverse a avanzar.

—Karoly la llama a usted, señorita. ¿Tendrá usted valor para arriesgarse a contraer el mal?

—¡Sí, príncipe con el auxilio de Dios! —contestó sencillamente la joven, dando algunos pasos hacia la puerta del aposento del niño.

Un gesto del doctor la detuvo.

—Señorita: conviene que sepa usted, de antemano, las consecuencias posibles de tal acto. Esta enfermedad, cuando se escapa de ella, deja a menudo señales terribles, desfigura atrocemente...

—Poco importa —dijo Mirtea con la misma tranquila sencillez—. Nadie me necesita en el mundo; nadie sufrirá si muero o si enfermo... En cuanto a mi rostro, está destinado a ver la muerte, más horrorosa todavía, apoderarse de él. Estas



consideraciones no pueden, por tanto, hacer retroceder a una cristiana, y así estoy pronta, doctor, a prestar mis cuidados al niño.

La condesa fijaba sus ojos estupefactos en Mirtea. Aquel tranquilo heroísmo, aquel desprendimiento, aquella despreocupación de un resultado más terrible que la muerte para las mujeres orgullosas de su hermosura, parecíanle, evidentemente, incomparables.

El anciano doctor consideraba con verdadera admiración, y sumamente emocionado, a aquella joven, cuya espléndida belleza hacía resaltar de un modo más conmovedor esa noche aquel tocado infantil, aquella soberbia trenza de reflejos de oro descendiendo sobre el negro vestido que Mirtea, en su precipitación, no tuvo tiempo de quitarse.

El príncipe envolvió a Mirtea en una larga mirada, y le dijo con tono claro y frío:

—Quiero, señorita, que proceda usted con toda libertad. Si experimenta algún temor retírese; me explicaré perfectamente su resolución, pues las consecuencias, tales como se las acaba de manifestar el doctor Heday, son terribles, en la edad de usted sobre todo... Y, además, no la obliga ningún deber...

—Dispéñeme usted —respondió, sosegadamente la joven—; sí me obliga un deber para con ese niño que me ama y me solicita. Por lo demás, se lo repito, nada temo, y me someto de antemano a la voluntad de Dios.

Dicho esto, adelantóse hacia el cuarto de Karoly y, al pasar junto al príncipe, la mano de éste rozó su brazo...

—Aguarde usted..., reflexione todavía...

Mirtea levantó los ojos, sorprendida del acento angustiado del príncipe, y le vio muy pálido, y contraídas las facciones.

—No he de reflexionar más... Si hubiese sido libre, no habría vacilado en ir a cuidar a estos desdichados en sus pobres viviendas. ¿Por qué, pues, he de vacilar en exponerme por ese niño, a quien amo profundamente?

Y abrió la puerta con resolución apenas hubo pronunciado la última palabra.

Karoly estaba tendido en su blanca camita. Presentaba el rostro hinchado, cubierto de manchas violáceas; su respiración era fatigosa.

Mirtea advirtió, con sorpresa, que el niño estaba solo.

—¿Dónde está Marsa? —dijo detrás de ella la voz del príncipe Milcza—. Hace cinco minutos, cuando he salido para decir algunas palabras al doctor, la he dejado aquí, sentada al pie de la cama... ¿Cómo se ha atrevido a alejarse?

Al decir esto; el príncipe apoyó largamente el dedo en el botón eléctrico, en tanto Mirtea se acercaba al lecho y apoyaba suavemente su mano en la frente de Karoly.

Al sentir aquel contacto, levantó el niño sus hinchados párpados, y sus negros ojos fijáronse ávidamente en la joven.

—¡Oh, Mirtea mía! ¿Estás aquí ya? —gimió con ahogada vocecita—. ¿Verdad que vas a curarme?

—Así lo espero, queridito mío, si te estás muy quietecito y haces todo lo que diga

el doctor —respondió, tiernamente, la joven.

—Sí, sí... ¡Pero no me dejarás, Mirtea!

—¡No, no, ángel mío; no temas!

Después de consolar así al enfermito, la joven tomóle la mano y sentóse a su cabecera.

El príncipe había entrado en la habitación contigua. A través de la puerta, Mirtea oía su voz breve, que adquiría poco a poco irritadas entonaciones, y, en un momento dado, volvió a entrar en el aposento con la frente contraída.

—¡No puede encontrarse a esa mujer! —dijo en voz baja—. Se habrá fugado al ver enfermo al niño... Esto nos prueba, hasta la evidencia, que es ella la culpable. Bien le observaba yo esta tarde un aire singular; parecía no atreverse a levantar los ojos. ¡Ah, la miserable habrá escapado algunos instantes a mi vigilancia, y habrá logrado comunicarse con alguno de los suyos! Macri acaba de decirme que su madre y uno de sus hijos están atacados. ¡Ya no es necesario indagar cómo ha podido Karoly sufrir los efectos del contagio!

La voz del príncipe quebróse un poco... Aproximóse a la cama, se inclinó hacia el niño, y le contempló intensa y dolorosamente.

—¡Amor mío, Karoly mío; te salvaremos! —exclamó con tono sordamente apasionado—. ¡Y yo no te dejaré, cariño mío; no temas nada!

—¡Papá..., Mirtea! —murmuró el pobrecito.

—¡Sí, queridito mío; no se moverá tampoco de tu lado!... Y ya verás cómo el doctor Heday te cura pronto...

¡Qué acariciadoras y suaves inflexiones sabía tomar aquella voz, habitualmente dura e imperativa! ¡Cuán tierna dulzura reflejaban aquellas soberbias pupilas!

El doctor entró para indicar a Mirtea diferentes precauciones higiénicas que la convenía tomar. Después volvió a examinar al enfermito. La fisonomía del hombre de ciencia reflejaba, a pesar suyo, algo de la profunda inquietud que le embargaba. El príncipe, tomándole del brazo, le apartó de la cama y preguntó con voz temblorosa:

—¿Le salvará usted? Veamos... ¿Le salvará usted?

—¡Hay esperanza todavía, excelencia!

—¿Esperanza?... ¿No más que esperanza?... ¡Es una certidumbre lo que yo quiero!

—Nadie podrá dársela a vucencia —replicó, tristemente, el anciano doctor—. Yo haré todo lo posible; no puedo ofrecer más. Acabo de telegrafiar a Budapest; uno de mis colegas estará aquí, mañana. Pero, como ya he dicho a vucencia, será demasiado tarde. Mañana el niño estará salvado, o...

El doctor no se atrevió a terminar la frase. Pera el príncipe había comprendido. Con paso de autómatas volvió hacia el lecho y sentóse junto a él, fijando su ardiente mirada en el desfigurado rostro del niño.

El doctor se retiró al aposento contiguo y se echó sobre un canapé, para estar pronto a responder al primer llamamiento... Permanecieron solos junto al niño su

padre y Mirtea, escuchando, silenciosos y desgarrada el alma, la respiración, cada vez más anhelosa, de Karoly.

\* \* \*

Las primeras luces del alba alumbraron la agonía del niño. Los esfuerzos de la ciencia eran impotentes para salvar a aquel frágil ser, demasiado débil para soportar semejante ataque.

El padre Joaldy fue, también a compartir la dolorosa vela. Sentado junto a Mirtea, oraba, como ésta, con toda su alma, menos aún por el niño que por el padre, en cuya fisonomía se reflejaban las señales de una desesperación, tanto más espantosa cuanto más contenida.

La condesa Zolanyi, tratando de sobreponerse al terror que le inspiraba la epidemia, habíase presentado un momento a la puerta de la estancia. Pero, al verla lívida y temblorosa, Mirtea se levantó precipitadamente, diciéndola:

—¡Oh, prima mía, no entre usted, créame! Si teme usted el contagio, no hay disposición más favorable para sufrirlo... Y usted ha de conservarse para sus hijos...

—¡Pero Karoly..., yo soy su abuela! —balbució la condesa, dirigiendo a la carita desfigurada del niño una mirada llena de espanto.

—¡Ah! ¿Qué puede usted hacer por el pobre angelito? —replicó el padre Joaldy—. La señorita Mirtea tiene razón; no se exponga usted...

La condesa retiróse, después de haber dirigido una mirada de ansiedad a su hijo. Pero éste ni siquiera dio muestras de haber advertido su presencia. Desde el instante en que comprendió que Karoly estaba irremisiblemente perdido, pareció dejar de ver y de oír en absoluto.

Levantábase radiante el día. El sol hería los cristales del gran aposento blanco donde agonizaba el principito... Un rayo que se deslizó hasta el lecho iluminó el rostro pálido, desolado, de Mirtea, luego la faz desfigurada de Karoly. El niño abrió los ojos; su mirada, velada ya, fijóse en Mirtea; sus bracitos intentaron tenderse hacia ella.

—¡Mirtea..., bé... same...!

La joven adivinó más bien que comprendió las palabras que surgían de aquella garganta jadeante, y se inclinó, poniendo sus labios sobre el rostro cubierto de las señales de la terrible enfermedad.

Ante el acto sublime de aquella joven, que así ofrecía su juventud y su radiante hermosura a aquel contacto peligrosísimo, el príncipe Milcza salió súbitamente de su hoso sopor y extendió la mano para apartar a Mirtea.

—No... ¡Esto, no! —dijo con sofocado acento.

—¡Oh! ¡Rehusarle ésta satisfacción, pobrecito!... ¿Cómo podría hacerlo? —exclamó la joven, con un gesto de protesta.

El príncipe volvió la cabeza y se absorbió de nuevo en la contemplación de su hijo.

El doctor había entrado suavemente, manteniéndose en pie detrás de Mirtea y fijando en el príncipe Arpad una mirada profundamente afligida.

De pronto, el niño experimentó una breve convulsión, levantáronse sus manitas y sus labios murmuraron:

—Papá... Mirte...

El príncipe se inclinó sobre su hijo y apoyó sus labios en la pálida frente del moribundo...

Y Karoly exhaló el último suspiro bajo el apasionado beso de su padre.

## Capítulo 10

**E**l príncipe Milcza amortajó por sí mismo a su hijo, sin querer aceptar otra ayuda que la de Mirtea.

A causa del contagio, no podía exponerse al principito en la gran galería de la capilla, como lo fueron antes todos los Milcza.

Permaneció, pues, en el gran aposento blanco, rodeado de luz, con la cabecita reposando sobre un almohadón de terciopelo blanco y sus manitas cruzadas sobre una cruz de plata.

Esta cruz era la que recibió el último suspiro de la madre de Mirtea. Una vez terminado el amortajamiento, la joven había mirado en torno suyo buscando un crucifijo; pero sólo vio una estatuilla de la Virgen, una maravilla de marfil. Entonces, sin vacilar, sacó de su corpiño el querido recuerdo maternal y lo puso entre las manitas que los temblorosos dedos del príncipe Milcza acababan de cruzar.

Ahora que estaban sosegadas sus facciones, el niño había casi recobrado su acostumbrado aspecto. Pero, por vez primera, Mirtea advirtió, al contemplar cerrados sus grandes ojos negros, que Karoly se parecía a su madre.

El padre Joaldy, el doctor y Katalia, el ama, de llaves, a quien no asustaba el temor del contagio, sucedieron para la fúnebre vela. Mirtea, aniquilada de emoción y de fatiga, hubo de ceder a los ruegos del limosnero para que descansase algunas horas; pero tardó poco en ocupar de nuevo su sitio junto al despojo del aquel pequeño ser, al cual la dolorosa noche de su agonía le había unido con lazos indestructibles.

El príncipe Milcza no abandonó ni un segundo la cámara mortuoria, y depositó por sí mismo en el sarcófago, forrado de raso blanco, el cuerpo de su hijo. En su rostro rígido, tan pálido como el del muertecito, sólo los ojos permitían ver algo de la horrorosa desesperación que debía triturar aquel corazón de hombre.

Los funerales celebráronse con la pompa acostumbrada, en la capilla del castillo. Por primera vez vio Mirtea ocupado uno de los sillones principales..., y por primera vez también vio al príncipe Milcza vestido de negro.

Los ojos de la joven, henchidos de lágrimas, fijábanse con ardiente compasión en la alta silueta que permanecía en pie delante de todos.

Del corazón de Mirtea surgió, ferviente y dolorosa, una súplica:

—¡Dios mío, tened piedad de él!... ¡Dadle la fuerza y la fe que le falta!

El minúsculo sarcófago fue a ocupar su lugar en la cripta donde tantos príncipes Milcza reposaban ya: Lentamente, el príncipe Arpad lo roció con agua bendita... Luego, volviéndose, apartó con imperioso gesto a cuantos estaban allí, a su familia, a los domésticos, a los terrazgueros, y salió rápidamente, sin aguardar a que, conforme al uso, todos hubiesen desfilado por delante de él.

Mirtea había podido sostenerse hasta entonces, gracias a un supremo esfuerzo de energía. Pero una vez se hubo retirado a su aposento, dejóse caer sobre su sillón, desfalleciendo de lasitud física y moral a consecuencia de aquellos tres dolorosos

días, en que después de la agonía del niño, asistió a la del padre, muda, pero espantosa.

En su cerebro, fatigado, en su corazón, penosamente oprimido, dominábalo todo en aquel momento una idea; una compasión inmensa, colmada de angustia, hacia aquel padre, cuyo horroroso sufrimiento había comprendido hacia aquel alma que iba a encontrarse sola en su lucha contra el dolor atroz de la separación..., ¡sola, porque estaba distanciada de su Dios! Y nadie podía intentar sacarle de su espantosa soledad, nadie podía intentar hablarle de resignación... No, ni aun su madre.

Aquel hombre había entregado su corazón entero al niño adorado, y ahora que ya no existía Karoly, el príncipe debía considerar la existencia como un horrible desierto.

En el alma de Mirtea surgió súbitamente un remordimiento al recordar el breve incidente de la víspera. En el momento de depositar al niño en su féretro, el príncipe había quitado el crucifijo colocado entre las manos de Karoly, y pedido, levantando hacia Mirtea sus ojos, de los que no se apartaba una expresión de desesperación inmensa:

—¿Esta cruz le trae a usted a la memoria algún recuerdo querido?

—Sí, príncipe; estuvo entre las manos de mi madre muerta.

—¡Ah! —murmuró él, tendiéndosela.

Ahora pensaba Mirtea que tal vez hubiese sido para el príncipe un consuelo conservar aquel crucifijo en recuerdo de su amado Karoly, y que hubiera debido cedérselo. La querida muerta, desde lo alto del cielo, habría bendecido aquel sacrificio de su hija en favor de un desdichado que había perdido la fe en Dios, y a quien la divina imagen del Redentor hubiera podido aportar una fuerza y una resignación sedante en la horrorosa noche en que, indudablemente, se agitaba su alma martirizada.

Aquella idea pesarosa convirtióse para Mirtea en un verdadero sufrimiento. Así, propúsose entregar, al día siguiente la cruz a la condesa Zolanyi, suplicándole que hiciese por manera de enviársela a su hijo. Si se hubiese atrevido, ella misma la habría mandado entregar al príncipe aquella noche.

Pero Katalia, que fue de parte de la condesa a informarse de cómo estaba y a ofrecerle sus cuidados, le participó que el príncipe se había encerrado en su despacho, prohibiendo que bajo ningún pretexto fuesen a estorbarle.

Mirtea se acostó, rehusando todo alimento. Su garganta, oprimida por la pena y el cansancio, con trabajo, sorbió la infusión calmante que le trajo Katalia... Y las horas deslizáronse lentas, no aportándole más que el insomnio y poblando su cerebro angustias imprecisas.

Al rayar el alba, encontrábase algo reposado su cuerpo; pero su cerebro experimentaba más fatiga aún que la víspera.

Una especie de inquietud nerviosa agitaba a Mirtea, ordinariamente tan sosegada y juiciosa, y la obligó, en fin, a levantarse.

Abrió la ventana, y el aire matutino, fresco y ligero, dilató sus pulmones. Tendió la vista hacia las espesuras del parque, y creyendo que tal vez un paseo matinal calmaría sus nervios sobreexcitados después de la penosa tensión de los días precedentes, vistiese, cúbríose las hombros con un abrigo y bajó, sin cruzarse con ninguna persona en el castillo, dormido todavía, y se dirigió a una puertecita de servicio, por donde salía ella del edificio cuando la condesa Zolanyi albergaba a uno o más huéspedes y la joven no quería arriesgarse a encontrarlos. Los rosados velos de la aurora corríanse lentamente. Los primeros rayos del sol irisaban las gotas de rocío esparcidas en los follajes, y arrancaban centellas a los cristales de los invernaderos.

La fresca brisa vivificaba algo los fatigados nervios de Mirtea y atenuaba el sufrimiento del cerco doloroso que le oprimía las sienes.

La joven avanzaba así en dirección del templete griego. Allí, más que en otra parte, encontraría el recuerdo de aquel que era ahora un ángel en presencia del Eterno; allí podría rememorar con punzante dolor las horas penosas, pero tan a menudo consoladoras, pasadas cerca del caprichoso y tierno niño, sobre el cual había ejercido, por el único encanto de su mirada, de su sonrisa, de su firmeza afectuosa, una influencia más poderosa cada día, y que la había amado hasta el punto de mezclar su nombre al de su padre, en su última palabra.

Mirtea tomó un sendero que la condujo hasta el lindo estanque en que se recreaba Karoly viendo nadar los cisnes... Dio la vuelta al minúsculo lago, se encaminó al templete... Sobre el suelo, cubierto de espeso y aterciopelado césped, deslizábanse sus pasos sin producir ruido. Contorneó la base del peristilo, y detúvose súbitamente... Alguien la había precedido en aquel lugar, donde se deslizaba plácidamente la infancia de Karoly.

El príncipe Arpad manteníase en pie, apoyado en una de las columnas del peristilo, cruzados los brazos y fijos los ojos en el sitio del césped donde habitualmente colocábase la silla larga de Karoly. Un rayo de sol, deslizándose oblicuamente a lo largo de las columnas, iluminaba el pálido rostro del príncipe, surcado por un dolor indescriptible.

De repente descruzó los brazos, y el sol hirió en su diestra un objeto brillante...

Mirtea había visto..., había comprendido...

Lanzóse desolada, y subió los escalones, lanzando un grito de angustia...

El príncipe Milcza volvióse bruscamente y retrocedió un poco al ver alzarse ante él a la joven, pálida como una muerta y dilatados los ojos, en que se pintaban el horror y el reproche.

—¡Usted..., usted aquí! —dijo sordamente.

—¡Príncipe!... ¡Oh!, ¿qué iba usted a hacer? —murmuró la joven, con inexorable acento de dolor.

Por la mirada del desdichado pasó una llamarada de cólera.

—¿Qué viene usted a hacer aquí? —profirió con violenta voz—. ¡Déjeme!... ¡Retírese!...

—¿Dejarle llevar a cabo este crimen? —exclamó la joven con indignación— ¡No, no; no hará usted esto!

—Lo haré porque quiero...; porque la vida ya no es nada para mí. ¿Piensa usted que pueda yo vivir sin él, sin mi amado hijito?... No, no; es imposible, y desapareceré también... Váyase pronto; si no hubiese usted llegado, todo había concluido ya.

—¡Con toda mi alma se lo ruego! —gimió la joven, uniendo las manos y alocada por aquel acento de apasionado dolor en que sentía palpitar una decisión irrevocable—. ¡Es usted cristiano; no olvide, usted su alma! ¡Por Dios, se lo suplico! —repitió con la voz entrecortada por un sollozo. Un estremecimiento convulsivo sacudió el cuerpo del príncipe; crispáronse un segundo sus facciones... Y, súbitamente, atravesó su mirada otra llamarada de cólera.

—¡No, no, no me vencerá usted! ¡Quiero morir!..., No será usted más fuerte que yo... ¡Retírese, le digo!

Mirtea se irguió, centelleantes los ojos...

—¡No, no me moveré de aquí! ¡Veremos si tendrá usted el valor de matarse en mi presencia! ¿Ha creído usted, acaso, con ese crimen, encontrar a su hijo junto a Dios?... ¿No piensa usted que obrar así es una cobardía?

De los labios del príncipe escapóse una exclamación de loco furor. Su mano derecha levantóse..., sonó una detonación. Mirtea hizo un brusco movimiento de lado; el proyectil no hizo más que rozarla..., y cayó desvanecida de espanto y de emoción sobre la última grada del peristilo.

—¡Mirtea!... ¡Oh!

El príncipe estaba ante ella, arrodillado en los peldaños de mármol. Sus manos asían las de la joven; su mirada, llena ahora de terror y de angustia, fijábase con intraducible ansiedad en el rostro de la joven, tan blanco como las columnas del templo.

¡Mirtea!... ¿Está usted herida?

—¡No, gracias a Dios! —respondió, débilmente, la joven.

—¡Ah, loco! ¡Ah, miserable de mí! —exclamó el príncipe con tono de sorda desesperación—. ¡Usted..., usted, que prodigó con tanto cariño y abnegación sus cuidados a mi hijito!... ¡Usted, que arriesgó su vida por él!... ¡Mirtea!... ¿Podrá usted perdonar nunca a este desdichado loco?... ¡Sí, porque ahora mismo estaba yo loco de dolor, después de una noche atroz, en que he visto sin cesar el amor de mi alma, a mi adorado Karoly!

—Sí, no era usted mismo; bien lo he comprendido —respondió dulcemente la joven—. Yo no tengo nada que perdonarle... No es a mí, príncipe, a quien ha ofendido usted con ese acceso de desesperación.

—¡Ah, yo no creo, no puedo creer ya! —articuló el príncipe con acento en que Mirtea pudo advertir un profundísima amargura.

Los ojos de la joven inundáronse en lágrimas.



Y sus manos estremeciéronse en las del príncipe.

—¡Ésta, ésta es la gran infelicidad de usted! —gimió con voz sofocada por la emoción—. Si hubiese usted tenido fe, ésta le habría ayudado a soportar su tremendo dolor... Pero, en realidad, no puedo creer que usted, educado cristianamente, no haya conservada en el fondo de su corazón un ligero destello de esa fe perdida.

El príncipe se había levantado, conservando entre sus manos una de las de Mirtea; su mirada, menos hosca, contemplaba el bello rostro entristecido en que radiaba el alma ardientemente cristiana de la joven.

—No sé —murmuró pensativamente—. Mi corazón se ha endurecido; un sombrío velo ha cubierto mi alma... Pero bastante hemos hablado de mí... Preciso es pensar en usted. ¡Ah, pobre niña! ¡Cómo tiembla usted aún!

—No es nada... Hace algunos días..., tal vez a causa de la fatiga, me he vuelto mucho más impresionable...

—¡Sí, ha prodigado usted sus fuerzas por él!... Y su padre se lo recompensa, ¡de qué modo!... ¡Mirtea, voy en busca del doctor Heday!...

—¡Oh, no; no lo haga usted! —dijo vivamente la joven—. No es necesario que sepa nadie lo que ha ocurrido aquí.

—Es usted generosa en exceso —manifestó el príncipe con alguna emoción—. Pero no aceptaré que de ello pueda sufrir su salud. El doctor será discreto...

—Le aseguro que es inútil. Iré pausadamente hasta el castillo...

Al hablar así, Mirtea púsose en pie; pero vaciló un poco y asióse al brazo que el príncipe extendía hacia ella.

—¿Ve usted? No está usted bastante fuerte todavía. Permítame, al menos, ofrecerle el apoyo de mi brazo para volver al castillo.

La joven miró al príncipe con aire perplejo.

—Pero se preguntarán qué significa esto... ¿Y si me interrogan?...

—Conteste que se ocupen de sus asuntos —respondió el príncipe, haciendo un gesto de contrariedad y frunciendo las cejas.

—¿Aun en el caso de que sea su madre?...

—Mi madre duerme todavía a estas horas. Los criados no creo que se hayan levantado aún, y los jardineros no han comenzado tampoco sus faenas. Por lo demás, débil como está usted, no la dejaré, ciertamente, volver sola, aun cuando hubiese de contar delante de todo el mundo, lo que acaba de suceder.

Subyugada por la decisión del acento del príncipe, Mirtea apoyó su mano en el brazo que él le ofrecía, y sostenida así dio algunos pasos; pero de pronto un fuerte estremecimiento agitó todo su ser.

Acababa de ver en el suelo el revólver, que el príncipe arrojó lejos de sí en el momento de lanzarse hacia ella.

—¡Oh! ¡Debiera haberlo quitado de su vista! —dijo éste, recogéndolo y deslizándolo en un bolsillo de su pantalón.

Pero en aquel momento encontró la mirada de Mirtea, que expresaba, trastornada

otra vez, una angustiosa súplica. Ante aquella mirada, que llegó hasta el fondo de su ser, el príncipe Milcza se conmovió, como acaso no le hubiese ocurrido nunca.

Las últimas nieblas que aún pugnaban por avasallar de nuevo su razón, disipáronse al ver el sincero interés que merecía a una joven que sólo altiva indiferencia y desagradecimiento había recibido de él.

—Prometo a usted solemnemente —dijo con emoción; que no trató de reprimir— no volver a usarlo para... semejante motivo. ¡Pero ruegue usted algo por mí, Mirtea...; usted, que comprende cuánto sufro!

La mano de la joven deslizóse en su corpiño y sacó la crucecita de plata. Sus grandes ojos, conmovidos y sublimes en su dulce expresión, levantáronse para fijarlos en los del príncipe.

—No sé si me he engañado —díjole tímidamente—; pero me pareció comprender que le sería a usted agradable conservar esta cruz, en recuerdo de su amado hijito... ¡Si quisiera usted aceptarla!...

—¡Oh, no, no! —contestó, vivamente, el príncipe—. Es usted admirablemente buena y delicada, pero este sacrificio lo rehúso, Mirtea...

—Suplícole que lo acepte. ¡Me consideraré sumamente dichosa al pensar que lleva usted como una égida este recuerdo de nuestra redención, que recibió el último suspiro de mi querida madre y el de su adorado hijito!

Y, al decir esto, Mirtea puso en la mano del príncipe la crucecita.

Lo que nadie hubiera logrado en el mundo, hacer penetrar una gota de bálsamo consolador en aquel corazón que endureció la contrariedad ante las veleidades mundanas y acababa ahora de oprimir la desdicha con férreas tenazas, lo consiguió, al fin el sublime sentimiento de una joven que supo compadecerse de una infelicidad incomprensible.

Verdad es que la elevación del alma de Mirtea era inmensamente superior a la de cuantas rodeaban al príncipe.

Éste, al recibir la crucecita, exclamó, con voz sofocada por la alteración que su ánimo sufría:

—Pero ¿usted..., usted?

—Yo pensaré, contenta, que esta cruz le ayudará, tal vez, a encontrar la resignación y el reposo —contestó, gravemente, Mirtea.

El príncipe entreabrió su chaleco e introdujo la cruz en su bolsillo interior.

—¡No sé con qué palabras podría darle las gracias, Mirtea!... Pero acuérdesse que en adelante puede usted pedírselo todo a su primo —dijo, ofreciéndole nuevamente el brazo.

Y ambos encamináronse al castillo.

Como había dicho el príncipe, los jardines estaban completamente desiertos, y en el castillo no se notaba movimiento ninguno.

Antes de llegar a él, Mirtea detúvose.

—Ahora, puedo ya entrar sola. Muchas gracias, príncipe.

—¡Príncipe! —dijo éste con tono de reproche—. ¿No quiere usted llamarme primo, Mirtea? Verdad es que hasta hoy, arisco y misántropo, como me ha conocido usted siempre, no había tratado de reivindicar los privilegios que ese grado de parentesco me otorga. Pero ahora ha estrechado fuertemente esos lazos la admirable abnegación y el afecto que consagró usted a mi adorado angelito... Y si me llamase usted con ese título que ahora ambiciono, me demostraría que me ha perdonado aquel espantoso segundo de locura, que será uno de los más dolorosos recuerdos de mi vida.

—¡Oh, no vuelva usted a pensar en él! Ruégole que lo olvide para siempre, como yo desde ahora lo desecharé de mi pensamiento... Tanta es mi dicha al pensar que Dios, en su misericordia, me ha permitido llegar en aquel terrible instante. ¡Ah, olvidémoslo los dos, y créame usted que no le guardo ningún resentimiento, primo mío! —concluyó la joven, tendiéndole, tímidamente, la mano.

—¡Gracias, Mirtea! —contestó efusivamente el príncipe, inclinándose y rozando con sus labios los dedos que le ofrecían. Luego se alejó lentamente, no sin volverse varias veces para estar seguro, sin duda, de que Mirtea no necesitaba ya su auxilio.

La joven dirigióse sin novedad a su cuarto. Pero al llegar a él sintió una gran desfallecimiento, y sólo tuvo tiempo de dejarse caer en un sillón.

Tendida en él la encontró Thylda dos horas más tarde, al ir a arreglar el cuarto...

Y la joven camarera bajó precipitadamente, esparciendo la voz de que a la señorita Mirtea la había atacado la enfermedad que arrebató de la tierra al principito.

## Capítulo 11

**P**or fortuna no se confirmaron los temores de Thylda. El doctor Heday no encontró ningún síntoma alarmante. Mirtea no tenía más que una fiebre nerviosa, debida al cansancio y a las emociones de los pasados días.

Katalia compareció pronto en el aposento de la joven, y le manifestó que su excelencia la había mandado llamar, ordenándole que abandonase todos sus quehaceres, a fin de ocuparse exclusivamente en cuidarla.

El celo que demostró el ama de llaves en cumplir con discreta y respetuosa solicitud aquel cometido, claramente demostraban la extensión y la precisión severa de las órdenes del príncipe.

Hasta entonces, la encargada de la economía del castillo, aunque no dejase de haber procedido siempre en correcta forma, pareció, lo mismo que toda la servidumbre, considerar a Mirtea como una entidad algo descuidable. Pero aquella breve entrevista con el señor de Voraczy modificó ostensible y totalmente, sobre semejante punto, las ideas de Katalia.

Durante los ocho días que Mirtea guardó cama no salió de su habitación, el doctor fue a visitarla mañana y tarde.

Al cabo de tres días, sintiéndose ligeramente aliviada, la joven habíale dicho:

—Verdaderamente, doctor, no hay necesidad de que se moleste usted tanto. No estoy enferma hasta el punto de que deba usted visitarme diariamente dos veces.

—¡Orden del príncipe Milcza, señorita! —respondió el médico—. Y al salir de aquí debo también ir cada vez a comunicarle cómo sigue usted... Es natural; no puede hacer menos por aquella que arriesgó su vida cuidando a su hijo.

—¡Cómo exagera usted, doctor! —dijo la joven con cierto airecillo de enfado.

—¡Bueno, bueno! Sé perfectamente lo que me digo, señorita Mirtea... Y, por fortuna, el príncipe Milcza no es hombre que se olvide de sus deudas.

\* \* \*

La condesa Zolanyi y Terka, una vez estuvieron totalmente convencidas de que no había nada que temer de la terrible enfermedad, subieron varias veces a visitar a Mirtea y a pasar con ella algunos momentos.

Renato y Mitzi solicitaron también acompañarlas; pero Irene se abstuvo, pretextando que no estaba del todo segura de que no hubiese aún peligro de contagio; pero, en realidad, no era así. Lo que no quería la altanera joven era dar un testimonio de simpatía a aquella prima, cuya belleza e irresistible encanto despertaban su envidia, y que acababa de adquirir una nueva aureola por la abnegación que demostró al no abandonar la cabecera del principito.

El padre Joaldy fue también a visitar a la enferma, y le trajo un estuche de cuero blanco, en el que, una vez lo abrió, vio Mirtea la admirable estatuilla de la Virgen que estaba en el aposento de Karoly.

—El príncipe Milcza quisiera que la aceptase usted en recuerdo de su hijo —explicó el limosnero.

—¡Oh, me complace muchísimo!... Dé usted las gracias al príncipe en nombre mío, padre —contestó, emocionada, Mirtea.

Ahora, cada vez que su mirada encontraba la, estatuilla de marfil, dedicaba un recuerdo al niño y dirigía al cielo una oración para el padre.

¿Habría, por fin, descendido alguna resignación en aquella alma desgarrada por el más acerbo dolor y rebelada contra el destino?... Mirtea preguntábase, esto con angustia. Pero no le era posible informarse, pues la condesa no había vuelto a ver a su hijo desde el día de los funerales, y el padre Joaldy no había podido provocar la menor confidencia cuando recibió la visita del príncipe, el día en que éste le entregó la estatuilla. Mirtea sabía únicamente que mostraba a todos un rostro impasible y glacial; que se pasaba largas horas encerrado en su despacho, comía apenas y se entregaba, en el parque, a fantásticas y alocadas carreras a caballo.

—¿Buscará, acaso, la muerte por este medio? —pensó Mirtea con espanto, y aguardó con secreta impaciencia el momento en que le sería permitido reanudar su vida normal. Tal vez entonces podría encontrarle y adivinar lo que pasaba en aquel alma cerrada a todas las expansiones. No le fue posible, sin embargo, realizar su esperanza. Tanto en el castillo como en el parque, el príncipe permanecía invisible.

—¡Acabará por volverse loco! —murmuraba Terka.

—Pero, en fin —dijo un día Mirtea, llevada por su franqueza—, ¿no podríais probar, discreta y suavemente, de arrancarlo a su soledad? Terka e Irene permanecieron, por espacio de un instante, mudas de estupor.

—¿Qué dices?... —exclamó, al fin, la mayor—. ¿Tendrás también trastornado el cerebro, pobre Mirtea?... No puedo creer que, conociendo al príncipe Milcza, no te hagas cargo de la manera como acogería tal audacia.

—Porque no le amáis bastante..., porque sabe que le tenéis miedo —dijo resueltamente Mirtea—. Pero si os atrevieseis..., si él viera el ardiente deseo de consolarlo, de mitigar su pena...

—¡Oh, oh! —interrumpió Irene con burlona risita—. Tú ahora te muestras intrépida porque a él le plugo olvidar, gracias a los ruegos de su hijo, la libertad de lenguaje que usaste con él cierto día. Pero eso no se renovaríá impunemente, tenlo por seguro... Y puedes estar segura también de que ni nosotras mismas, sus hermanas, seríamos bien recibidas si intentásemos la manera de cambiar su humor arisco.

—Francamente, Mirtea, si estuvieses en nuestro lugar, ¿lo probarías? —preguntó Terka.

—Sin duda alguna. Me sería imposible sentir cerca de mí sufrir a mi hermano sin

probar de consolarle, de curarlo..., aun a riesgo de provocar su irritación o su desagrado.

Irene dirigió una mirada malévola al bello rostro, en que irradiaba un secreto y caritativo ardor, y dijo, con tonillo de mofa, encogiéndose ligeramente de hombros:

—Verdaderamente, eres muy cándida, Mirtea, y tienes muy exaltadas ideas. ¡Un poco más, y nos pedirías que convirtiésemos al príncipe Milcza!

—Es claro que sí, y deber vuestro sería probarlo —replicó, fríamente, Mirtea.

Y, dejando a la irónica joven entregada al estupor que le produjeron aquellas palabras, salió del aposento en que aquella conversación se había desarrollado.

Aquella tarde quería ir la joven a visitar a un niño enfermo de los alrededores de Voraczy. La epidemia había decrecido totalmente; la condesa y sus hijas reanudaban poco a poco sus relaciones, y Mirtea sus visitas de caridad. El padre Joaldy le indicaba solamente las viviendas en que no se había cebado la plaga, a fin de que no se arriesgase a llevar al castillo algún germen funesto.

Después de haber llevado sus consuelos, sus consejos y una limosna, ¡ay!, muy ligera a la pobre morada, la joven regresaba lentamente al castillo, atravesando el parque.

Algo fatigada porque aún no había recobrado del todo sus fuerzas, sentóse cerca de un estanque ante el cual varias hayas enormes, cortadas recientemente, formaban una especie de alta barricada.

Al buscar su pañuelo para enjugarse algunas gotas de sudor que la calurosa temperatura hacía perlear en sus sienes, su mano encontró un portamonedas de flexible cuero... Hacía algún tiempo que lo llevaba siempre encima, con la esperanza de poder, al fin, explicarse respecto a aquel asunto, con el príncipe Milcza. El incidente relativo a Miklos y más tarde el penoso suceso de que Voraczy fue teatro, retardaron aquella explicación que era, sin embargo, indispensable.

Pero ¿cuándo le sería dable volver a ver al príncipe, ya que más que nunca parecía sumirse en su hosca soledad?

Pensativa, dejaba vagar la joven su mirada por el estanque, cuyas aguas brillaban con irisados reflejos a los rayos del sol. En aquel apartado rincón del parque, sólo se oía el ruido que producía el gorjeo de los pájaros o la zambullida de alguna rana.

Pero de pronto sonó a poca distancia el galope de un caballo..., y apreció un jinete detrás de las arboledas que rodeaban el estanque. Antes de que Mirtea hubiese podido hacer un solo movimiento, el caballo pegó un salto soberbio por encima del agua y de los árboles derribados, y plantóse, rígidas y estremecidas las patas, a pocos pasos de la joven. Ésta se puso de pie, lanzando un grito, asustada, al que correspondió una exclamación del jinete, quien, apeándose ligeramente, adelantóse hacia ella con viva solicitud.

—¡Mirtea! ¿La he asustado a usted? No la había visto; la ocultaban a usted tanto estos árboles... —exclamó el príncipe Milcza, pues era él, fijando en la joven una inquieta mirada.

—¡Pero si lo que hace usted es espantoso! —dijo Mirtea, tratando de reprimir el temblor de su voz—. En verdad creeríase que..., que busca usted un accidente —terminó casi con un murmullo.

El príncipe le tomó la mano.

—¡Mirtea!... ¿Qué ha imaginado usted?... ¡Oh, no, no! Me han gustado y he practicado siempre esos ejercicios, como verdadero magiar que soy. Ahora trato de engañar así las penas que me torturan; me embriago de aire y de velocidad... ¡Pero me pesa en el alma haber asustado a usted!

—¡Oh, se me pasó ya! —dijo la joven con una ligera sonrisa y extendiendo la mano para acariciar las narices del alazán, que avanzaba su hermosa y fina cabeza.

—*Abdul* le pide perdón como su dueño, Mirtea... Pero dígame cómo se encuentra usted ahora. He sabido diariamente de usted por el doctor, pero me complace poder juzgar por mí mismo... ¿Me dirá usted que pudiera haberlo hecho antes? Sí, efectivamente, y tendría usted muchísima razón; pero debo decir, en descargo mío, que he sido presa de una fuerte crisis de misantropía —añadió, pasándose la mano por la frente.

Mirtea murmuró, emocionada:

—Hubiera convenido desecharla..., acudir al lado de su madre, de sus hermanas...

—Sí, debí hacerlo... Pero tengo a veces momentos tan terribles, que mi energía sufre un indecible quebrantó. No obstante, crea usted que tenía intención de ir uno de estos días a tomar el té al lado de mi madre.

—¿Y no podría ser hoy? —propuso, tímidamente, Mirtea.

El príncipe entreabrió sus labios, para dejar que asomase en ellos una vaga sonrisa, tal como la joven se la había visto algunas veces al contemplar a Karoly.

—¿Hoy?... Sea como usted dice... Pero ¿es usted como yo, Mirtea? ¿Le gustan los paseos solitarios? ¿Cómo no se pasea con mis hermanas?

—He ido a visitar a una familia pobre, a la entrada de la aldea de Silzi.

—Y Terka o Irene, ¿no la acompañan nunca en esas visitas caritativas, naturalmente? —dijo con irónico acento el príncipe.

—¡Pero si ellas tienen también sus pobres, a quienes distribuyen limosnas cada semana!... —replicó vivamente, Mirtea.

Por la mirada del príncipe pasó una vislumbre sarcástica.

—Sí; algunos pobres escogidos, de éstos cuya miseria ofende poco la vista... ¡Oh!, conozco mucho la caridad mundana... La he visto de cerca y he podido estudiarla... La otra, la verdadera, debe ser la de usted. Seguro es que la quieren a usted mucho los desdichados, ¿no es verdad, Mirtea?

—Supongo que no deben detestarme —respondió, sonriendo, la joven—. En cuanto a mí; puedo decir que les profeso mucho afecto, y mi única pena es la de no poder aliviar todas sus miserias, muy horrorosas a veces.

—Sí, es usted para ellos un rayo de luz..., para todos los desdichados —murmuró

con tono indefinible.

El príncipe volvióse ligeramente, miró el sol, que ya descendía hacia el horizonte, y preguntó:

—¿Vuelve usted ahora al castillo, Mirtea?

—Sí; me parece que es hora ya.

—¿Quiere usted aceptar mi compañía y la de *Abdul*?

—Con mucho gusto..., tanto más cuanto he de hablarle.

—Estoy a su disposición —contestó el príncipe, tomando las riendas a su caballo. Y al momento internáronse por la ancha vereda a través de las magníficas frondas de aquel rincón del parque. Pasados unos instantes, el príncipe preguntó:

—¿De qué se trata, Mirtea?

La joven repitióle entonces, con claras frases, lo que ya tiempo atrás dijo a la condesa Zolanyi.

El príncipe detúvose bruscamente, contraídas las facciones y tomó el portamonedas, que le tendió la joven.

—¡Oh, sírvase usted dispensarme! —dijo con acento algo sofocado—. ¡Dinero a usted..., a usted, que prodigó a mi hijo su afecto, su abnegación inapreciable!... ¡Mirtea, perdóneme! ¡La ofendí, bien lo conozco..., y eso fue muy penoso para usted! ¿Verdad?

—Algo, sí, no quiero negarlo —contestó la joven con franqueza—. Pero eso fue de momento, porque luego reflexioné que usted no pudo tener intención de agraviarme.

El príncipe volvió un poco la cabeza y púsose nuevamente en marcha. Avanzaron así un rato en silencio que, al fin, rompió el príncipe para decir en voz baja, en la que se traslucía una entonación de súplica:

—¿Querrá usted perdonarme, Mirtea?

—¡Oh, no lo ponga usted en duda! —respondió, vivamente la joven.

—¡Gracias, prima mía!... Y si le pidiese que distribuyera este dinero a los pobres, ¿lo aceptaría usted?

—¡Para ellos, sí, y con gran placer! Se lo entregaré en nombre de usted, primo mío, y ellos rogarán a Dios por usted —dijo Mirtea con brillante expresión de contento, reflejada en sus expresivos ojos.

De nuevo volvieron a ponerse silenciosamente en marcha.

La mirada del príncipe, menos sombría que de ordinario, perdíase en la profundidad de las arboledas, salpicadas de luz por los rayos del sol, que conseguía aún atravesar la bóveda de los follajes mientras se hundía en el horizonte en un mar de fuego. Cerca ya del castillo, el príncipe llamó a un criado y le entregó el corcel. Luego se despidió de la joven, diciéndole:

—Voy a cambiar de traje, e iré a tomar el té con ustedes. Hágame el obsequio de advertirlo a mi madre, Mirtea.

La joven, después de haberse quitado su vestido de, paseo, bajó al salón de la



condesa. Cuando hubo anunciado la visita del príncipe, vio alargarse súbitamente las facciones de todos; Renato abandonó la partida que sobre la alfombra tenía empeñada con el gozquecillo de su madre; Terka se apresuró a verificar la perfecta corrección de la mesilla del té, e Irene, a una observación de la condesa, probó de atenuar la excentricidad asaz acentuada de su peinado.

—Fortuna es que no nos caiga aquí como llovido del cielo, según su costumbre —observó—. A dicha, lo has encontrado, y mucho es que se haya dignado comunicarte su intención.

—Así, ¿has vuelto con él, Mirtea? —preguntó la condesa—. ¿Y no tenía el aire sombrío, enfurruñado?...

—Realmente no, prima mía. ¡Pero cómo se le conoce que es inmenso su sufrimiento!

—Pues bien; ése era el momento oportuno de intentar aquel apostolado que sueles predicarnos tan bien —dijo irónicamente Irene—. Ya que tanto te compadeces, podías...

La joven interrumpióse súbitamente al oír en la terraza un paso harto conocido... Y en tanto duró la visita del príncipe Milcza, apenas abrió la boca, guardando una postura sosegada y casi tímida, que contrastaba con su habitual vivacidad y sus maneras decididas. Irene, la más parlanchina, inquieta y machacona de la familia, mostrábase ante su hermano mayor, humilde y deferente como ninguna... Y Mirtea preguntábase si acaso sería por tal motivo que el príncipe Milcza parecía profesarle cierta especie de antipatía, que por cierto no disimulaba.

A partir de aquel día, Arpad fue casi todas las tardes a tomar el té en el salón de su madre. Hablaba poco, pero en cambio, demostraba apreciar mucho la lectura que su prima hacía generalmente a la condesa. La voz pura y profundamente armoniosa de Mirtea, su notable dicción, comunicaban un nuevo encanto a las selectas obras leídas por ella.

—De buen grado la oiría a usted hasta la noche, Mirtea —díjole un día—. Pero temo que abusemos de usted. En adelante deseo que no lea tanto.

Mirtea sentía en él un cambio indefinible. Frío y taciturno siempre, indiferente con sus hermanas y con Renato, hasta el punto de parecer, a veces que ignoraba su presencia, y sencillamente correcto con su prima, comunicaba, sin embargo, al dirigirse a ella, cierta dulzura a su mirada, y a su voz...

En determinados momentos, la joven sentía la impresión de ser objeto de un interés particular por parte de aquel hombre a quien tan cruelmente hirió la desdicha en plena juventud; observaba en sus actos, en las palabras que le dirigía, una grave solicitud, que tal vez era en él una señal del reconocimiento que le guardaba.

Entre la condesa y sus hijos, cada día era mayor la inquietud al ver acercarse el invierno.

El príncipe Milcza no hacía alusión a la estancia habitual de su madre en Viena; parecía acostumbrarse definitivamente a la visita que todas las tardes hacía al salón

de la condesa, y ésta, lo mismo que sus hijas, veía con terror la perspectiva de un invierno en Voraczy.

Al oírlas lamentarse de eso, apenas podía Mirtea reprimir las palabras que la indignación hacía acudir a sus labios. ¿Acaso no hubiera debido complacerlas ver al príncipe volver poco a poco a la vida? ¿No habría sido natural verlas prontas a sacrificarle sus fútiles placeres, demostrándole discretamente algún afecto, que acaso le hubiese, andando los días, conmovido, abriendo, su alma a mayores expansiones?

—A mí me gustaría más permanecer en Voraczy —decía Renato—. Nos quedaríamos los dos, ¿verdad, Mirtea?

—Los tres —añadió Mitzi, apoyando su rubia cabeza en el brazo de su prima.

El encanto de Mirtea influía en los dos niños, que le eran más adictos cada vez, y el impetuoso Renato la obedecía más que a todos.

Una tarde en que la condesa y sus hijas mayores habían ido de visita a una propiedad de las inmediaciones, Mirtea se llevó a los dos hermanitos bastante lejos, al campo.

Los tres, después de andar gran rato, detuviéronse a la margen de un arroyo. Los guardas del príncipe Vileza no habían pasado por allí, y los ribazos estaban cubiertos de flores otoñales.

En tanto Mirtea tomaba asiento en el tronco de un árbol derribado y tomaba su labor, los niños se dedicaron a una copiosa recolección, que depositaron a los pies de su prima.

—¿Para qué os servirán todas estas pobres flores? —díjoles ésta—. No podemos llevarlas al castillo.

—¡Oh, no! —dijo asustada Mitzi—. El príncipe se enfadó mucho con Terka el año pasado, un día que mi hermana había olvidado desprender de su cuerpo una rosa que le dieron en casa de los Boldy.

—¡Qué lástima! ¡Son tan bellas! —exclamó Renato con tono pesaroso—. Oye, Mitzi: ¿Vamos a hacer un tocado para Mirtea? Será el hada de las flores.

Mitzi batió palmas, y Mirtea se mostró complaciente a la fantasía de los niños... Pronto se encontró literalmente cubierta de flores.

—He visto en el bosque muchas campánulas, azules y rosas muy lindas —dijo Renato—. Ven, Mitzi, vamos a hacer un ramo.

—No os alejéis —recomendó Mirtea—, y volved en seguida que os llame.

Ambos hermanitos fuéronse corriendo, y Mirtea reanudó su labor interrumpida.

Un pálido sol de otoño rodeaba a la joven. A través de las ligeras flores en ellos esparcidas, sus cabellos adquirían reflejos de oro mate. Una franja de florecillas de tonos malva ceñía su frente, sombreando ligeramente sus pupilas, fijas en la labor y veladas por sus largas pestañas rubias.

Terminada su hebra, levantó la cabeza para buscar el hilo, que los niños habrían, sin duda, tirado en la hierba... Pero de su garganta salió una exclamación de azoramiento...

Casi enfrente de ella, apoyado en un tronco de los árboles del bosquecillo, estaba el príncipe Milcza pálido el rostro, casi tan pálido como lo viera Mirtea en el momento de la agonía de Karoly, y sus facciones crispábanse ligeramente.

Mirtea, casi, con inconsciente gesto, llevóse la mano a su cabellera para quitarse las flores... Pero el príncipe extendió la mano, diciendo con voz extrañamente cambiada:

—¡No, Mirtea!... ¡No se las quite usted!

—Y se acercó a la joven, la cual balbució, bajando la vista:

—¡Dispéñeme usted! Los niños, se han recreado...

—¿Pero de qué he de dispensarla, pobre Mirtea? Nada ha hecho usted que lo merezca. Yo soy quien hasta ahora se ha portado atrozmente como un verdadero egoísta..., pues voy creyendo que a usted le agradan mucho las flores...

—No quiero negarlo. Heredé este gusto de mi madre, que no sabía vivir sino rodeada de ellas.

—En este caso, ¡cuán privada de este placer se ha visto usted aquí! Yo, en otro tiempo, también las amaba apasionadamente...

El príncipe se pasó la mano por la frente, y murmuró con un dejo de amargura que hizo estremecer a Mirtea:

—Mi error consistió en envolverlas a todas en la misma reprobación. No quise reflexionar que si existen flores ponzoñosas, hay otras buenas, muy buenas, y algunas exquisitas. Al fin he llegado a comprenderlo..., y aunque me esté vedado coger aquélla cuyo delicado perfume me ha hecho volver sobre mi injusta prevención, en ningún modo he de impedir que se atavíe usted con ellas, Mirtea, pues las flores son el adorno natural de las jóvenes.

El príncipe trataba de hablar con calma; pero Mirtea, sorprendida, sentía vibrar en él una emoción intensa y algo dolorosa también. Viole inclinarse para recoger la labor que la joven, en su encogimiento, dejó deslizar hasta la hierba, y alejarse apresuradamente.

Cuando los niños volvieron, encontraron a Mirtea inactiva y no recobrada aún de su emoción; pero al verlos recogió al momento su labor, y los tres regresaron en seguida al castillo.

El príncipe Milcza retrasóse mucho aquel día en ir a tomar el té. Excusóse con aire distraído, y apenas tomó asiento al lado de su madre, díjole tranquilamente, como si hubiese continuado una conversación comenzada por la mañana:

—Creo, madre mía, que debe usted ya pensar en su habitual estancia en Viena.

La condesa, sobrecogida un momento, balbució por fin:

—Sí, habíamos pensado...; pero, Arpad, si nuestra presencia aquí te es agradable...

—No creo que pueda usted ponerlo en duda —contestó el príncipe cortésmente—. Pero no pretendo cambiar para nada sus costumbres ni imponerle un invierno en Voraczy.

—¡Lo haríamos de buena gana por ti, Arpad! —contestó la condesa, movida por un arranque sincero.

—Muchas gracias —contesto el príncipe con cierta frialdad—; pero no he de aceptar ese sacrificio. No quiero que alcance a los demás la soledad de mi destino, a la que no podré sustraerme nunca.

Bajo la tranquila altivez con que el príncipe dijo estas palabras, Mirtea creyó percibir una inmensa amargura, una especie de aflicción sin esperanza de alivio.

Oprimiéndose el corazón, pensó que iba a sumirse nuevamente en su negra melancolía, y la indignó observar el relámpago de júbilo que brilló en los ojos de Irene y la contenida satisfacción que revelaba la fisonomía de Terka... ¡Oh, no! Ella no se hubiera portado así con un hermano suyo, aun cuando hubiera sido éste tan frío y poco afectuoso como el príncipe Milcza. Habríale dicho: «Las penas te agobian; sufres mucho...; no quiero dejarte solo, Arpad. ¡Qué me importan las fiestas, las distracciones mundanas, con tal que pueda contribuir, aunque no sea más que por pocos instantes, a distraerte diariamente de tus sombríos pensamientos!».

Pero ¡ay!, ella no era su hermana, y a las jóvenes condesas no era probable que les saliese nunca del corazón usar ese lenguaje con el príncipe Milcza.

Era muy posible que Mirtea no se hubiese engañado creyendo adivinar en él una recrudescencia de sufrimiento moral, pues desde ese día pareció recobrar su gusto por la soledad completa. No volvió a presentarse en el salón de su madre, ni se le volvió a ver por el parque una sola vez. En cambio, entregábase apasionadamente a la música, y Mirtea, al atravesar los jardines, oía a veces los sonos del piano o del órgano.

Los preparativos de la partida llevábanse a cabo lentamente. La condesa no quería demostrar demasiada prisa en alejarse de su hijo. Por otra parte, y no obstante su deseo de reanudar su vida de sociedad de los precedentes inviernos, no manifestaba por aquella temporal ausencia una verdadera satisfacción, y así lo confesó un día a Mirtea:

—Estoy inquieta por Arpad; temo que vuelvan a asaltarle negras ideas.

—Entonces, ¿por qué no se queda usted aquí, prima mía?

—¿Quedarme..., después que él me ha dado a comprender su deseo de estar solo?

...

—¡Oh! ¿Cree usted que él quiso expresar esto?

—No me cabe ninguna duda. Por cortesía, no pudo decírmelo explícitamente; pero le conozco bastante para entender lo que se oculta bajo sus correctas palabras.

\* \* \*

La víspera del día fijado para la partida, Mirtea, a pesar del tiempo brumoso y frío, llegó hasta la vivienda del ispán Buhocz para despedirse de Miklos. La joven iba a verle algunas veces, y era aquello un rayo de luz en la vida del muchacho, que

en el hogar paterno era poco satisfactoria, pues su padre no sabía perdonarle que le hubiesen echado del castillo, y sus hermanos mayores le hacían blanco de toda clase de impertinencias. Mirtea encontró al pobre chico llorando, y al saber que la joven se ausentaba, aumentábasele el pesar.

—Ahora seré continuamente desgraciada, ya que no tendré a usted aquí para consolarme algunas veces —exclamó sollozando—. ¡Oh, señorita Mirtea! ¡Si pudiese ocuparme en cualquier cosa en el castillo!... Mi padre no diría entonces que no sirvo para nada, y no volvería a echarme en cara el pan que como.

¿Ocuparle en el castillo? Pero ¿a quién solicitarlo? Si Mirtea hubiese podido ver al príncipe Arpad, habría intentado interesarle por la suerte de Miklos. ¿No le había dicho que podía pedirle todo lo que deseaba? Pero Arpad no se presentaba por parte alguna, y, evidentemente, no le vería antes de marcharse. No le quedaba más recurso que rogar al padre Joaldy para que intercediese en favor de Miklos.

Habiendo dado un abrazo al chico, recomendándole que le escribiese, alejóse Mirtea, oprimido el corazón al pensar que iba a alejarse de aquellos seres por quienes se interesaba con todo el ardor de su alma caritativa, y de la residencia de Voraczy, que, de unos meses a aquella parte, le era singularmente querida.

¡Cuán tristes se presentaban aquel día todas las cosas! Aquel cielo brumoso; aquel parque desnudo de follajes; aquellos jardines preparados para el invierno... todo hablaba de melancolía, de pena, de sufrimiento.

Mirtea, la valerosa Mirtea, experimentaba ese día los efectos de aquella tristeza ambiente, pues poco a poco asomaron en sus grandes ojos abundantes lágrimas.

Subió lentamente las gradas de la escalinata y entró en el vestíbulo; pero detúvose un instante en el umbral. El príncipe Milcza estaba en pie, cruzado de brazos, ante uno de los magníficos tapices que ornaban las paredes. Junto a él, un hombre correctamente vestido de negro, hablaba en voz baja, llena de deferencia.

Mirtea avanzó, aligerando el paso, con intención de seguir adelante sin estorbar al príncipe; pero éste volvióse y la divisó.

—¡Buenos días, Mirtea! —dijo saludándola—: Aquí estoy ocupado en examinar esta tapicería, que ha sufrido, no sé cómo, un pequeño deterioro.

A la vez que pronunciaba estas palabras, fijaba el príncipe su mirada, a la vez fría y triste, en el semblante de la joven. ¿Vio acaso las lágrimas que aún brillaban en sus ojos? Sea como fuere, lo cierto es que una breve, pero intensa emoción, transparentóse en su mirada.

—Dentro de poco le manifestaré mi decisión respecto a esta compostura —dijo, dirigiéndose al hombre vestido de negro, quien se inclinó profundamente, y marchóse.

El príncipe dio algunos pasos hacia la escalera, y luego detúvose súbitamente, diciendo con voz ligeramente trémula.

—¿Por qué ha llorado usted, Mirtea?

La joven inclinó algo la cabeza al responder:

—Pienso que es la tristeza de este día gris... y también la pena de ausentarme de Voraczy.

—¿Le agrada esta propiedad?

—Sí; muchísimo... ¡Y luego, hay tanto bien por hacer en todas partes!...

El príncipe volvió, la cabeza, y Mirtea no pudo ver la expresión dolorosa de su mirada.

—A propósito, primo mío, quisiera pedirle algo...

—¿De qué se trata? —dijo el príncipe.

—De Miklos. Desde que le despidió usted, al niño maltrátanle en su casa... Ahora mismo acabo de encontrarle bañado en lágrimas. Si pudiera ocuparle usted aquí en algo. ¿No querría hacerlo?

—Pensaré en su protegido, Mirtea. No le faltará ocupación; se lo prometo.

—¡Se la agradeceré muchísimo! —exclamó la joven, con gozosa entonación—. Es usted muy bueno, primo mío.

—¿Yo? —replicó, el príncipe con amargo tono—. Junto a un corazón elevado y verdaderamente cristiano, hubiera podido serlo; pero sólo, he encontrado perversidades en mi camino, miserables vanidades, y esto ha levantado en mi alma un muro inaccesible a la piedad.

—No me es posible creerlo; ¿acaso no estoy viendo que no se niega usted a ocuparse de Miklos? —exclamó la joven con tono conmovido de protesta.

Contemplóla el príncipe, y murmuró con cierta especie de fervor:

—Usted es quien es buena..., tan buena, que vence con su caridad a los más implacables... ¡Sea usted bendita, Mirtea, por el bien que me ha hecho..., y ruegue por mí!

Volvióse bruscamente apenas hubo pronunciado estas palabras, y alejóse con rápido paso, dejando sobrecogida a la joven, la cual no volvió ya a verle antes de la partida.

Aquella misma noche se despidió de su madre y de sus hermanas en la habitación de la condesa, y no se presentó cuando al día siguiente se alejó de Voraczy su familia.

Desde el coche que la llevaba a la estación pudo Mirtea, durante buen rato, percibir la magnífica residencia, rodeada de sus seculares arboledas y coronada por el pabellón blanco y verde que anunciaba la presencia del dueño...

Una tristeza profunda apoderóse del alma de la joven al pensar en aquella otra alma, que adivinó elevada y ardiente, y que allí iba a quedarse a solas con sus penas y sus dolorosos recuerdos, sin la confortadora luz de la fe.

—¡Dios mío! ¡Dadme que sufra yo, si conviene, a fin de que le concedáis ese don sin el cual no puede salvarse! —exclamó interiormente en un impulso de su joven y ardiente corazón.

## Capítulo 12

Los leños del hogar llameaban alegremente, y las grandes lámparas, veladas de verde pálido, derramaban su atenuada luz sobre una parte del vasto salón, colgado de oscuros tapices y decorado con suntuoso y severo mueblaje.

Aquella suave claridad iluminaba también, cerca de la chimenea, el apacible rostro y los bandós rubio ceniza de la señorita Rosa, y recortaba sobre el rico damasco de la vasta tapicería el puro perfil de Mirtea Elyanni comunicando a su espesa cabellera un delicado matiz de oro pálido. La institutriz leía..., o, dicho más exactamente, intentaba leer. En realidad, dormitaba, y en los labios de Mirtea asomaba de vez en cuando una sonrisa al verla despertarse sobresaltada, tomar de nuevo el libro y dejarlo caer al cabo de unos instantes.

Mirtea estaba perfectamente desvelada. Confeccionaba con gran actividad una faldita de lanilla, que serviría de excelente abrigo para una niña pobre, a quien pensaba ofrecerla como regalo de Navidad, y apresurábase a terminar su trabajo, porque se acercaba la hora de vestirse para ir a la misa del gallo.

A la vez que se entregaba a su labor, repasaba en su memoria los meses transcurridos. Aunque ligeros, no habían dejado de traerle algunos sinsabores, principalmente por parte de Irene, cuya malevolencia y envidia habían aumentado a partir de un día en que Mirtea, de vuelta de una gran ceremonia celebrada en la catedral, se encontró frente a un elegante grupo de personas que salían del salón de la condesa.

Ésta, ante la sorpresa de sus invitados, se vio en la precisión de presentar a la joven. Ahora bien, entre aquellas personas había un joven oficial que llevaba el apellido de Gisza, quien, al oír decir a la condesa Zolanyi: «La señorita Mirtea hija de mi pobre prima Eduvigis Gisza», exclamó al momento:

—¡Pues entonces somos primos, señorita!... ¡Cuánto me place!... Y me atrevo a esperar que tendré nuevamente el gusto de cumplimentar a usted.

Cuando Mirtea se hubo alejado, felicitaron mucho a la condesa Zolanyi por la belleza, la gracia y la natural distinción de su joven parienta. El conde Mathias Gisza no se mostró el menos entusiasta, por lo que Irene trasladó a Mirtea la cólera inspirada por la admiración de su primo hacia aquella «extraña», como interiormente la denominaba ella.

Terka, que hasta entonces había tratado con más benevolencia a Mirtea, fue poco a poco cambiando, al advertir que Mitzi, su preferida y su inseparable, cada día se mostraba más ardientemente adicta a su prima. Así pues, aunque por diferente motivo, Terka había llegado también a sentir envidia, y demostraba gran frialdad a Mirtea, frialdad casi tan penosa para ella como las palabras mordaces o acerbas de Irene.

Afortunadamente, la condesa Gisela permanecía invariablemente igual; pero no advertía —o no quería advertir— la hostilidad de sus hijas hacia Mirtea. Su carácter,

algo indolente, preocupábase poco de que la joven sufriese de aquella malevolencia y aquella injusticia, y además, la debilidad que tenía por sus hijas la inducía a no dirigirles la menor censura.

En cambio de esas ligeras desazones que afligían a Mirtea, estábanle reservadas algunas compensaciones en la existencia, casi austera y privada de distracciones, que llevaba en el palacio Milcza, comparada con la vida de jolgorio y mundano devaneo de sus primas. Además del afecto de Mitzi, poseía el de Renato, sobre quien decididamente tomaba una real influencia. Además, habíase granjeado la simpatía de la señorita Rosa, excelente y plácida joven, con la cual perfeccionaba el idioma alemán y platicaba frecuentemente sobre literatura, asunto favorito de la institutriz, muy versada en esos estudios.

Cuatro días hacía que la familia Zolanyi se había trasladado a Budapest, como tenía por costumbre todos los años para celebrar las fiestas de Navidad, instalándose en el antiguo palacio que en esa ciudad poseía el príncipe Milcza, quien lo ponía a disposición de los suyos, lo mismo que sus moradas de París y de Viena.

Aquella mañana habían, pues, partido todos para pesar la víspera y el día de Navidad en el castillo de Selzy, distante algunos kilómetros de Budapest. Pero ni siquiera por un instante se pensó en invitar a Mirtea, por más que los castellanos de Selzy fuesen Gisza, parientes suyos... Y, en consecuencia, la joven habíase quedado sola para celebrar aquella fiesta de Navidad, con la institutriz, en el grande y austero palacio, donde flotaba el recuerdo de los antepasados del príncipe Arpad.

Los pensamientos de la joven trasladábanse aquellas instantes a Voraczy. ¿Qué sería para «él» la dulce fiesta de Navidad, tan infinitamente consoladora para los corazones cristianos? ¿Continuaba imperando la rebelión de su alma, o bien, apaciguábanse lentamente sus impulsos?

Las noticias de Voraczy, además de raras, eran muy sucintas. La condesa había escrito varias veces a su hijo, y éste la había contestado con cartas muy breves, sin entrar en pormenores personales. Sólo por una carta de Katalia a Thylda, sobrina y ahijada suya, supieron los Zolanyi y Mirtea que el príncipe Milcza celebraba frecuentes conversaciones con el padre Joaldy, que realizaba excursiones a través de sus tierras de Voraczy y que se preocupaba de mejorar la suerte de los que en ellas residían, a cuyo efecto daba instrucciones a los ispáns. El ama de llaves era mujer de carácter muy discreto, y conocedora, además, de la aversión que le inspiraban al príncipe las habladurías, extendíase poco en esos detalles. Pero así y todo, tales noticias inundaron de gozo y esperanza el corazón de Mirtea. Si Arpad salía de su aislamiento y se ocupaba del bienestar ajeno, de los humildes y de los pequeños, de quienes era responsable ante Dios, bien podía decirse que estaba salvado.

Miklos había cumplido su promesa de escribir a Mirtea, participándole que su excelencia el príncipe Milcza le había tomado a su servicio particular y que no podía ser mayor su dicha. Su dueño era muy bueno con él, y no le manifestaba nunca la dureza de otra tiempo.



«Se lo agradezco a usted con todo mi corazón, señorita Mirtea —terminaba el muchacho—. Todos los días ruego para que el buen Dios le haga a usted muy dichosa, y porque su excelencia esté menos triste».

Triste lo estaba, indudablemente más, el pobre príncipe, en aquellos días de fiestas familiares, solo en su morada magnífica. El recuerdo de su hijito debía ser para él más intenso, su dolor más punzante.

\* \* \*

Mirtea prestó de pronto oído. La puerta que daba comunicación al salón con el aposento contiguo estaba abierta, y desde el vestíbulo llegaba hasta ella rumor de voces.

—Señorita, ¿oye usted?... Diríase que... sí, verdaderamente, diríase que es la voz del príncipe Milcza...

La institutriz, arrancada a su dulce somnolencia, sobresaltóse algo y púsose a escuchar.

—No sé... —contestó—; ¡pero sería muy inverosímil!

Mirtea levantóse vivamente, atravesó la habitación contigua y abrió la puerta que daba al vestíbulo.

Sí; allí estaba, efectivamente, el príncipe Milcza, irritado el rostro, oyendo las explicaciones que le daba un criado en el colmo de la turbación e inclinado ante él, mientras que otros servidores manteníanse detrás, en actitud humilde y poco sosegada.

Pero el rostro del príncipe iluminóse súbitamente, y avanzó hacia Mirtea con la mano tendida.

—¡Mirtea!... ¿Está usted aquí, al menos? Macri estaba diciéndome que se habían marchado mi madre y mis hermanas, y ahora mismo iba a preguntarle si había partido usted con ellas... Pero ¡está usted aquí! —repitió con un tono de júbilo que no sabía contener, a la vez que se inclinaba para besar la mano de su prima.

—¡Qué sorpresa! —murmuró Mirtea sin poder reprimir tampoco su emoción—. Precisamente estaba pensando ahora mismo en lo triste que había de ser para usted este día de fiesta en Voraczy...

—Sí; lo habría sido terriblemente si una revelación del excelente padre Joaldy no me hubiese ayer quitado el peso que me oprimía el corazón y me tenía cautivo. Inmediatamente decidí este viaje, con intención de pasar en familia la fiesta de Navidad. Pero al llegar me encuentro con un vestíbulo mal alumbrado, sin calefacción apenas, y sin persona ninguna del servicio... Llamo..., no viene nadie; vuelvo a llamar más vivamente, y, al fin, se deciden a comparecer esos individuos... —añadió, designando a los criados, cuyo semblante y actitud revelaban más consternación que otra cosa.

El príncipe los miró un instante con aire verdaderamente enojado, y prosiguió:

—Parece que en ausencia de mi madre se permiten negligencias increíbles...

—Es preciso mostrarse indulgente hoy, primo mío; es la víspera de Navidad —intercedió dulcemente Mirtea.

—Sea; dispensaré por esta vez... Serestely, prepara mi habitación —dijo, dirigiéndose a su ayuda de cámara, que se mantenía en pie detrás de él, con una maleta en la mano.

Arpad quitóse su gabán de pieles, y, entregándolo a un doméstico, dijo, volviéndose hacia Mirtea:

—¿Pero la han dejado a usted sola aquí?

—No; se ha quedado también la señorita Rosa. El príncipe frunció las cejas y dijo con aire descontento:

—Mi madre debió haber evitado ésta casi soledad, tratándose de un día tan solemne... Sobre todo este primer año, después de su penoso luto... Pero si está en Selzy, ¿por qué no se la ha llevado a usted? ¡Es incomprendible! Los Gisza son parientes de usted...

—Tal vez no quieran reconocerme como tal —contestó, pensativamente, Mirtea—. Por lo demás, prefiero que sea así, a causa de mi luto. Acaso habrá grandes reuniones en Selzy, y, realmente, no estaba allí mi sitio.

—Siempre la misma discreción, Mirtea... Pero no tema usted; los Gisza no tendrán pronto más que sonrisas y amistades para su primita.

—¡Oh!... ¡Lo dudo mucho!

—Y yo estoy completamente persuadido de ello —afirmó el príncipe con tono perentorio, a la vez que se adelantaba a saludar a la señorita Rosa, la cual mostrábase visiblemente estupefacta de aquella inesperada visita.

Luego entró con ambas jóvenes en el salón y dijo, mirando con aire de satisfacción en torno suyo:

—Ustedes dos han sabido hacer hospitalaria y deliciosamente agradable esta vasta habitación, demasiado majestuosa... ¿Tenía usted intención de asistir a la misa del gallo, Mirtea?

—Sí; la señorita Rosa y yo pensábamos oírla en la vecina iglesia.

—Pues si usted lo permite, me complacería acompañarlas.

—¡Con mucho gusto! —respondió Mirtea, cuya alma se llenó súbitamente de alegría.

Varios años, hacía que el príncipe Milcza, no frecuentaba el templo. ¡Si aquella fiesta de Navidad pudiera ser el punto de partida de una renovación en él!...

—En este caso, termino la velada con ustedes —dijo, tomando asiento en un sillón—. ¡Pero no se vaya usted, señorita! —añadió, al ver que la institutriz tomaba su libro y hacía ademán de alejarse—. Continúe usted su lectura... ¿Y mi prima Mirtea trabajaba, indudablemente, en alguna obra caritativa?...

El príncipe, al decir esto, tomó la faldita que la joven había arrojado sobre la mesa

para lanzarse hacia el vestíbulo, y dijo con cierta emoción:

—¡Mirtea es la misma de siempre! Los pobres, los desdichados de cuerpo o de alma, son invariablemente sus preferidos... ¿Continúa usted en Viena sus visitas caritativas?

—¡Oh, no mucho, por desdicha! Aquí no puedo hacerlas sola. Thylda es muy joven también, y, por otra parte, tiene grandes ocupaciones. La señorita Rosa me acompaña a veces, cuando goza de algún rato libre... Nos llevamos muy bien — añadió con una sonrisa dirigida a la institutriz.

—¿Quién no se llevaría bien con usted, señorita Mirtea? —replicó la institutriz con una vivacidad poco acostumbrada en ella.

—¡Bien dicho, señorita! —añadió el príncipe, sonriendo— ¡Ea!, no se ruborice usted, prima mía; no vamos a cantar sus alabanzas en presencia suya. Deme usted noticias de mi madre y de mis hermanas..., y de usted también, naturalmente. No le encuentro a usted un semblante muy lisonjero... ¿Verdad que no, señorita?

—¡Oh, pues me encuentro muy bien! —protestó Mirtea—. Será que la permanencia en la ciudad me pondrá, tal vez, algo pálida.

—Indudablemente...; pero temo que trabaje usted demasiado. Cuénteme lo que hace..., hábleme de sus ocupaciones.

En la mirada del príncipe leíase un interés profundo; el tono de su voz endulzábbase singularmente al dirigirse a su prima. No; no eran triviales frases de cortesía las que él empleaba. Mirtea sentía que realmente deseaba saber cuál había sido su vida durante los dos meses que habían transcurrido sin verse. Y observaba también, con indecible júbilo, que Arpad no era ya, en ningún modo, el mismo de antes. Cierto que su bello rostro pálido mostraba todavía las huellas de los sufrimientos morales sobrellevados; en sus labios dibujábase, en algún que otro momento, su habitual pliegue de amargura; pero no era posible desconocer que había ocurrido en su alma una cesación de tirantez que la había serenado, alguna cosa que Mirtea no sabía explicarse y que en algún modo se parecía al júbilo de un cautivo que ve caídas sus ataduras y lo contiene, no atreviéndose a creer todavía en su felicidad.

La joven refirióle sencillamente su existencia en la capital austríaca, existencia en extremo sencilla casi severa. En el alma de aquella joven tan hermosa no existía anhelo ninguno por la vida de pompas y placeres mundanales, cuyos ecos llegaban hasta ella.

—¿Verdaderamente, Mirtea, no envidia usted a mis hermanas? —preguntó el príncipe, inclinándose un poco hacia ella; como para estrujar mejor su fisonomía. La joven fijó en él sus grandes ojos, radiantes de sinceridad.

—¡Puede usted creerme que no! ¡Esa existencia me parece tan vacía, tan absolutamente inútil!

—¡Pero la de usted es muy seria!

—Sí, bastante —respondió sonriente la joven—; pero la prefiero mil veces a la de mis primas.

El príncipe apoyó la mano en su barba, y murmuró:

—¡Es una verdadera lástima que mis hermanas tengan gustos tan frívolos! No han de ser muy agradables compañeras para usted, Mirtea.

La joven bajó la cabeza y se absorbió en su trabajo. El asunto era candente; al príncipe Milcza podía ocurrírsele interrogar a su prima acerca de las relaciones que mantenía con sus hermanas.

Sin embargo, contentóse con preguntar:

—¿Continúa usted dando lecciones a Renato?... ¿Es tan revoltoso como siempre?

—No, es mucho más juicioso. Y conmigo está siempre muy amable.

—¿Qué decíamos hace poco? ¡Nada es capaz de resistir a usted! —manifestó el príncipe con cierta emoción matizada de malicia—. Pero ¿esas lecciones no la molestan, no la fatigan?

—En modo alguno... Y, por lo demás, fuera lo mismo, ya que las lecciones son las que más adelante, deberán ayudarme a vivir, cuando tenga algunos años más... y no parezca tan aññada como dice Irene —añadió Mirtea con aire semisonriente, semiserio.

—Sí; ya veremos eso... más adelante, cómo dice usted —declaró el príncipe, sonriendo a su vez con cierta vislumbre de emoción algo chancera en el fondo de sus negras pupilas.

La señorita Rosa, que acababa de dirigir una mirada al reloj, anunció que era hora de partir.

Mirtea y ella subieron a sus habitaciones, y, prescindiendo de sombreros, envolviéronse en largos y compactos abrigos. Al bajar encontraron en el vestíbulo, brillantemente iluminado ahora, al príncipe, que, pronto ya, las aguardaba.

La capilla, muy próxima, formaba parte de un convento fundado por un antecesor del príncipe Arpad. Por este motivo, los príncipes Milcza habían tenido siempre su silla particular en el coro, junto a los sitiales de los sacerdotes. Pero hacía años que aquel asiento permanecía inocupado... Y sucedió que esa noche los fieles concurrentes a la capilla vieron erguirse en aquel sitio, siempre vacío, una alta esbelta silueta. En la viva claridad proyectada por las velas del altar aparecía una hermosa cabeza, de aspecto altivo, de pálido y serio perfil.

Mirtea, arrodillada en los asientos reservados a la condesa y a su familia, abstraíase en una plegaria ardiente, en una fervorosa acción de gracias. ¿No era ése un primer paso para aquella alma antes atormentada y que había llegado a rebelarse contra los inescrutables designios de la Providencia?... ¡Qué dulcemente verle allí en grave y recogida actitud! Todos los recuerdos de otra época, los piadosos recuerdos de su infancia y de su adolescencia debían afluir en él, y bajo su influenciá bendita, el indiferente de ayer encontraba tal vez las dulces plegarias de tiempos más felices.

Cuando los fieles se acercaron a la Sagrada Mesa, el príncipe Arpad volvió la cabeza hacia aquel lado. Una emoción profunda, difícilmente reprimida, leíase en su rostro. Su mirada quedó, por espacio de algunos segundos, fija en Mirtea.

Levantados los ojos hacia la hostia ofrecida por el sacerdote, la joven parecía transfigurada bajo la impresión de un fervor angelical.

La emoción acentuóse en la mirada del príncipe, en la que se revelaba un pesar profundo, una tristeza inenarrable, pero sin amargura, al mismo tiempo que un goce religioso y una esperanza... Miró, entre la muchedumbre, alejarse la gentil silueta de Mirtea al volver a su asiento, y sus labios murmuraron, como si la joven hubiera podido oírle:

—¡Ruega por mí, Mirtea!

Al salir, junto a la pila del agua bendita, Mirtea y la institutriz hallaron al príncipe, que las aguardaba. Éste les ofreció el agua y ayudó a su prima a envolverse en su gran abrigo, haciéndolo con gestos muy suaves, casi religiosos, y un aire de grave e intenso respeto, como lo hubiese hecho un creyente al tocar un objeto sagrado.

En la calle, al pie de la puerta del templo, un pobre anciano, hollando la nieve y tiritando bajo sus andrajos, imploraba limosna, rodeado de cuatro criaturitas no menos dignas de compasión que él.

Mirtea murmuró compasivamente:

—Le conozco; es un infeliz anciano a quien el conserje de palacio da todas las semanas un poco de pan. En su casa parece que reina una atroz miseria... —añadió, a la vez que buscaba en su bolsillo.

Pero la mano del príncipe púsose en su brazo.

—¡Permítame usted! Esto es incumbencia mía —díjole, poniendo una moneda de oro en la mano de cada niño, después de manifestar al pobre viejo, que le miraba estupefacto:

—Todas las semanas encontrará usted un socorro en el palacio de Milcza.

—¡Gracias por ellos, primo mío! —murmuró la voz de Mirtea, temblando de emoción.

—Soy yo quien debe darle las gracias por haberme enseñado el dulce goce de hacer bien al prójimo —replicó gravemente el príncipe.

En el vestíbulo del palacio, donde los domésticos estaban ahora solícitos y diligentes, el príncipe Milcza ayudó por sí mismo a su prima a quitarse el abrigo, a la vez que le preguntaba:

—¿Ha pensado usted en el refrigerio de Nochebuena, Mirtea?

—Ciertamente que sí... ¿Y si me atreviera a proponerle, que lo compartiese usted en toda su sencillez?

—¿Atreverse? ¡Pues si yo no deseaba más que esta invitación!, —exclamó sonriendo el príncipe—. Acepto muy agradecido, tanto más cuanto que estoy lo que se llama hambriento, pues he comido muy ligeramente y han transcurrido ya algunas horas.

En el gran salón, tibio y bien iluminado, manteníase el príncipe en pie junto a la chimenea, mirando las idas y venidas de Mirtea, concienzudamente ocupada en la

preparación del té, en que, por experiencia, sabía ya cuán exigente era el príncipe Arpad.

La luz, tamizada de verde, iluminaba el delicado perfil de la joven, y su soberbia cabellera, realizada con una sencillez que en cualquier otra que no hubiera sido Mirtea hubiera podido parecer coquetería, avaloraba la perfecta forma de aquella cabeza de deidad griega. Su elegante talle, sus movimientos naturales e infinitamente graciosos, la expresión deliciosamente seria y atenta de su rostro mientras desempeñaba con minucioso cuidado su tarea, todo formaba en ella un conjunto tan delicadamente armonioso, que la excelente institutriz olvidábase de tomar asiento contemplándola.

—Mirtea, si he de juzgar por el celo que está usted desplegando, esta bebida va a ser una perfección —dijo, sonriendo, el príncipe.

—Puede usted creerme que así lo deseo..., sin que, no obstante, me atreva a esperarlo. ¡Terka lo preparaba tan bien!... Y, con todo, no siempre estaba usted satisfecho, primo mío.

—Ésta es una observación que se parece algo a un reproche, ¿no es verdad? Vamos, le prometo ser menos exigente en adelante... Pero, vamos a ver, ¿no le parece a usted que ese «primo mío» es demasiado ceremonioso? ¿Por qué no llamarme Arpad, como mis hermanas?

—No sé si... —contestó Mirtea con aire perplejo.

—Me complacerá muchísimo que me llame así, se lo aseguro... Y ahora vamos a gustar ese té que tanto trabajo le ha dado, Mirtea —añadió alegremente, viendo que la joven tomaba la tetera.

Entre todas las cenas de medianoche que se celebraron en Budapest aquella víspera de Navidad, no hubo, probablemente, otra tan tranquila, tan íntimamente feliz como aquélla. A instancias de su primo, Mirtea habló de sus pasadas Navidades al lado de su madre, de su vida, sumamente ocupada en Neuilly, de sus consolaciones y de sus tristezas, del afecto que había encontrado en las excelentes señoras Millon. Contábaselo todo con sencillez y confianza absolutas, y el príncipe, no menos sencillamente, algo alterada la voz por la dolorosa emoción, recordaba a su vez las fiestas de Navidad de su pequeño Karoly, refería rasgos de su corta vida...

—Usted es la única, Mirtea, ante quien pueda evocar, sin excesivo dolor y aun con una especie de consuelo, el recuerdo de mi angelito..., y es porque siento que lo amó usted de verdad y profundamente... ¡Y él, mi adorado Karoly, la quería a usted también tanto!... casi tanto como a su padre, Mirtea.

—Y algo celoso estuvo usted de ello, ¿verdad?

Los labios del príncipe crispáronse ligeramente y murmuró:

—¡Perdónemelo, Mirtea! ¡Me porté tan fríamente con usted!... ¡Con tanta dureza muchas veces... y usted ha sido tan buena en olvidarlo en seguida!... Pero ya hablaremos de esto más adelante..., le explicaré muchas muchas cosas...

El príncipe permaneció un rato silencioso después de pronunciar estas palabras, fijos los ojos en el hogar, donde se desplomaban los leños. Mirtea, cruzaba sus lindas

manos sobre su falda negra, miraba vagamente a la señorita Rosa, discretamente sentada a cierta distancia, sumida, al parecer, en su lectura, pero, en realidad, dormitando dulcemente, mecida por los acentos de la lengua magiar, que no comprendía lo bastante para seguir la conversación del príncipe Arpad y Mirtea. El reloj, dando dos campanadas, sobresaltó al joven magnate.

—¡Oh, Mirtea, cómo estoy retardando su descanso!... ¡Y esa pobre señorita, que se ha dormido!

Desvelada súbitamente por la exclamación del príncipe, la institutriz se enderezó, abriendo tamaños ojos, y, exclamó con voz confusa:

—¡Dispéñseme usted, príncipe!... Creo..., sí, verdaderamente me parece que me había dormido.

—Mía es la culpa, señorita; vayan ustedes a descansar pronto. Mirtea, ¿podría verla mañana por la mañana antes de partir?

—¿Cómo? ¿Se va usted mañana? —exclamó la joven con tono de sorpresa.

—Sí; he venido únicamente para asistir a la misa del gallo... ¿Parece que se queda usted muy admirada? ¡Qué quiere usted! Gozo fama de tener ideas muy extravagantes, a veces —dijo con cierta sonrisa en que se mezclaba alguna ironía.

—¡Pero se va usted sin ver a su madre, a sus hermanas!...

—¡Oh! ¿Cree usted que lo sentirán? —profirió el príncipe con cierto aire zumbón, tanto en la voz como en la mirada, que brilló singularmente—. Mi presencia les hubiera estropeado la fiesta, no lo dude.

—¡Oh, Arpad!

El príncipe le tomó la mano, y dijo sonriendo:

—La amabilidad de usted es mucha al protestar, Mirtea. Pero no le faltará a usted ocasión de observar que no me he equivocado cuando vea el modo como acogerán, mis hermanas al menos, la noticia que de mi rápida presencia aquí les dará usted... ¿Tal vez me dirá que he hecho todo lo necesario para captarme ese despego?... ¿No? ¿No se atreve usted a decirlo?... Pero lo piensa, es positivo... Verdaderamente, no he sido un hermano amable; pero si yo hubiera sentido en ellas la energía, el valor, tan intrépido como suave, de cierta alma exquisita que conozco, en vez de verlas humillarse servilmente a mis voluntades más injustas, créalo usted, Mirtea, que mi estimación y mi afecto hacia ellas habrían aumentado mucho y las vería con mayor y más fraternal benevolencia.

La alusión de su primo cubrió de rosado matiz el rostro de Mirtea y veló su mirada con alguna confusión. Para cambiar de asunto preguntóle:

—¿Conque así, está usted absolutamente decidido para mañana?

—Absolutamente... Tengo grandes proyectos, Mirtea. He venido aquí sólo para buscar un poco de luz, y llevo colmado de ella el corazón. En Voraczy me han asaltado todavía terribles crisis morales, y habría zozobrado de no haber sentido en torno mío una especie de radiación dulcísima y un ambiente de plegarias, las del padre Joaldy y las de usted, Mirtea...

Ahora parto envuelto en luz, repetía con tono de júbilo que le era imposible reprimir.

\* \* \*

Cuando, pasados dos días la condesa Zolanyi y sus hijas regresaron a Budapest, quedáronse estupefactas al saber la singular aparición del príncipe Milcza en la antigua morada de sus mayores; donde no había puesto los pies años hacía.

—¡Eso sí que es propio de él!... ¡Presentarse de improviso, sorprender a las personas, para gozarse en su confusión!... ¿Y qué ha dicho, no encontrándonos aquí? ¿Estaba muy descontento?

—Al contrario, prima mía; ni podía tampoco estarlo, considerando razonablemente la cosa. De él sólo era culpa, no habiendo anunciado su llegada.

—¡Oh! ¡Cómo si él fuese hombre para tomarse ese trabajo! Y, en fin fuese o no suya la culpa, él no admite nunca tenerla.

—Pero, vamos a ver, ¿qué singular idea se le ha ocurrido de hacer esto? —exclamó la condesa, que parecía realmente consternada—. ¡Él, que hacía tanto tiempo no se le veía salir de Voraczy!... ¡Y venir tan sólo para pasar aquí algunas horas!

—¡Para ir a la misa del gallo, él, que había desertado de la iglesia! —añadió Terka—. Es casi, inverosímil lo que nos refieres, Mirtea, y si no hubiese estado contigo la señorita Rosa, casi me inclinaría a creer que has sido juguete de una pesadilla.

—¿Continúa taciturno lo mismo que siempre? ¿Te ha parecido algo consolado de su dolor? —interrogó la condesa.

—Verdaderamente, prima mía, quiero creer que se le ha apaciguado bastante. Compréndese muy bien, sin embargo, la profundidad de su dolor; pero la reacción es también evidente, y su fisonomía no es la misma de antes... La señorita Rosa lo observó igual que yo.

—Es cierto confirmó —la institutriz.

—¿Y aceptó la cena contigo?... ¿Casi me darás a entender que estuvo amable y locuaz?...

—Así es la verdad; ha acertado usted —replicó con calma la institutriz.

La hija de la condesa dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo.

—¡Pero eso es inaudito!... ¿Qué hada le habrá transformado de un golpe de varita?

—Pero, en fin, ¿te dio alguna explicación plausible acerca de ese viaje imprevisto? —interrogó nuevamente la condesa.

—Díjome que se le había ocurrido súbitamente la idea de pasar en familia la víspera de Navidad.



—¡Pero, en ese caso, debió sentir gran contrariedad, mostrarse descontento!... Yo quiero creer más bien que le faltó valor para permanecer en Voraczy aquella víspera de Navidad, que le traía más cruelmente a la memoria el recuerdo de su hijo. El niño tenía ese día permiso de prolongar algo la velada; su padre sentábase sobre sus rodillas, en el ángulo de la chimenea, bien provista de troncos llameantes, y el padre Joaldy iba a contarle cuentos de Navidad.

—Sí, eso será, mamá —dijo Terka— porque es evidente que nuestra ausencia le importaba muy poco. Y preciso es convenir en que... nuestra víspera de Navidad ne habría sido aquí tan agradable como en Selzy.

—Así, pues, Mirtea y la señorita Rosa son las que habrán disfrutado de todo el honor y el placer de la rápida visita del príncipe Milcza —añadió, irónicamente, Irene—. ¡Y no parecen por ello muy conmovidas!... Cuando había para quedarse realmente despampanadas...

—Verle más tranquilo de ánimo me satisfizo sencillamente por él —respondió Mirtea, con frialdad.

La joven sentíase vivamente irritada de la maligna zumba de Irene, y acaso más todavía de la satisfacción, apenas disimulada, que revelaba la fisonomía de sus primas... Y, sin embargo, todo aquel lujoso bienestar, todos aquellos placeres que parecían serles indispensables, debíanse a la generosidad del príncipe Milcza. Éste, no cabía desconocerlo, habíase mostrado duro y autoritario con ellas... Pero, como la probaban las palabras dichas por él a Mirtea dos días antes, quizá hubiera sido otra su conducta si hubiese encontrado en sus hermanas caracteres serios y firmes, si las hubiera visto deseosas de endulzar con su afecto su triste existencia...

\* \* \*

La serie de las admiraciones no se había cerrado todavía para la condesa Zolanyi y sus hijas.

Decididamente, el príncipe Milcza era amigo de las decisiones súbitas y misteriosas. Una carta de Katalia a su sobrina reveló a la familia Zolanyi otra noticia estupenda: el príncipe había partido de Voraczy, acompañado de su ayuda de cámara y de Miklos para viajar, a lo que se decía.

Un mes después, la condesa recibió de su hijo un billete, lacónico como todos los suyos, fechado en París. De vuelta de un viaje por España y Argelia, el príncipe Arpad se había instalado en el palacio que poseía en la capital de Francia, que no frecuentaba tiempo hacía.

Por sus relaciones parisienses, la condesa Zolanyi no tardó en saber que el príncipe Milcza había reaparecido en los salones aristocráticos, en los círculos artísticos y literarios a que antes concurría que le acogían con el mayor agrado.

—¡Es asombroso! —exclamó la condesa Gisela al saber este nuevo

acontecimiento—. ¡Quién habría podido pensar tal cosa!... ¡Positivamente, hay para creer que la muerte de su hijo es la que le ha arrancado de su misantropía!... Y, sin embargo, si algo debía hundirle más en ella, no podía, a mi parecer, ser más que esto... ¡Cuando pienso lo que estaba de hosco el día que partimos de Voraczy!

—Sí; es realmente incomprensible —declaró Irene—. Yo le creía desesperado... ¡Pero esto es una resurrección! Si me dijeran ahora que piensa volver a casarse, ya no me causaría admiración alguna.

Estas palabras fueron pronunciadas con una especie de irritación contenida, cuya causa no se explicó Mirtea, pero que hubiera comprendido cualquiera que hubiese pensado en esto: el príncipe Milcza, sin hijos, tenía por herederos naturales a su hermano y sus hermanas. Admitiendo que sus dominios patrios volviesen a su familia paterna, quedábale todavía lo bastante para colmar los más ambiciosos sueños de Terka y de Irene.

¡Y ese deslumbrador espejismo se desvanecía ante la perspectiva de un segundo enlace!

## Capítulo 13

**U**n dulce sol primaveral derramaba sus tibios rayos sobre los campos, ya verdecientes; iluminaba las obscuras frondosidades de los bosques y espejeaba en el arroyo, cuyas márgenes orlaban floridos bosquecillos.

Los aromas campestres, sanos y suaves, perfumaban la brisa ligera, que acariciaba el rostro de Mirtea y jugueteaba con sus áureos cabellos.

¡Oh! ¡Cuánto le agradaba a ella aquel aire puro de Voraczy! Regresaba, sin embargo, de Nápoles, donde la condesa Gisela, a consecuencia de una bronquitis de que no lograba recobrase, tuvo que ir a terminar el invierno en la morada de una hermana del difunto conde Zolanyi. Pero ni la admirable ciudad, ni su esplendorosa luz, ni todas las maravillas de sus alrededores, lograron que Mirtea dejase de aspirar secretamente a que llegase el día de regresar a Voraczy.

Pero, al fin, estaba ya tocando el vasto dominio de los Milcza. Como el año precedente, el coche que iba detrás del ocupado por la condesa y sus hijos la llevaba hacia el castillo, en compañía de la señorita Rosa y de Renato.

El dueño de Voraczy no estaba todavía en su posesión. Había vuelto a París, después de un nuevo viaje, realizado esta vez por Escandinavia. Desde la capital francesa había escrito a su madre preguntándole cuándo pensaba regresar a Voraczy, adonde, según decía, tenía él intención de volver cuanto antes. Esa carta había obligado a la condesa a apresurar su regreso, que de buena gana hubiera retardado, pasando algunos días en Viena, de vuelta de Nápoles.

Pero, poco antes de, partir, al recorrer la sección de noticias de un periódico, hallóse con este suelto: «El Bosque fue ayer teatro de un accidente no grave, por fortuna. El conde de Lergues y su hija, la encantadora viuda del vizconde de Soliers, daban un paseo a caballo, en compañía del príncipe Milcza, el joven magnate húngaro, cuya reaparición en la sociedad parisiense tan celebrada ha sido. Al dar vuelta a una avenida, el caballo de la vizcondesa de Soliers, que hacía rato mostrábase agitado, asustóse ante un poste y se desbocó. El príncipe Milcza, cuya maravillosa habilidad como jinete es reconocida, lanzóse a su persecución, logrando alcanzar al animal desbocado y detenerlo, con riesgo de que éste le arrastrase. La señora de Soliers salió del lance con un tremendo susto, pero no así su salvador, que con el violento esfuerzo realizado para detener a la fogosa bestia, sufrió un magullamiento en el hombro izquierdo».

La condesa telegrafió inmediatamente a su hijo y recibió esta respuesta: «Sufro mucho, pero no hay absolutamente nada de gravedad. Cuento estar en Voraczy época fijada».

Sin embargo, ese mismo día, cuando la condesa llegó a la estación, un criado le entregó un telegrama recibido por la mañana, en el cual su hijo la informaba que no llegaría a Voraczy sino dentro de un par de días.

—¿Se habría agravado?... Tal vez fuesen deficientes los informes de aquel

periódico...

De esos temores de la condesa participaba también Mirtea. No era extraño, de consiguiente, que velasen la satisfacción de aquel regreso a Voraczy.

\* \* \*

Como el año precedente, toda la servidumbre estaba agrupada en la gran escalinata: una parte en traje nacional, y otra con aquella vistosa librea blanca con vueltas de color, de esmeralda, distintivo del príncipe Milcza.

Al franquear el umbral del vestíbulo, la condesa Zolanyi detúvose, murmurando sorprendida:

—¡Cómo! ¿Estaré soñando?... ¡Flores aquí!

—¡Flores!... —repitió Irene, con estupefacción.

Sí, el vestíbulo estaba adornado de flores..., pero adornado con profusión infinita, embalsamado de penetrantes perfumes. Y entre aquellas flores, llegadas, sin duda, del litoral mediterráneo, heliotropos, claveles enormes, narcisos, anémonas; entre los delicados brezos blanco y rosa, las grandes violetas de ligero aroma, las soberbias orquídeas, dominaban el lirio de los valles y las rosas..., rosas nacaradas, rosas té, rosas purpúreas, una inundación de corolas odorantes, aterciopeladas, satinadas de matices exquisitos.

El estupor de la condesa Zolanyi fue tal, que balbució una pregunta, que era, no obstante, del todo inútil:

—Pero, Vildy, ¿es su excelencia quien ha dado orden?...

—Sí, señora condesa —respondió el mayordomo, disimulando, como personaje asaz discreto, la admiración que debió causarle aquella interrogación de la madre del señor de Voraczy.

Logrando, al fin, dominar su sorpresa, la condesa Zolanyi dirigióse con sus hijas hacia la escalera. Siguiólas Mirtea, y al llegar al primer piso detúvose para preguntar:

—Continúo ocupando el mismo cuarto, ¿no es verdad, prima mía?

—Indudablemente... Katalia lo habrá mandado preparar ya...

El ama de llaves, que subía detrás de Mirtea, adelantóse hacia la condesa.

—Su excelencia ha dado orden de preparar para la señorita Mirtea el aposento de las Flores.

—¿Cómo?... ¿El aposento de las Flores? —repitió la condesa, sorprendida a más no poder.

—¡Qué locura! —murmuró Irene, apretando los dientes casi hasta morderse los labios—. ¡Una de las más hermosas habitaciones del castillo!... ¡De qué modo le extravía su agradecimiento hacia!...

Irene no pronunció la palabra que iba a soltar, ni la hubiera oído Mirtea, que seguía a Katalia, la cual la introdujo en un salón decorado con sedosas tapicerías,

profusamente sembradas de grandes flores en realce de matices delicadísimos. Los muebles, de exquisito dibujo, tallados en madera amarillo pálida, decorada con ligeras incrustaciones, ocultaban para ojos no ejercitados, y dentro de su aparente sencillez, un valor superior en alto grado al de una decoración más suntuosa. Ese lujo sobrio y refinada elegancia, existían, además, en todos los detalles del moblaje de aquel salón y del aposento contiguo, hacia el cual Katalia conducía a Mirtea...

Un delicado perfume llenaba la primera habitación. En una canastilla de Sévres, las flores preferidas de Mirtea, rosas y lirios de los valles abrían sus capullos.

—Pienso que usía estará bien aquí —dijo el ama de llaves con tono satisfecho—. El aposento es uno de los mejores situados del castillo, y la vista no puede ser más soberbia.

Al hablar así, Katalia abría una de las ventanas, y Mirtea avanzó hacia el ancho balcón de piedra a la vez que una exclamación de sorpresa se escapaba de sus labios. Ante ella extendíanse los jardines, no con su anterior y severo atavío de follaje, sino decorados ahora con magnífica profusión de flores admirables... Y en los recipientes de mármol surgía el agua en chorros maravillosamente irisados por el sol.

—¡Flores, por todas partes! —murmuró Mirtea.

—Sí, todo está cambiado ahora —dijo Katalia con tono de viva satisfacción—. Los invernaderos están colmados también de flores... Comprendo la admiración de usía, pues nosotros también nos quedamos altamente admirados cuando su excelencia, antes de partir, dio amplias instrucciones sobre este particular... Y ahora la tumba del principito está siempre cubierta de flores... iguales a éstas —añadió, designando los lirios y las rosas—. Es de pensar que son las preferidas de su excelencia, pues la semana pasada telegrafió expresamente dando orden que se pusieran por todas partes.

\* \* \*

Al día siguiente, después de la misa, Mirtea penetró en la sacristía, donde el limosnero acababa de quitarse los ornamentos sacerdotales.

—¡Ah, ya está aquí mi ovejita! —dijo el padre Joaldy en extremo satisfecho—. ¿Qué tal, hijita mía? ¿Cómo se pasó el invierno? ¿Está usted contenta de haber vuelto a Voraczy?

Mirtea respondió complaciente a las preguntas del anciano sacerdote, y después, excusándose de que no quería estorbarle, le pidió la llave de la cripta, que poseía doble el padre Joaldy; la otra guardábala exclusivamente el príncipe.

—Después de Dios, he deseado que mi primera visita fuese para mi querido pequeñuelo Karoly, padre mío.

—Es un pensamiento digno de su corazón, amada hija. Tome esta llave... ¡Cuántas veces nuestro pobre príncipe ha visitado la cripta este invierno! Preciso es

pensar que almas angélicas intercedían por él en esa noche en que se resistía su corazón a todo consuelo... Pero, ahora, encontrará usted también flores en la tumba de Karoly.

—Lo sé; padre Mío... ¿Ha cambiado, pues, mucho?

Una imperceptible sonrisa entreabrió los labios del anciano.

—No le he visto desde el mes de enero... Pero, en fin, todo hace pensar que hay una gran transformación en él.

Al volver de su visita a la cripta funeraria, Mirtea encontró en su pupitre una carta que Thylda había dejado encima de él durante su ausencia. Al momento reconoció la joven en los anchos caracteres la escritura de la señora Millon. Ella y su hija habíanla escrito diferentes veces, con lo que pudo convencerse que no la olvidaban sus vecinas.

Sentóse la joven ante una ventana abierta y abrió rápidamente el sobre, de vivo color violado, matiz preferido de la señora Millon, que lo usaba frecuentemente en sus sombreros:

*«Apreciable señorita Mirtea: Más de ocho días hacía que deseaba escribirle; pero Albertina ha sufrido una fiebre maligna, y la inquietud que nos ha dado ha sido tanta que en todos esos días he anclado sin saber dónde tenía la cabeza. Pero como mi hija está, ya hoy, gracias a Dios, en franca convalecencia, quiero dedicar a usted un rato para contarle la visita que días atrás recibimos: la del príncipe Milcza, su primo, señorita Mirtea.*

*»¡Figúrese usted si nos quedaríamos asombradas!... ¡Pero, qué perfecto caballero!... ¡Y qué bien se comprende, al verle, que es un gran señor! Pero se mostró tan amable, tan sencillo, que se desvaneció nuestra timidez. Díjnos que, habiendo ido a visitar la tumba de la condesa Gisza Elyanni antes de partir para Hungría, pensó visitarnos a fin de poder llevar noticias nuestras a su prima, la cual sabía que nos profesaba mucho afecto. ¡Puede usted contar si hablamos de nuestra inolvidable señorita Mirtea! ¡Bien debieron zumbarle a usted, los oídos! Le enseñamos la antigua habitación de su pobre mamá, y permaneció un instante como embelesado, en el balcón donde continúan floreciendo los rosales que dejó usted en él y donde, en recuerdo de usted, cultivo en una maceta aquel lirio de los valles por el que se mostraba usted tan apasionada. Referí todo esto a su primo, y le conté también cómo trabajaba usted de firme y cuánto adoraba a su pobre mamá. El príncipe parecía escucharme con gran interés, y comprendí que apreciaba a su prima en su justo valor...*

*»Al primer momento pareció serle penosa la vista de nuestro*

*Juanito. No se me ocultó que pensaba en el angelito que tiene en el cielo, y quise que ni nieto saliera del cuarto; pero él lo sentó sobre sus rodillas y le hizo charlar con mucha amabilidad. El pequeño está loco con su «príncipe», como él dice y he tenido que prometerle solemnemente hacer un viaje a Hungría..., cuando nos toque el premio mayor.*

*»¡Pero de qué manera sabe hechizar a las personas ese señor príncipe Milcza! Figúrese usted que mi yerno —un terrible demócrata de pico— me declaró después de su visita: «Si todas las personas de la alta sociedad fuesen como él, enhorabuena, porque ese príncipe, a pesar de su chic y su prosopopeya, es muy amable».*

*»Y con ese cuento del chic y de la amabilidad, le faltó tiempo para irse a publicar por todo el barrio que había recibido la visita de un príncipe húngaro, cuyas riquezas eran fabulosas. ¡Y había que verle pavoneándose al referir eso! ¡Si serán farsantes esos demócratas!*

*»Al día siguiente recibimos un precioso juguete para el niño, acompañado de una tarjeta del príncipe Milcza. Como Albertina sentíase ya algo febril, mi yerno se fue solo al palacio del príncipe, de donde volvió entusiasmado a más no poder del cordial acogimiento que se le hizo.*

*»Una vecina que en esos días estuvo en el cementerio, me ha dicho que la tumba de los padres de usted estaba cubierta, de magníficas flores. No hay duda que fue él quien mandó adornarla así».*

Mirtea interrumpió su lectura, pues las lágrimas inundaban sus ojos... ¡Cuán delicado y bueno era! ¡Cómo sabía encontrar todo lo que más profundamente podía conmover el corazón de Mirtea!

¿Era verdaderamente ése aquel mismo hombre tan glacial, tan indiferente, que el año pasado ni siquiera se dignó acogerla con el nombre de prima, que le impuso cerca de Karoly aquella especie de esclavitud, que solamente la abnegación cristiana de Mirtea y su compasión y creciente afecto hicieron soportable y llena de dulzura después?

¿Era ése aquel mismo príncipe Arpad, menospreciador de todo y de todos, aquel misántropo, aquel déspota, que domeñaba las voluntades en torno suyo y no tenía nunca una mirada de compasión para los sufrimientos de los humildes?

—¡Oh, Dios mío, bendito seáis! —exclamó la joven en un raptó de ardiente reconocimiento—. ¡Bendito seáis por haberle sacado de sus tinieblas y hacer que resplandezcan en su alma los destellos de vuestra luz purísima!

Esta vez el príncipe Milcza llegó el día prefijado. Un telegrama recibido en el castillo por la misma mañana, participábalo a la condesa Zolanyi.

—No te retardes, Mirtea —dijo Terka al ver a su prima salir hacia las dos de la tarde con el sombrero puesto—. El príncipe llegará aquí antes de las cinco.

—Supongo que la presencia de Mirtea no es indispensable para su llegada —replicó, irónicamente, Irene.

—¡Oh, evidentemente, no! —contestó la mayor, reanudando su lectura.

Mirtea, al salir del castillo, donde se agitaban los lacayos en librea de gala, dirigióse hacia la aldea a paso vivo. Pensaran sus primas lo que quisieran, deseaba que el príncipe, a su llegada, la encontrase con su familia. Bastante le había testimoniado que formaba parte de ella y le había colmado de delicadas atenciones para que pudiese ella considerarse dispensada de darle esa prueba de deferencia.

En la aldea de Lohacz volvió a ver a sus queridas familias pobres del año pasado, las cuales la recibieron con visibles muestras de alegría. Allí tuvo ocasión de observar que había mejorado la suerte de muchos, y que el nombre del príncipe Milcza no se pronunciaba ya con tanto temor como el año precedente.

—Su excelencia ha despedido a muchos ispáns que se habían señalado como excesivamente rigurosos y duros, de modo que los demás se han vuelto mucho menos exigentes —dijéronle a Mirtea—. Y parece que el príncipe tiene ideadas muchas reformas y mejoras.

En último lugar, Mirtea entró en una pobrísima vivienda, donde vegetaban una viuda joven, continuamente enferma, y sus dos hijitas. El médico, estaba allí, ocupado en amonestar a la mayor, que se negaba tenazmente a dejarse hacer una pequeña operación, indispensable para curarle un dedo que tenía enfermo. La niña revolcábase por el suelo; y en vano, para sosegarla, había caído extenuada en una silla.

—¡Qué le haremos! Volveré mañana —dijo el médico—; pero tal vez sea demasiado tarde.

Mirtea intentó a su vez calmar a la fierrecilla. Su voz, a un tiempo severa y dulce, sosegó poco a poco a la niña; pero ésta no quiso consentir en la operación si la joven no la tuviese sentada en las rodillas. Mirtea no vaciló un momento en permanecer por más que no ignorase que apenas le quedaba el tiempo indispensable para volver a Voraczy y cambiar de ropas; pero no se decidió a marcharse sino después que la niña estuvo curada y tranquilizada del todo. Entonces se alejó apretando el paso; pero cuando ya se acercaba al castillo, al levantar los ojos, vio la bandera ondeando al airé en la torre principal.

El príncipe Milcza llegaba a Voraczy.

Mirtea acortó entonces el paso. De nada le servía ya ahora apresurarse; no podía



presentarse a recibir al príncipe con aquel vestido de paseo, algo empolvado, y mucho menos teniendo en cuenta que Arpad rendía culto al más estricto decoro. Así, entró por una puerta de servicio y dirigióse a su aposento...

Transcurrido un cuarto de hora llamaron a la puerta. Era la condesa Zolanyi en persona.

—¿Qué te ha ocurrido, Mirtea? —preguntóle—. Mi hijo se ha quedado sorprendido en extremo y disgustado de no verte entre la familia...

—¡Estoy desolada, prima mía! Muy contra mi voluntad, me he retrasado...

—En fin, ya te explicarás con él. Por lo demás, Arpad ya ha dicho en seguida: «A Mirtea no puede haberla retenido más que un deber..., ¡a menos que no esté bien!». Para cerciorarme de que no fuese así, he llamado ahora al pasar... No he vuelto aún de mi admiración, Mirtea. ¡Qué cambiado está! Ha vuelto a ser el príncipe Milcza de otro tiempo. El príncipe encantador, como le llamaban en París y en Viena. Parece mucho más joven; se ha despojado de aquella apariencia glacial que tan penosa nos parecía, y se ha mostrado verdaderamente amable con todos. Creo que Irene no anda descaminada al suponer que un segundo matrimonio no es ajeno a esa transformación... Tal vez la vizcondesa de Soliers... Es muy distinguida, y, sobre todo, inteligente, ingeniosa... En fin, veremos. De momento, nos basta observar los cambios de que vamos a ser testigos... y, además, sumamente satisfechos. Mi hijo me ha informado que la comida, a que asistirá en adelante, tendrá lugar, como antes, en la sala de los Banquetes, pero sin etiqueta cuando estemos en familia pues desea conservar a esa colación un carácter íntimo. Así pues, Mirtea, puedes vestirte como de ordinario.

El aviso era superfluo, pues Mirtea no tenía más que un solo vestido, y no confeccionado según los últimos modelos de elegancia. Ese vestido poníasele diariamente para la comida y hubiera hecho muy pobre papel al lado de las preciosas toiles de sus primas si el príncipe hubiese querido mantener el gran de aparato que presidía, antes, las comidas.

La joven descendió un rato antes de la comida, con intención de guardar su labor, que recordaba haber dejada en el salón donde estaban la condesa y sus hijas. La pieza tenía en aquel momento escasa iluminación. En cambio, el salón contiguo (el salón de las Princesas, como se le designaba) estaba brillantemente iluminado.

En el preciso instante en que Mirtea acababa de poner su bordado en un saco de labor, hízole volver la cabeza el ruido que produjo al abrirse una de las puertas de aquel salón: era el príncipe Milcza, que entraba.

Pero no era el príncipe Milcza a quien ella había hasta entonces conocido, sino el del retrato que vio en París. Tenía razón su madre: habíase rejuvenecido. ¿Debíase tal impresión al corte elegante de sus cabellos, algo extraño o descuidado antes; al discreto refinamiento de su traje, antes sencillamente correcto, pero sin responder a las exigencias de la moda, o bien a su continente más vivo, más decidido?... ¿O tal vez consistiría en la más dulce expresión de su rostro y a la ausencia de aquel amargo

pliegue de sus labios, de aquella sombría tristeza de la mirada que Mirtea pudo observar todavía, aunque atenuada e intermitente, durante la víspera, de la pasada Navidad?

La joven podía contemplarlo ahora a su sabor, pues se había detenido, en medio del salón contiguo, echando una mirada en torno suyo... Y sucedíale a Mirtea que ahora no se atrevía a avanzar, sobrecogida de extraña turbación ante aquél príncipe Milcza, tan distinto del ser doliente e irritado, que tan profundamente conmovió el alma caritativa de la joven.

El joven vio pronto, sin embargo, la esbelta silueta vestida de negro que se dibujaba en la claridad atenuada del aposento inmediato, y súbitamente lanzó una expresión gozosa, a la vez que avanzaba vivamente, tendidas las manos.

—¡Mirtea..., por fin, gracias a Dios, que la veo! ¿Sabe usted que tengo grandes ganas de dirigirle algunos reproches? A la vez que hablaba así con tono de júbilo contenido, el príncipe inclinábase y llevaba a sus labios la mano de la joven.

—... Pero le permito formular su defensa, primita mía; rehúsome condenarla antes de oírla.

El príncipe sonreía dulcemente al mirarla... Y Mirtea encontraba en aquella mirada, pero más intensa todavía, la radiación que la había sorprendido en el retrato del palacio Milcza.

Dominando la profunda emoción que le embargaba, la joven refirió entonces la causa que había motivado su retraso.

—¡Bien sospechaba yo que debía de existir un motivo de esa índole; santa Isabelita! Ya, siendo así, no me atrevo a quejarme de la decepción que he sufrido.

—Pero ¿y usted, Arpad?... ¿El hombro?...

—Marcha todo lo bien posible. He sufrido mucho esos días pasados; por eso he retardado cuarenta y ocho horas mi llegada... Pero, vamos a ver, lleguémonos a plena luz, Mirtea; deseo observar si tiene usted mejor semblante que la víspera de Navidad en Viena... Sí, creo que esa temporada en Nápoles le ha probado... A menos que sean los aires de Voraczy los que han producido ya ese efecto...

—Tal vez —contestó, sonriendo, la joven—. ¡Ha sido tanta la satisfacción que he experimentado al volver a encontrarme aquí!

—Y yo también, Mirtea. Tenía prisa por alejarme de París, de regresar a esta morada..., a pesar de los punzantes recuerdos que en mí evoca.

Alteróse un poco la voz del príncipe, y cruzó por su mirada una dolorosa vislumbre.

Los grandes ojos de Mirtea expresaban también una emoción profunda ante la evocación del pasado, tan cercana todavía ante aquel dolor paternal, suavizado y resignado ahora, pero que no desaparecería del corazón del príncipe Milcza.

El ensombrecido rostro del joven magnate distendióse, sin embargo, prontamente ante aquella mirada luminosa. Y, estrechando la mano de la joven que conservaba entre las suyas, díjole afectuosamente.

—¡Gracias por el alivio, que me procura usted, Mirtea! En mis horas de desfallecimiento, de negra tristeza, acordábame de mi primita, tan valerosa, tan dulcemente alegre, a pesar de las dolorosas pruebas que han afligido su juventud. Dios le ha concedido a usted un don inapreciable al convertirla en una de esas hadas bienhechoras que derraman la luz en torno suyo, la dulce y radiante luz de su alma pura. Los pobres corazones afligidos iluminánse con sus efluvios... Por eso los desdichados la quieren a usted tanto, Mirtea...

La joven murmuró, ruborizándose:

—¡No diga usted locuras, Arpad!

El príncipe sonrió emocionado y repuso:

—¡Bueno! ¡Admitamos que lo sean!... Ahora, es preciso que cumpla las comisiones que me encargaron. ¿Las señoras Millon le han escrito tal vez participándole que había ido a visitarlas?

—Sí... ¡Oh, cuán bueno ha sido usted, Arpad! —dijo Mirtea, con una expresiva mirada de gratitud—. ¡Amados padres míos!... ¡Pensó usted en su tumba!

—¡Pero si eso era lo menos que podía hacer!... Y me complació muchísimo conocer esa morada en que vivió usted tantos años, lo mismo que a las excelentes personas que en tan alto grado la apreciaron a usted..., y continúan estimándola igualmente; bien me convencí de ello. Sienten una verdadera y entusiasta admiración por la señorita Mirtea, y me encargaron mil afectuosos recuerdos. El niño Juanito quiere venir a verla. Es un gentil muchacho, algo endeble, algo paliducho... Me hizo pensar en mi adorado angelito, que casi tendría su edad este año...

La sombra dolorosa veló de nuevo las pupilas del príncipe Milcza.

Con suma discreción, Mirtea supo alejar el pensamiento penoso que abría la herida apenas cerrada. Cuando la condesa y sus hijas entraron en el salón, vieron al príncipe Arpad apoyado en la chimenea, escuchando regocijado y con verdadero interés el relato que le hacía Mirtea, sentada enfrente de él, de sus relaciones con las señoras Millon y de los entusiasmos «democráticos» del marido de Albertina.

Mirtea pudo observar también, como le había dicho la condesa Gisela, el cambio del príncipe respecto de su familia. Sólo para Irene conservaba algo de su altanera frialdad de otro tiempo. No podía decirse que fuera afectuoso, pues las ceremoniosas relaciones siempre existieron entre él y los suyos, que nunca se mostraron propicios a la expansión de ese sentimiento, pero no demostraba ya la glacial indiferencia de antes, y aun le manifestaba cierto interés amable... Renato, sobre todo, fue por parte de su hermano objeto de particular atención.

Llamando cerca de sí al muchacho, díjole, poniéndole una mano en el hombro:

—Ahora me ocuparé de ti, Renato. Quiero que seas un hombre serio, digno del nombre que llevas.

Renato bajó la frente con aire temeroso, y la condesa Gisela, cuya fisonomía expresaba una especie de azoramiento, balbució:

—Pero, Arpad, temo... que esto sea una gran molestia para ti... Y,

verdaderamente, creo que, dada la edad de Renato, puedo yo todavía...

El príncipe sonrió algo irónicamente.

—Tranquilece usted su ternura maternal, madre mía. No renovaré para Renato las antiguas correcciones..., a menos, que, en casos graves, me obligase a ello. Estoy, al contrario, dispuesto a tratarlo con dulzura, y quiero atraerme su afecto... ¿De veras te doy miedo, Renato?, —añadió al observar la expresión temerosa del muchacho.

—Sí..., un poco —balbució éste.

—¡Ah, tontuelo! —dijo el príncipe, dando un amistoso bofetón en la mejilla de su hermano—. Estoy persuadido de que nos llevaremos muy bien... ¿Qué dice usted a esto, Mirtea?

—Creo que será así —respondió la joven, animando con una sonrisa a Renato.

La condesa Zolanyi no parecía estar, sin embargo, muy persuadida; pero no se atrevió a protestar. No obstante, como el maestresala acababa de anunciar la comida, murmuró, poniendo la mano en el brazo que le ofrecía su hijo mayor.

—Pero ¿no lo pondrás a pensión, Arpad?

—No es cuestión de esto, madre mía y le suplico que no se inquiete usted por mis proyectos, encaminados al bien de Renato, cuyo carácter, algo difícil, será bueno que lo dirija una mano masculina. Pero no, me permitiré nunca tomar una determinación, por poco importante que sea, sin la completa aprobación de usted.

Al oír esta declaración, que no se hubiera atrevido a esperar en otro tiempo, serenóse la fisonomía de la condesa.

\* \* \*

La sala de los Banquetes estaba magníficamente iluminada; espléndidas flores cubrían la mesa, decorada con maravillosa porcelana de Sévres, transparentes vasos de cristal fragilísimo y vajilla de plata cincelada con delicado arte.

Mirtea corríase modestamente hacia el extremo inferior de la mesa, junto a la institutriz de los niños, como tenía por costumbre entre la familia Zolanyi; pero el maestresala la detuvo con un gesto respetuoso.

—El sitio de usía está aquí —díjole, designándole la silla colocada a la derecha del príncipe.

Mirtea vaciló un segundo. ¿No se engañaría el maestresala? ¿Quién debió dar semejante orden? ¿No molestaría a la condesa Gisela ver en el sitio de honor a la joven parienta, a la prima sin posición, algo tratada siempre como subalterna?

Pero Terka sentábase ya a la izquierda de su hermano, e Irene, mordiéndose, ligeramente los labios, a la derecha de su madre. Mirtea tomó, pues, asiento al lado de su primo, y su sencillez, su distinción natural, pronto disiparon aquel momento de confusión, muy leve por lo demás, ocasionado por la atención con que el príncipe Milcza honraba a la joven parienta sin fortuna que habitaba bajo su techo.

¡Qué cambiado estaba! ¡Y cuán agradablemente hablaba ahora! Narraba las impresiones de sus viajes, refería su estancia en París, las relaciones que allí había reanudado, los libros leídos, los conciertos, las representaciones escénicas a que había asistido. Mirtea le escuchaba con infinito placer, por más que desconociese buena parte de las personas y de los hechos a que Arpad aludía. Pero éste, que lo notaba al momento, ponía al corriente en pocas palabras; evidentemente, no quería que su prima, por desconocimiento de detalles, permaneciese ajena a la conversación.

Al hablar de la vizcondesa de Soliers, a quien libró de un accidente el príncipe, dijo éste, encogiéndose ligeramente de hombros:

—Esas señoras jóvenes no dudan de nada. La vizcondesa escogió un caballo difícil de refrenar, para exhibirse, es lo más seguro. Imprudencias son esas que pueden acarrear consecuencias muy graves, no sólo para la persona misma, sino para otras.

—La vizcondesa es, no obstante, una mujer muy inteligente —dijo la condesa Gisela.

—Sí, bastante, a lo que creo. Tiene, sobre todo, muy vivo ingenio, habla bien, y dotada de talento musical y linda y expresiva voz, es persona sumamente agradable... para aquellos que aprecian a las mujeres del gran mundo. Este verano recibiremos seguramente su visita y la de su padre. Tienen proyectado un viaje a Austria, y se llegarán hasta aquí... para reiterarme las gracias, según dicen. Me han abrumado ya de demostraciones de gratitud, hasta el punto de confundirme...

La mirada del príncipe no expresaba, sin embargo, confusión ninguna, a pesar de sus palabras. Un observador hubiera seguramente descubierto en ellas una fuerte dosis de zumba... Por eso acogió, sin duda, con enigmática sonrisa, esa reflexión de Terka.

—Es de creer que te profesen mucho reconocimiento por el inmenso servicio que les prestaste, y me parece que nunca harán demasiado para demostrártelo...

—En efecto; el reconocimiento es una gran virtud, y no seré yo quien trate de disuadir a nadie de que lo manifieste, pues mi alma está profundamente penetrada de él —dijo con suma gravedad el príncipe, mirando a su prima mientras; pronunciaba estas palabras.

Un rosado matiz extendióse por las tersas mejillas de Mirtea, bajáronse sus largas cejas, y la confusión veló su mirada, privándola de ver la expresión malévola que brilló en la de Irene... Pero no inadvertida para todos. El príncipe Milcza no ignoraba, al parecer, los sentimientos de su hermana respecto a Mirtea.

Con súbito fruncimiento de cejas, el señor de Voraczy permaneció algunos instantes silencioso, y cuando, durante la velada, se le ocurrió dirigir la palabra a Irene, su voz recobró para ella la dureza, y la mirada, la frialdad glacial de otros días.

## Capítulo 14

**E**n todo Voraczy pronto había de ser Irene la única persona que no cediese al encanto que en torno suyo esparcía Mirtea, y esto gracias a un incidente que pudo acarrear graves consecuencias.

Algunos días después de la llegada del príncipe Milcza, Terka, su prima y Mitzi regresaban de un paseo por el parque, cuando desde un sendero transversal surgió un hombre hirsuto y astroso, el cual se lanzó sobre Terka cuchillo en mano. Era un loco furioso que había logrado escapar a la vigilancia de los guardianes de Voraczy, deslizándose en el parque. Pero antes de que hubiera podido tocar a Terka, Mirtea, que estaba delante de su prima, la protegió con su brazo, recibiendo en él la hoja del cuchillo.

Un guardián que iba en persecución del desdichado llegó felizmente en el mismo instante, y disparó sobre él su revólver. Mirtea, sostenida por Terka y por el empleado forestal, tan oportunamente acudido, pudo llegar al castillo en breves momentos; pero, ya en el vestíbulo, desvaneciéndose de emoción y de debilidad.

El príncipe y su madre acudieron inmediatamente; llamóse a toda prisa al doctor Heday... Por fortuna, la herida no era de gravedad.

La fisonomía angustiada del príncipe Arpad serenóse algo después de la declaración del médico, y besó la mano de su prima, murmurando:

—¡Está visto, Mirtea, que todos hemos de serle deudores!

La condesa Gisela dio ardientemente gracias a su primita, y Terka, cuyo corazón era bueno y muy capaz de abrigar afecto, no supo de qué manera demostrarle su gratitud.

Cada vez crecía más, pues, en importancia la personalidad de Mirtea en Voraczy, sin que por ello sufriesen alteración ni su sencillez ni su encantadora modestia. Ya no se trataba de que hubiese de substituir a la señorita Rosa, pues el príncipe Arpad habíase categóricamente pronunciado sobre este asunto un día que se encontró a solas con su madre y Mirtea.

—Para complacer a usted, no tengo inconveniente en que continúe las lecciones de violín y alguna lectura a mi madre. Pero en cuanto a lo demás, me niego en absoluto, y mi madre opina lo mismo que yo.

—Sí, hija mía; he resuelto considerarte como una cuarta hija —añadió la condesa, estrechando afectuosamente las manos de la joven.

—Es usted sumamente buena —contestó, emocionada, la joven—. Pero ¿cómo aceptar, debérselo así todo?...

—Es usted una orgullosita —dijo el príncipe con dulce ironía—. Bien sabe usted que forma parte de la familia, que nos es usted infinitamente querida y que le somos deudores en grande... Dejemos, pues, este asunto, y no se trate más de él. Ahí tenemos a Terka, pronta ya, y que abre grandes ojos, preguntándose qué cosa tan interesante estaremos hablando cuando así se nos olvida irnos a equipar para montar a

caballo.

Días hacía que Mirtea estaba aprendiendo equitación, con su primo por maestro. Muy flexible y sumamente diestra, realizaba grandes progresos, y podía ya acompañar al príncipe y a sus hermanas en sus paseos.

Era la más deliciosa amazona que pudiera soñarse, y cuando se presentaba en la escalinata del castillo, su admirable talle, dibujado por el vestido de raso negro que le había ofrecido la condesa y el sombrerito de larga pluma colocado sobre su cabellera de soberbios reflejos, despertaban la envidia de Irene, que no sabía mirarla sino con malos ojos.

Pero no tenía más remedio que contenerse en presencia de su hermano, pues, habiendo éste sorprendido dos o tres veces la manera acerba y malévolamente con que miraba a su prima, la había reprendido con tan penetrante dureza, que aún conservaba de ella una aguda herida su amor propio. Su animosidad hacia Mirtea había, por tanto, crecido mucho; pero la disimulaba, o al menos creía hacerlo, pues a la penetrante mirada del príncipe nada pasaba inadvertido.

\* \* \*

Las posesiones circunvecinas poblábanse poco a poco. El príncipe Milcza no se mostraba ahora reacio a reanudar relaciones. Dábanse en Voraczy algunas reuniones; organizábanse paseos... Por lo demás, nada extremadamente mundano. El príncipe había manifestado claramente a su madre que sólo deseaba llenar las obligaciones de su rango y que no quería que los vanos placeres mundanos tomaran activa parte en su vida.

Mirtea figuraba en todas esas reuniones; se la había presentado en todas partes, y la admiración de que era objeto hubiera podido envanecer un alma menos firmemente cristiana que la suya. Pero a esos triunfos, aunque lisonjeros, prefería mil veces la joven sus sesiones musicales con Terka y el príncipe Arpad, a los paseos a pie, a caballo y en coche, a lo largo de los cuales su primo y ella hablaban de toda clase de asuntos, coincidiendo en los mismos elevados pensamientos y vibrando en idéntica admiración hacia todas las bellezas. El príncipe Milcza parecía apreciar infinitamente la delicada percepción de Mirtea, la finura y acierto de sus juicios y la profundidad de su inteligencia. Había aceptado gozosamente darle algunos consejos desde el punto de vista intelectual, como ella le pidió cierto día con su acostumbrada y amable modestia.

—Estoy ignorante de muchas cosas, como podrá haber perfectamente observado usted, y no quisiera que tuviera que sonrojarse de esos desconocimientos de su prima.

—Si no la conociera tan bien, Mirtea, pensaría que busca usted un cumplimiento—contestó, con amable sonrisa, el príncipe—. Me pongo por entero a su disposición, sumamente satisfecho de la confianza que quiere otorgarme.

Esa confianza en él tenía Mirtea en absoluto. Conocía ahora la elevación de su alma, la delicadeza de su corazón, algún tiempo oscurecidos por su dolorosa enfermedad moral... Sabía también que aquella palabra pronunciada tiempo atrás por él en aquel día cuyo recuerdo la hacía estremecer aún, «puede usted pedirselo todo a su primo», nada tenía de exagerada.

Todo, hasta el perdón de Marsa, la nodriza, que había traído el germen letal que ocasionó la muerte al pobrecito Karoly. La desdichada mujer, arrojada con los suyos de la morada que debía a la generosidad del príncipe Milcza, vagaba en brazos de la miseria. Había ido a suplicar la intercesión de la condesa Zolanyi; pero ésta, asustada, ni siquiera quiso escucharla, y había mandado que la despidiesen, diciendo:

—¡Si mi hijo la ve es capaz de hacer cualquier atrocidad!

Marsa había encontrado a Mirtea, habíase arrojado a sus pies, y la joven, conmovida, prometiéndole interceder por ella.

Esta promesa no dejó, con todo, de cumplirla sin alguna aprensión. Iba a despertar dolorosos recuerdos, chocar, sin duda, con un terrible resentimiento...

Efectivamente; el príncipe, muy pálido, dura la mirada, la interrumpió a las primeras palabras.

—Nada le rehusaré, Mirtea; nada, excepto eso. Sin esa miserable mujer, mi amado angelito viviría aún.

—¡Pero un cristiano debe perdonar, Arpad!... Piense usted en la situación de esa infeliz, que está sin noticias de su madre y de su hijo enfermo...

—¡Eso, no, Mirtea! ¡Por favor, no me pida usted eso!... ¿No comprende usted que me hace daño? —exclamó con alterado acento.

Mirtea no insistió; contentóse con orar... Al día siguiente, después de ayudarla a subir a la silla para el cotidiano paseo a caballo, díjole, conservando su mano entre las suyas:

—He dado órdenes para que se reintegre a Marsa en su antigua vivienda. ¿Está usted contenta, Mirtea?

—¡Oh, Arpad!

Su mirada le manifestaba su gratitud mejor que todas las palabras de agradecimiento, y el pliegue profundo que la lucha contra su enojo había surcado en la frente del príncipe borróse al momento, ante el radiante fulgor de aquellas aterciopeladas pupilas.

A lo largo de sus paseos, en los que acompañaba a sus hermanas y a su prima, el príncipe Milcza deteníase a veces a la puerta de alguna vivienda pobre. Los niños huían azorados, pero volvían pronto a la voz de Mirtea, asaz conocida de todos. Los mayores guardaban los caballos, mientras los paseantes penetraban en la triste morada. El príncipe interrogaba a los que la habitaban, inquirendo sus necesidades, enterándose de sus aptitudes; acariciaba a los pequeños y demostraba tanta bondad, que el temor excitado por su presencia disipábase poco a poco, gracias también, preciso es decirlo, a la presencia de Mirtea, a quien todos aquellos desdichados



llamaban *nuestro ángel*.

La joven quedábase muy confusa ante las demostraciones de gratitud de que era objeto; pero, en cambio, el príncipe Milcza parecía complacerse oyendo alabar a su prima. Por lo demás, él mismo contribuía a ello, haciendo pasar una parte de sus limosnas por las manos de Mirtea.

—Tome usted; hágame el favor de enviar esto a tal, o cual persona —decía frecuentemente, entrando en el salón de su madre—. Si no es bastante, Mirtea, dígamelo... Y he pensado que podría darse la casita de orillas del lago a ese anciano que tan resignado se muestra, siendo así que le agobian las desdichas. ¿Qué le parece a usted?

Nada se hacía sin su aquiescencia; en las decisiones de su primo preponderaba siempre el voto de la joven. Con el padre Joaldy, y a veces con Terka, cuya indiferencia disipábase poco a poco al lado de Mirtea, discutían sobre la fundación de escuelas, de talleres, de asilos para los ancianos y los enfermos. El príncipe trazó por sí mismo el plano de un establecimiento destinado a recoger los niños abandonados y que llevaría el nombre de su hijito.

El padre Joaldy multiplicaba las acciones de gracias. La mirada del buen sacerdote resplandecía cada vez que al entrar el domingo en la capilla para celebrar la misa, veía ocupado el sillón del príncipe, que tanto tiempo permaneció vacío... El castillo entero salía, con una especie de alegría que semejava esparcida en el ambiente, del marasmo en que lo sumiera la misantropía de su dueño.

\* \* \*

Con el verano multiplicábanse las reuniones. El príncipe Milcza invitó a pasar unos días en Voraczy a varias personas amigas, entre otras, a su primo Mathias Gisza. El condesito mostrábase muy galante con Mirtea, lo cual traía muy despechada a Irene, a quien contribuían a exasperar las maliciosas insinuaciones de sus amigas.

—Es ridículo tratar como a una de nosotras a esa joven, destinada, como está, a llevar una vida muy modesta —dijo a su madre, cierto día en que vio a Mirtea, más hermosa que nunca, lucir una toilette blanca muy sencilla, regalo que le había ofrecido la condesa Gisela.

Ésta contempló con sorpresa a su hija.

—¿Cómo una de vosotras?... Bien sabes que ella misma me ha rogado que no la regale nada lujoso, y no es culpa mía si su belleza avalora la más sencilla toilette. En cuanto a una futura existencia modesta..., me parece que te engañas, Irene. Yo estoy persuadida de que realizará un brillante matrimonio.

Los labios de la joven contrajéronse nerviosamente.

—¡Ah, es muy capaz!... —murmuró con los dientes cerrados—. Mathias..., o Arpad, tal vez...

—Sí, Arpad —dijo la condesa—. Sólo ella, con su irresistible hechizo, puede haber disipado tan prontamente la hosca desconfianza de tu hermano... Y no hay duda que sería dichoso con ella.

Irene sublevóse:

—¿Cómo?... ¿Y usted aceptaría esto, así como así?... ¡Una joven sin fortuna, hija de un artista fracasado!

—¡Poco a poco, Irene! Acusas a los demás de ridiculez, y tú eres más ridícula que nadie —dijo la condesa con acento de enfado—. En primer lugar, esa joven es una Gisza, de nobleza tan limpia como la tuya por parte de su madre, y su padre era también hijo de noble familia, venida a menos nada más. Es admirablemente distinguida; exquisita, moral y físicamente. No saldría de mis labios la menor frase de desaprobación si Arpad quisiese dármela por nuera.

—¡Todos ciegos de admiración ante ese ídolo! —exclamó, rabiosamente, la joven—. ¡Ah! ¡Bien sabía ella lo que hacía, esa intrigante, con sus posturas piadosas y modestas y su afectada abnegación! A pesar de su precedente y fatal experiencia, el príncipe Milcza se ha dejado prender otra vez...

—¡Irene! ¡Hazme el favor de moderar tu lengua y tus injustas recriminaciones! —dijo la condesa, con tono severo, muy raro en ella—. Mirtea preservó últimamente la vida de tu hermana, con peligro de la suya; se ha mostrado con todos adicta y afectuosa...

Un ruido de pasos cortó la palabra a la condesa. El príncipe Milcza entró con su primo; y preguntó, sentándose al lado de su madre:

—¿No ha bajado aún Mirtea?

—Sí; está en el salón de música con Terka... Ahí están.

—¡Felices, señoritas! —dijo, alegremente el conde Gisza; adelantándose a saludar a las jóvenes—. El príncipe Milcza participará a ustedes dos importantes noticias.

—¡Oh..., importantes! —contestó el príncipe, encogiéndose ligeramente de hombros.

—¡Han visto ustedes desdeñoso!... ¿Qué te falta, pues, querido?

—Otras muchas cosas, no lo dudes... Pero no quiero que languidezca la curiosidad que has despertado, Mathias. Las novedades son éstas: en primer lugar, el archiduque Francisco Carlos, que en otro tiempo me honraba con su amistad, y a quien encontré en París durante el pasado invierno, me notifica que al dirigirse a sus posesiones de Sehancz, dentro de quince días, se detendrá uno aquí...

—¿De veras?... ¿Se dignará su alteza?... —exclamó con expresión de entusiasmo la condesa Zolanyi.

—Segunda novedad —continuó el príncipe con el mismo sosiego—: El conde de Lorgues y su hija llegarán aquí la próxima semana.

—¡Magnífico! —dijo Irene con viva satisfacción—. Todo esto producirá grande animación en Voraczy... Te verás obligado a dar grandes fiestas, Arpad.

—No te regocijes tanto, Irene —contestó el príncipe con voz zumbona.

Celebraremos una gran recepción en honor de su alteza, esto es casi obligatorio; pero, fuera de esto, nada más; no te forjes ilusiones. El conde de Lorgues encontrará ya materia para regocijar su alma de erudito en la biblioteca de Voraczy, y la vizcondesa de Soliers se contentará con sencillas reuniones y paseos. No he pensado cambiar, en obsequio de ellos, nada en nuestras costumbres.

—¡Estás desconsolando a esta pobre Irene, Arpad! —dijo el joven conde con maliciosa sonrisa—. Cierto es que en ese admirable cuadro de Voraczy las grandes fiestas son cosa sumamente indicada... ¿Qué dice usted a esto, prima mía? —añadió, tomando una silla y sentándose junto a Mirtea.

Las cejas del príncipe Milcza delinearon un breve fruncimiento, y antes de que pudiese contestar la joven, dijo él con imperiosa sequedad:

—A Mirtea no le apasionan, afortunadamente, esas fiestas mundanas; no apetece más que tranquilidad... Además, no ha terminado aún su período de luto, y no podrá tomar parte en esas magnas reuniones, que parece deseas tanto como Irene.

—¡Oh, no tanto como eso! —contestó el joven oficial, sin darse cuenta de la ironía contenida en el tono de su primo—. Estoy perfectamente así desde el momento en que esto agrada a todos. Con fiestas o sin ellas, Voraczy es para mí un edén. Estremeciéronse algo los labios del príncipe Arpad, quien se volvió para dirigir con impaciencia una observación a Renato, que entraba en aquel momento... Y como llegaban también los demás huéspedes de Voraczy para el té, la conversación tomó otro giro. Los concurrentes solicitaron de Mirtea que tocara el violín. El príncipe Milcza se levantó al momento, diciendo que acompañaría a su prima. Ambos se dirigieron hacia el salón de música, y Mirtea abrió un armario antiguo para escoger un trozo entre las obras que contenía.

—¿Qué tocaremos, Arpad?

—Lo que usted quiera, Mirtea. Ya sabe usted que tenemos los mismos gustos...

Interrumpióse de pronto el príncipe. Acababa de deslizarse y caer al suelo un nocturno profundamente armonioso, una melodía que Karoly deseaba oír siempre y solicitaba muchas veces con gran insistencia.

—¡Ángel mío adorado, tesoro mío! —murmuró.

La dulce mirada de Mirtea envolvió la fisonomía alterada del príncipe; la mano de la joven se posó en la suya... Pero él la rechazó, diciendo con tono de irritación sorda:

—¡Me compadece usted... sí; esto únicamente le inspiro... compasión!

Sobrecogida y palideciendo de improviso; miróle la joven sin comprenderle... Pero, de pronto, tomóle él ambas manos, y murmuró con singular vehemencia:

—¡Perdóneme, Mirtea; sufro mucho!... Soy un ingrato, lo reconozco...; pues suceda lo que quiera, usted habrá sido para mí una luz bienhechora...

El príncipe no pudo proseguir. Entraban Terka y el conde Gisza. Mirtea tomó un trozo de música al azar y se dirigió hacia el piano, con el alma angustiada y conmovida.

## Capítulo 15

Ocho días hacía que la vizcondesa de Soliers y su padre eran huéspedes del príncipe Milcza. Ambos quedaron admirados de las maravillas de Voraczy. Al conde apenas podían arrancarle de la biblioteca y de la galería, que encerraba inapreciables colecciones; su hija recorría los salones de recepción, embriagándose de aquel lujo artístico y deplorando, con Irene y otras aficionadas a las mundanas pompas, que no fuera posible decidir al príncipe Arpad a que diese alguna de aquéllas maravillosas fiestas que reunieron en Voraczy, en tiempo de la princesa Alejandra, a las noblezas austríaca y húngara.

—¡Ahora dice que ni siquiera con ocasión de la visita del archiduque piensa celebrar nada extraordinario! —exclamaba Irene—. Hace días que parece como si se entristeciera otra vez.

—¡Y es imposible triunfar de su voluntad! —añadió la vizcondesa con aire disgustado—. He insinuado, una que otra vez, que me complacería infinito ver una de esas fiestas; pero me ha respondido muy fríamente que había perdido el gusto de las grandes reuniones mundanas. No me he atrevido a insistir; pues francamente debo decírselo, condesa: el hermano de usted me intimida cuando toma cierto aire...

—¿A quién se lo cuenta usted? —murmuró Irene, con sorda cólera.

—Es verdad, querida condesa; no he dejado de observar que con usted no se porta muy amablemente.

—¡Sí, y a causa de... esa Mirtea! —dijo Irene con cierto enojo.

—¿Cómo así? —interrogó la vizcondesa con avidez curiosa.

—He demostrado con demasiada franqueza la poca simpatía que me merece, y esto ha bastado para enajenarme la del príncipe, que no ve en el mundo más que a su prima, que ejerce ahora sobre él la influencia que tenía antes Karoly; pero una influencia mucho mayor, pues él, a veces, le imponía su voluntad al niño, mientras que a Mirtea no le rehusa nada. ¡Ah! ¡Ella no tendría que decir más que una palabra para obtener todas las fiestas que apeteciese! Pero ya se guardará de ello, pues sabe perfectamente que su afectación de sencillez y de piedad son las que han encadenado a sus pies al príncipe Milcza.

La joven viuda meneó la cabeza.

—En eso de la afectación me parece que se equivoca usted, condesa. Desgraciadamente para usted, la señorita Elyanni es sincera, admirablemente sincera, y en esto consiste, su fuerza y su irresistible hechizo. No hay que pensar en que cambie de opinión el príncipe Milcza; lo que me admira es que no la haya solicitado ya por esposa.

—Bien considerado, tal vez no se trate más que de exageradas demostraciones de agradecimiento por parte del príncipe...

La vizcondesa de Soliers sonrió con vaga expresión de ironía.

—No se forje usted ilusiones, Irene. El agradecimiento no tiene tanta parte como

a usted se le figura en los sentimientos que el príncipe profesa a su prima. Usted habrá notado, seguramente tan bien como yo, la transformación de su mirada, la entonación particular de su voz cuando se dirige a ella. Ayer, no sé por qué causa, el príncipe estaba algo ceñudo; pero entra su prima, la mira... ¡Qué admirables ojos tiene..., profundos, radiantes!..., y al momento cambió e iluminóse todo aquel rostro... Otro síntoma: se pone fosco cada vez que observa las solicitudes y galanterías que usan con ella el conde Gisza o Miheli Donacz, el joven y ya célebre poeta nacional, que ha celebrado la belleza de Mirtea en versos deliciosos. En fin, numerosos detalles me han revelado lo que sabe usted tan bien como yo: el amor profundo, avasallador, que siente el príncipe por su prima.

Sonreía la vizcondesa al decir esto, y cuando subió a su habitación, después de despedirse de Irene, decíase:

—La condesita envidia furiosamente a su prima... Tiene suerte esa linda Mirtea... Verosímilmente, no tendrá más que escoger entre el poeta, el conde Gisza y el príncipe Arpad. Naturalmente, preferirá a este último...

En los labios de la vizcondesa dibujóse un plieguecillo de amargura, en tanto murmuraba:

—¡Qué lástima!... ¡Tan gran señor, tan perfecto caballero!... ¡Llamarse princesa Milcza..., y una fortuna fabulosa!... Pero es inútil luchar contra ella, lo comprendí desde el primer día, al ver a esa criatura tan preciosa de alma como de cuerpo... Aguardaré la visita del archiduque; luego abandonaremos esta morada, pues me será duro, muy duro... permanecer aquí sin esperanza.

\* \* \*

Mirtea, sentada ante su pupitre, acababa de escribir una carta a las señoras Millon... Y ahora, algo recostada en su silla, dejaba que se perdiese su mirada en la profundidad azul del horizonte que se descubría ante la ventana abierta.

Experimentaba hacía algún tiempo alguna lasitud, moral sobre todo. A pesar de las restricciones del príncipe reinaba en Voraczy una atmósfera de mundanidad, y la joven estaba poco acostumbrada a ella, que en ciertos momentos experimentaba una especie de fatiga. En presencia de las personas lograba disimularla; excepto acaso a la mirada perspicaz y siempre alerta del príncipe Milcza; pero ahora, a solas en su aposento, dejaba que se distendiesen sus nervios y descansar su espíritu en abstracción apacible.

Pensaba en el anciano Casimiro, que tal vez abandonaría pronto este mundo; en la pequeña Macra, cuya débil salud reflorería pronto, gracias a la generosidad del príncipe Milcza... Y una sombra velaba sus ojos al recordar la arruga que hacía algún tiempo surcaba la frente de su primo, y su preocupación visible, la especie de angustia que a veces atravesaba su mirada. No había desaparecido del todo su antiguo

sufrimiento; luchaba, sin duda, con recuerdos desgarradores.

Un ligero golpe dado en la puerta hizo estremecer algo a Mirtea. Era la condesa Zolanyi la que llamaba y penetró en la estancia con aire a la vez conmovido y enajenado.

—Tengo que hablarte, niña mía —dijo a la joven después de haber tomado asiento en un sillón—. Vengo aquí en calidad de embajadora... o más exactamente, represento a tu querida madre. Trátase, en efecto, de dos solicitudes de matrimonio. Mirtea hizo un movimiento de sorpresa, y su tez coloreóse un poco.

—¿Solicitudes de matrimonio... para mí? —preguntó con tono incrédulo.

—¡Es claro, para ti! ¿De qué te admiras tanto?

—Es que yo, prima mía, ya sabe usted que no tengo dote, y creía...

—Existen aún personas desinteresadas que aprecian la hermosura moral y física por encima del dinero. El príncipe Milcza ha recibido la confianza de Miheli Donacz; y me ha encargado que te manifieste la petición de este joven poeta, una de nuestras glorias nacionales, y que aspira ardientemente a compartir contigo los honores que le aguardan. Es, además, un noble carácter; por ti misma has podido juzgarlo. Es rico, pertenece a noble familia, y es excelente cristiano.

—No lo ignoro, y estimo profundamente sus grandes cualidades —dijo Mirtea.

¿Por qué invadieron súbitamente a la joven una tristeza extraña, una misteriosa angustia?

—La otra demanda me la ha hecho el conde Gisza. También has podido estudiar y juzgar a este primo tuyo. Es un joven amable, guapo, rico, suficientemente serio y muy estimado como oficial. Te admira y te ama, Mirtea, y su tío, que le ha hecho veces de padre, le da su consentimiento, después de haberme escrito respecto a este particular.

Mirtea, algo pálida ahora, bajaba los ojos, e inconscientemente producía con manos nerviosas algunas arrugas en su falda blanca.

—No te pido una respuesta inmediata, hija mía; reflexiona tanto como quieras —continuó la condesa—. Escoge con toda independencia; por mi parte, estoy persuadida de que uno u otro de ambos partidos lo hubiera aprobado, tu madre.

Mirtea levantó los ojos y respondió con tranquila resolución:

—Creo, prima mía, que es inútil dejar en la incertidumbre a Miheli Donacz y al conde Gisza, desde el momento en que estoy segura de que hoy, lo mismo que mañana, habré de responderles declinando la honrosa oferta que me hacen.

—¡Mirtea!... ¿Es posible? —balbució la condesa—. Es preciso que reflexiones, hija mía... ¿Qué puedes ver en ellos que no te agrade? Dímelo con franqueza.

—Nada, ¡oh!, absolutamente nada. Admiro su desinterés... dígaselo usted así, agradeciendo la distinción que les he merecido...; pero, ya que desea usted que le hable con toda franqueza, le confesaré que mi corazón no siente por ellos inclinación ninguna.

—¡Ah, ingrata!... ¡Y ellos que te aman tanto!... ¡Ese pobre Mathias!... ¡Cómo va

a desconsolarse, Mirtea!

—Crea usted que me pesa; pero ya me olvidará, prima mía. Es más leal no dejar, desde ahora, que abrigue esperanzas.

—No quiero insistir, hija mía: Desde el momento en que tu corazón permanece silencioso, comprendo; pero siento la pena que voy a causarle.

—Yo también —dijo emocionada Mirtea—. Sin embargo; me es imposible proceder de otro modo. ¡Perdóneme usted la molestia que involuntariamente le estoy, causando!

—Nada, tengo que perdonarte, hija mía... Lo único que lamento es que no puedas hallar la felicidad de tu existencia en uno de estos excelentes partidos. ¡Conque, no se hable más de ello! Mathias partirá esta misma noche, y así no tendrás la turbación que te causaría volver a verle.

La condesa besó a Mirtea en la frente y abandonó la habitación.

Algunos instantes después la joven volvía a ensimismarse... La rara angustia que acababa de experimentar no se desvanecía. ¿Por qué la comunicación de la condesa Gisela le producía aquel efecto, ya que la solicitud de los dos jóvenes, por lisonjera que fuese para una joven sin fortuna, no logró hacer latir su corazón?

Mirtea se levantó con actitud resuelta. Estaba acostumbrada a reaccionar contra las impresiones vagas, a no enervarse en vanas quimeras... Arreglóse rápidamente los cabellos y bajó al salón; pues se aproximaba la hora del té.

Pero, en vez de encaminarse directamente al salón de las Princesas, donde a esa hora se reunían los huéspedes del castillo; entró en la sala de conciertos para buscar una *berceuse*<sup>[5]</sup>, original del príncipe Milcza, que la víspera tocó con él por primera vez, y deseaba ver de nuevo a solas para mejor hacerse cargo de las bellezas que contenía.

Cerca de una de las puertas-ventanas, que daban a la terraza, estaba Irene en pie, rígidas las facciones y sombría la mirada. Al ver a su prima, dirigióle una mirada casi aviesa, y díjole con tono sibilante:

—¡Muy desdeñosa parece que está la señorita Elyanni! ¡Un Miheli Donacz, un conde Gisza, no son bastante para ella! ¿Aspiras, sin duda, a cosa mejor?

—No aspiro a nada enteramente —replicó Mirtea con frialdad—. Hasta hoy no he pensado en el matrimonio; primero, porque soy muy joven, y después, porque la falta de dote podía ser un obstáculo... Pero lo que sé es que Miheli Donacz y el conde Gisza, a pesar de sus relevantes cualidades y de la estimación que les profese, me son, por otra parte, bastante indiferentes para que haya vacilado un momento en rehusar la petición con que me han honrado.

Irene sonrióse de un modo sardónico.

—Verdaderamente, no valía la pena de que te hiciesen tantos homenajes: que Miheli Donacz cantase los luminosos ojos de la joven griega, ni que el conde Mathias dejase por ti el castillo de su tío, donde se celebran tan exquisitas fiestas. ¡Tienes un corazón de mármol, Mirtea!

Irene volvió a reírse de un modo asaz malévolo, adelantándose lentamente hacia el centro del salón, mientras que Mirtea, dominando con poderoso esfuerzo de voluntad la impaciencia e irritación que trataban de avasallarla, se inclinaba hacia un estante que contenía papeles de música.

—En fin: en defecto de tu matrimonio, creo que tendremos otro —continuó con aparente tranquilidad Irene, pero mirando a su prima de un modo particular—. Me parece que el príncipe Milcza... Le he visto irse del lado de los invernaderos con la señora de Soliers, pretextando mostrarle no sé qué planta que deseaba conocer la vizcondesa. Pero observé que él estaba muy conmovido, muy ansioso... Estoy persuadida, Mirtea, de que habrá esta noche una novia en Voraczy.

Mirtea volvióse bruscamente, tan blanca la faz como su vestido; sus ojos, algo dilatados, fijáronse en Irene.

—¿Ella? ¿Te parece que la vizcondesa?... —exclamó con voz sofocada.

—¡Es indudable! ¿De qué te admiras? ¿Por ventura dejaría de ser una encantadora princesa? ¡Es graciosa y muy inteligente! Ahora me explico la permanencia del príncipe en París y su completa transformación.

—Sin embargo, no parecía... Todos le hemos visto tratarla muy fríamente... Y la vizcondesa es muy amiga de fiestas mundanas... —dijo Mirtea.

Su voz sonábale de modo extraño a ella misma; una especie de niebla pasaba ante sus ojos.

—¡Oh, ya sabrá acostumbrarla a sus gustos!, y como la vizcondesa está muy enamorada de él, fácilmente se avendrá a lo que el príncipe quiera. Pienso que será muy dichoso, y nosotras tendremos una linda cuñada, que animará mucho este castillo.

Mirtea inclinóse de nuevo hacia el estante, y tomó de él algunas composiciones musicales. Irene la miraba con perversa satisfacción; parecía observar la palidez intensa de aquella tez admirable, el temblor algo convulsivo de aquellas manos, cuya figura y forma ideal despertaron su envidia tantas veces.

Pero un llamamiento de su madre le hizo abandonar el salón... Mirtea depositó de nuevo en el estante los cuadernos que maquinalmente había hojeado, sin acordarse ya de lo que buscaba. Salió después a la terraza, bajó los escalones, y, maquinalmente también, dirigióse al parque.

Las palabras de Irene zumbaban de un modo singular en su cerebro... «Esta noche habrá una novia en Voraczy...». Jamás hubiera pensado... ¡No, nunca!

¿Por qué aquella suposición de Irene la sorprendió y turbó tan profundamente? No había, sin embargo, nada que pudiera causar sorpresa si el príncipe Milcza, curado de su larga crisis moral, buscaba crearse nuevamente un hogar íntimo. Lo único que podía parecer raro es que hubiera escogido a una mujer tan amiga de las pompas mundanas.

Habríanle, sin duda, seducido su inteligencia, la vivacidad de su fisonomía, su agudo ingenio, las lisonjas que ella no le escaseaba... No obstante, el príncipe no



demostraba hacia la vizcondesa más que la natural cortesía que usaba, con las demás señoras huéspedes suyas en el castillo de Voraczy. Ninguna galantería particular, ninguna demostración de simpatía...

Pero tal vez no gustaba de exteriorizar sus sentimientos; solamente los revelaría a la elegida...

Mil encontrados pensamientos agitábanse en el cerebro de la joven, la cual se encontró de pronto ante el templete griego, cuyas gradas subió, deteniéndose en el peristilo.

Hallábase junto a la columna en que estaba apoyado Arpad en el momento en que iba a consumar su crimen... Y el pensamiento de aquella escena, de la terrible emoción de aquellos instantes, sobrecogió a Mirtea, invadió su alma y la penetró de dulzura y de amargura inmensa a un tiempo...

La joven abrió la puerta del templete... Una abuela del príncipe Arpad había convertido el interior en un santuario dedicado a los santos patronos de Hungría. Allí estaba su efigie labrada en mármol.

Mirtea veneraba entre todas las imágenes la de la santa duquesa de Turingia, y ante ella fue a postrarse de hinojos, y a su dulce rostro levantó sus ojos suplicantes.

¿Qué pedía en aquella humilde actitud? No lo sabía exactamente... Sufría, e imploraba socorro.

Poco a poco descendió algún apaciguamiento a su espíritu. La piadosa mirada de Santa Isabel derramaba un bálsamo de consuelo en su corazón, trastornado por una emoción misteriosa.

La joven unió las manos y murmuró con fervor:

—¡Oh, santa que moráis en el cielo, interceded por él!... ¡Hacedle dichoso; que se salve su alma!... Su felicidad es la mía... Siento que la compraría gozosa al precio de un gran sufrimiento.

Levantóse y salió del templete.

Avanzaba la hora; en el castillo debía notarse ya su ausencia...

No obstante, volvió a detenerse en el peristilo. El recuerdo de lo que había sucedido allí la embargaba; era un recuerdo doloroso y dulce a la vez...

¿Cómo había sabido, desde entonces, comunicarle el príncipe su reconocimiento! Mirtea comprendió que no le agradaría tan sólo la abnegación demostrada hacia su hijo, sino algo más todavía, tal vez su intervención en aquel minuto trágico que iba a decidir de su eternidad. ¿Era reconocimiento lo que le inducía a rodearla de atenciones caballerescas, a mostrarse solícito en prevenir todos sus anhelos caritativos? ¿Era gratitud la que comunicaba tan penetrante expresión a su mirada y a su acento, endulzándolos para ella tanto como antes para Karoly?

Ella le había producido un bien inestimable; numerosas veces se lo había dicho. ¿No debía, pues, la joven dar gracias a Dios de haberla escogido como el instrumento, humilde e imperfecto, de que se valió para procurar algún sosiego a aquel espíritu sublevado?... Ahora, otra continuaría la tarea. La esposa amada podría

mucho si sabía comprender aquel alma vibrante bajo su apariencia fría y altanera; aquel corazón en que se encerraban, al par de una energía viril, delicadezas casi femeninas e inmensos raudales de afecto, como la había demostrado su ardiente amor paternal.

Dibujóse ante el espíritu de Mirtea la esbelta silueta de la señora de Soliers: su rostro fino, sonriente, su mirada vivaz, frecuentemente burlona...

—¿Le comprenderá? ¿Le hará dichoso?

Continuaba, sin embargo, admirándose de que el príncipe hubiese escogido aquella mujer... Y, sin embargo, Irene tenía razón; esto explicaba su estancia en París, y el cambio por el cual un padre desesperado pudo convertirse en un hombre joven, amable y seductor como antes.

Mirtea le veía de nuevo allí, sentado al pie de las gradas, cerca de la silla larga en que descansaba su hijito. ¡Qué fría y huraña expresión la suya!... ¡Y aquella voluntad tiránica, cuyo peso hubo de sentir Mirtea lo mismo que los demás! ¡Y aquella escena a propósito de Miklos!...

Todos los recuerdos de aquellos dieciocho meses volvían a su pensamiento sucesivamente punzantes y dulces, mientras lentamente subían las lágrimas a sus ojos... Y de nuevo olvidábase de la hora, dejando transcurrir los minutos en aquel retorno al pasado.

El sol, próximo ya al horizonte, envolvía en rosada claridad a la joven vestida de blanco, que se apoyaba en la marmórea columna, evocando en su purísima hermosura griega la visión de una joven sacerdotisa de Palas Atenea. En las grandes y negras pupilas flotaba un sentimiento profundo, pero también se transparentaba en ellas una resignación tranquila. Un ligero cerco dibujábase bajo los ojos de Mirtea, y su encantadora cabeza inclinábase levemente, como si le costase trabajo soportar la espesa cabellera, matizada de oro por los rayos del sol poniente...

En los alrededores del templete, el suelo estaba cubierto de espeso césped que ahogaba el ruido de los pasos... Lo mismo que hizo Mirtea un día, alguien apareció inopinadamente frente al templete.

Pero esta vez era «él»...

La joven hizo un brusco movimiento, y palideció más todavía. Pero ya el príncipe escalaba los peldaños y avanzaba hacia ella.

—¡Mirtea! ¿Qué le sucede? Hace rato que nos inquieta su ausencia, y yo me he apresurado a ir en busca de usted...

Arpad interrumpióse y fijó atentamente la vista en la joven.

—¡Mirtea..., usted ha llorado! ¿Qué tiene usted? —añadió inclinándose, tomándole la mano y haciéndole aquellas preguntas con voz ansiosa.

—¡Oh, no es nada!... Algunas ideas sombrías... —murmuró la joven, tratando de sonreír.

Pero no era la linda, la radiante sonrisa habitual, la que ahora entreabría los labios de la joven. Era una sonrisa triste, casi lastimosa.

—¿Ideas sombrías?... ¿Cuáles? ¡Dígamelo, Mirtea!

La joven bajó los ojos para evitar la mirada dulcemente imperiosa de su primo y dijo con acento algo tembloroso:

—No vale la pena... No, realmente, Arpad...

—¿No quiere usted decirme lo que la atormenta? ¿No tiene usted confianza en mí?... Esta confianza la tengo, sin embargo, en usted...

Los pálidos labios de Mirtea contrajéronse ligeramente... Una cosa había, no obstante, que el príncipe le ocultó a ella como a los demás.

—¿No?... ¿No quiere usted revelarme ese pesar, Mirtea?

La joven movió negativamente la cabeza, incapaz de proferir una sola palabra, pues sintió en la garganta una opresión invencible.

El rostro del príncipe Milcza contrájose visiblemente, y permaneció unos instantes silencioso, considerando la pálida faz de la joven inundada de rosada luz. De pronto dijo con acento en que vibraba una emoción contenida:

—¿Le ha comunicado a usted algo mi madre respecto a... demandas de matrimonio?

—Sí —contestó la joven con lasitud—. Siento vivamente que el conde Mathias y Miheli Donacz hayan pensado en mí... Estoy confusa de ser objeto de tal interés y de no poder responder a sus solicitudes más que con una negativa.

—¿Una negativa?... —murmuró el príncipe.

Distendíanse sus facciones; su mirada, inquieta y sombría, iluminóse repentinamente.

—¿No ha reflexionado usted?... ¿Ha dicho usted que no en seguida?

—¡Oh, sí! —contestó la joven, con el mismo acento de lasitud—. No he pensado para nada en casarme... No, verdaderamente, no he vacilado un solo instante... y no me pesa.

—Mirtea, óigame usted.

La joven levantó los ojos y vio a su primo dominado por una emoción que casi le avasallaba por completo.

—... Debía hablarle a usted mañana, después de haber conocido su respuesta a esas peticiones. Pero, ya que acabo de saberla, puedo decirle que otro solicita la felicidad de ser su esposo...; otro que la ama a usted, atrévase a asegurarlo; más, mucho más que cuantos pudieran decírselo en el mundo. Usted ha sido para él un rayo de luz; pero él quería más que su compasión, y por eso se esforzó en volver a ser joven, para no ofrecer a los dieciocho años de usted un novio envejecido moral y físicamente. Ahí tiene usted explicado por que se impuso ese destierro de varios meses a fin de mostrarle un príncipe Milcza transformado... Y si he aguardado tanto tiempo antes de hablarle así Mirtea; si he soportado las más dolorosas angustias dejando que otros solicitasen, primero que yo, su mano, es que deseaba permitirle que comparase, que eligiese voluntariamente, y no imponerme a su inexperiencia de la vida, a su corazón tan admirablemente caritativo y capaz por compasión hacia un

alma sufriente, de llevar a cabo un sacrificio...

Bajos los ojos, rozando sus largas pestañas sus purpúreas mejillas, la joven escuchaba preguntándose si estaba soñando, si verdaderamente era la voz del príncipe, cálida y vibrante, la que pronunciaba aquellas palabras, cada una de las cuales hacía estremecer su corazón...

—Ahora, Mirtea, dígame si quiere ser mi esposa... Dígamelo con toda independencia... Nada de piedad, nada de sacrificio: ¿Me comprende usted bien?

—¡Arpad!

Otra frase no hubiera podido salir de su garganta, oprimida por inmensa emoción, por la inexpresable felicidad que súbitamente la invadía; pero sus grandes ojos, levantados hacia el príncipe, la revelaban, mejor de lo que hubieran podido hacerlo las palabras, cuánto le pertenecía sin reserva el corazón de Mirtea.

—¡Gracias, Mirtea...; Mirtea mía!...

Enajenado, el príncipe apoyó largo rato sus labios en las manos de la joven.

Ambos permanecieron algunos instantes silenciosos, demasiado conmovidos para expresar con frase alguna su mutua y radiante felicidad.

—¡Mirtea, luz mía! —pudo, al fin, pronunciar el príncipe.

Su acento parecía impregnado del mismo fervor con que la condesa Gisza Elyanni llamó a su hija, la víspera de su muerte... Y como aquel día, Mirtea protestó también:

—¡Oh, Arpad! ¡No diga usted eso! Yo no soy nada...

—Sí; lo digo y lo repito. Dios ha puesto un admirable reflejo de su luz en el alma purísima de usted; ha permitido que sea su intermediaria cerca de un pobre pecador sublevado contra Él. Experimenté su influencia desde los primeros momentos en que la conocí a usted; penetrábame poco a poco, y yo, que había jurado vivir eternamente desconfiado de las mujeres, traté de sustraerme a su influjo estableciendo, con mi frialdad y mi dureza, mayor distancia entre nosotros dos. Usted me dijo, Mirtea, que estaba celoso del afecto de mi hijo hacia usted. Es verdad... pero, sobre todo, me rebelaba ante el encanto que atraía a usted todos los corazones, ante la rectitud, la deliciosa sencillez, la bondad incomparable de esta valiente alma femenina... ¿Y sabe usted qué me causó mayor admiración? Pues lo que más me conmovió de usted fue su bravura, su intrepidez ante mí, que no veía en torno mío más que frentes humilladas y adhesiones serviles a todas mis voluntades, aunque éstas fuesen injusticias.

—¡Buenos deseos tuvo usted, sin embargo, de arrojarme de Voraczy! —dijo Mirtea con dulce sonrisa, algo maliciosa—. Sin Karoly...

—¡Mirtea!... ¡No me recuerde mi injusticia, mi dureza de aquel día! Debo decir, no obstante, en descargo mío, que no hubiera tenido valor de llegar hasta aquel extremo; aunque mi amado angelito no me hubiese suplicado por usted. En mi cólera veíala a usted tan conmovedora, tan maternalmente tierna para con él... ¿Y qué diré de lo que fue usted para mí en aquellos días de dolor, de espantosa angustia? Pero sólo comprendí la profundidad, el poderío del sentimiento que llenaba mi corazón el

día en que la vi a usted ataviada de flores, hada cándida y radiante... Y algo rompióse dentro de mí, pues pensé a un tiempo mismo que yo no era libre a sus ojos, que «la otra» se atravesaba aún en la entrevista felicidad. Ignoraba, en efecto, su muerte. El padre Joaldy, afortunadamente, acabó por adivinar lo que pasaba en mí, y comunicóme el trágico suceso. Por esto me vio usted en la pasada Navidad, Mirtea... Y costáramé lo que costase, quise enseguida reanudar mis relaciones con la sociedad, volver a ser joven para usted, tomar de nuevo interés en la existencia, en los mil detalles de la vida, en las cosas bellas y buenas que Dios ha sembrado en el mundo y que yo no sabía comprender ya en mi sufrimiento, en mi rebelión orgullosa... ¡Oh, sí, Mirtea! Usted ha sido para mí una luz, la pura, la radiante luz destinada por la Providencia para alejar las tinieblas de mi espíritu.

Contemplaba el príncipe a la joven con grave ternura mientras le hacía esta ardiente confesión, y en el alma de Mirtea expandíase una dicha cuya intensidad casi la asustaba.

—¡Soy demasiado dichosa, Arpad! —murmuró.

—¡Repítalo usted, Mirtea mía!... Dígame que labro su felicidad, que nada echará usted de menos... ¿Recuerda usted cómo nuestro pequeñuelo Karoly nos unió en su última palabra? Por la boca de aquel angelito, Dios nos destinaba así el uno para el otro.

El sol, franqueando el horizonte, envolvía en rosada luz a los prometidos, que permanecían en pie en el peristilo del templete. Una calma impresionante, casi religiosa, reinaba en aquel rincón del parque, que fue el sitio predilecto del pequeñuelo Karoly.

—Es sumamente dulce, ¿verdad, Mirtea?, haber cambiado aquí nuestros juramentos de esponsales, en este mismo sitio que trae a mi memoria un horroroso recuerdo... ¡Oh, amada mía! ¿Qué iba a hacer entonces? Cuando pienso en aquella bala que rozó...

—Desechemos semejantes recuerdos, Arpad —dijo Mirtea, poniendo dulcemente su mano sobre el brazo del príncipe—. Dios, en su bondad, ha permitido que todo resultase para el bien de usted... para nuestro bien... Pero creo que va haciéndose tarde...

—Sí; preciso es que volvamos allí —contestó el príncipe, con voz pesarosa—. Tan pronto como mi madre esté a solas, iremos a anunciarle nuestros esponsales... Y esta noche les daremos carácter oficial en todo Voraczy.

Ambos jóvenes bajaron las gradas del templete y tomaron lentamente la senda que conducía al castillo. Mirtea apoyábase en el brazo de su prometido.

El príncipe Arpad, con aquella voz cálida y acariciadora que usaba en otro tiempo al dirigirse a su hijito, refería los recuerdos de los meses precedentes, manifestaba los temores y las esperanzas que había abrigado.

De pronto, interrumpiéndose, preguntó:

—Y ahora, Mirtea, ¿no puede usted decir a su prometido por qué lloraba hacía

poco?

Sonrojóse la joven, vaciló un instante y respondió, con acento algo tembloroso:

—Acababan de decirme... Creía que la vizcondesa de Soliers...

Interrumpióse, sin saber cómo proseguir.

El príncipe detúvose bruscamente.

—¿La condesa?... ¿Quiere usted decir que alguien ha sido bastante necio para suponer que pudiera yo haber pensado en ella?

—Sí, es esto...

El príncipe soltó una ligera carcajada. Tomó las manos de Mirtea, y exclamó con dulce ironía:

—¡Oh, amada ciegucecita mía! ¿Cómo ha podido usted creer tan sólo un minuto? ... Veamos: ¿ha visto usted en mi conducta algo que, siquiera por un instante, le haya dado motivo para pensar que hubiese yo concebido semejante idea?

—No, nada absolutamente; es muy cierto —respondió la joven sin vacilación—. Pero, en fin, no era tampoco cosa inverosímil... La vizcondesa estaba muy amable, muy lisonjera...

¡Oh, ya lo creo!... Y aún dejaba ver algo..., por no decir demasiado, su deseo de llegar a ser princesa Milcza —dijo el príncipe, con burlona sonrisa—. Pero ¿quién le ha insinuado esta extraordinaria idea, Mirtea?

—¡Oh, déjelo, Arpad! No le importa saberlo.

—Sí me importa; tengo empeño en saberlo... Preciso es que sea alguien bastante necio... o demasiado malévolo, pues de otro modo nadie hubiera albergado aquí semejante pensamiento, dada la frialdad con que siempre he respondido a las insinuaciones de la vizcondesa y de su padre... Dígame el nombre de esa persona, Mirtea...

—¡No, Arpad; no puedo! —respondió firmemente la joven.

—¿Por qué? ¿Lo habré adivinado entonces al hablar de malevolencia? ¿He de pensar que alguien ha tratado de recrearse viéndola sufrir?

Mirtea no contestó y reanudó el paso. El príncipe reflexionaba, fruncidas las cejas:

—Ya comprendo, ya sé quién es —dijo al cabo de unos momentos—. Ya sé quién la detesta a usted aquí... Pero yo le respondo de que también sabré castigarla...

—¡Oh, no, Arpad, por favor! —exclamó dirigiéndole una mirada suplicante—. Somos ahora tan felices, que es preciso que todos lo sean en torno nuestro.

El príncipe miró a su prima dulcemente conmovido, y contestó:

—Las heridas que se infieren al orgullo son saludables, y las que destino al alma envidiosa que le ha causado esa pena... Dejemos esto, Mirtea —añadió, viendo el gesto de protesta de la joven. Si hay cosa en el mundo que difícilmente pueda perdonar es la perfidia y la falta de corazón... Y hacia usted más todavía, que ha sido tan admirablemente buena para todos.

Alcanzaban en aquel momento los jardines. El príncipe cogió al paso dos rosas

blancas y deslizó una en el talle de Mirtea, mientras la joven prendía otra en el ojal del chaquet de su primo.

—Llevo, sus colores, hada mía —dijo alegremente Arpad, besando los dedos que acababan de decorarle.

Como diesen vuelta a uno de los invernaderos, divisaron de lejos a Renato, que brincaba con *Hadj y Lulá*, mientras que Mitzi andaba tranquilamente con un libro en la mano. Los perros se lanzaron al encuentro del príncipe y de Mirtea.

Renato, cesando en sus evoluciones, llegóse también con Mitzi al lado de la feliz pareja. Por más que la firmeza que con él usaba su hermano no recordase la severa dureza de otros días, el muchacho temíale aún y no se hallaba tranquilo sino al lado de Mirtea, pues no había sido el último en observar la influencia de su prima en todos los actos del príncipe Milcza.

En cuanto a Mitzi, había llegado a ser la preferida de su hermano mayor, como lo era ya de Mirtea. Su naturaleza afectuosa y tierna demostraba gran cariño a los que apreciaba, a pesar de su apariencia algo fría.

—¿Siempre estudiando, Mitzi? —dijo el príncipe acariciando los rubios cabellos de su hermanita—. Has de correr también algún rato como este diablillo...

Y su mirada sonriente fijóse en Renato, que se había apoderado de la mano de Mirtea, y apoyaba en ella sus labios.

—¿Amas mucho a tu prima, Renato?

—¡Oh, sí, sí! —dijo calurosamente el muchacho.

—Entonces, te gustará saber lo que ahora mismo vamos a decirte.

—¿Qué es? —preguntó vivamente el muchacho.

—Esta noche vas a saberlo.

—Será algo agradable para Mirtea, pues sus ojos brillan, brillan... cómo estrellas. El príncipe y Mirtea sonrieron.

—¡Buen observador estás!... Pero a fin de moderar un poquito tu curiosidad, Renato, vas a decirme, y Mitzi también, lo que deseáis que os regale con ocasión de cierta gran felicidad que está por llegarnos. Prometo que contentaré vuestros deseos a condición que sean juiciosos, naturalmente.

Renato, relampagueantes los ojos, contestó sin vacilar:

—¡Oh, a mí me gustaría tanto un caballo, Arpad!... Un lindo caballito negro, como el de Bela Dorayi... ¿No es juicioso esto, Mirtea? —preguntó el muchacho con cierta inquietud y levantando los ojos hacia la joven.

—Es claro..., me parece que sí... ¿No es cierto, Arpad? —añadió Mirtea, mirando al príncipe.

—¡Lo es! —confirmó éste—. Tendrás ese caballito que deseas, Renato... ¿Y Mitzi? ¿Qué quiere Mitzi?

La niña ruborizóse y contestó tímidamente:

—Yo quisiera mucho mucho dinero.

—¿Dinero?... ¿Qué codicia es ésa? —exclamó el príncipe, con tono sorprendido.

Mitzi ruborizóse más intensamente y balbució:

—Hay muchos niños que padecen hambre y otros que nunca tienen ni juguetes ni dulces. ¡Me gustaría tanto poder dárselos a todos! La mirada del príncipe, profundamente conmovida, fijóse en la niña, y sus labios murmuraron:

—¡Ha sacado usted una buena discípula, Mirtea!... Ven acá que te abrace —añadió con dulce ternura, dirigiéndose a su hermanita—. Me alegra verte tan caritativa, y tan buena. Te daré lo que quieras, ¿oyes?... todo lo que quieras.

—¡Oh, Arpad! —contestó Mitzi, radiante de alegría—. ¡Cuánto te amo!

—Y yo también, queridita mía, te quiero muchísimo... Y a Renato lo mismo cuando es juicioso —añadió, sonriendo, el príncipe.

Renato, que no dejaba de tener algunos pecadillos en la conciencia, bajó un instante la cabeza; pero la levantó en seguida, y pasando la mano bajo el brazo de Mirtea, le dijo con tono de misterio:

—Ya he descubierto por qué brillan tanto tus ojos, Mirtea, y por qué está Arpad tan contento.

—¿De veras? ¿Y por qué?

Renato dirigió la vista a su hermano con cierto temor.

—¿No me reñirás si digo lo que he adivinado?

—No, no temas —dijo Mirtea, sonriendo—. Vamos a ver, ¿qué has adivinado?

—¡Qué te casarás con el príncipe Milcza! —exclamó, triunfalmente, Renato.

—¡Vamos, no está mal el observador! —dijo jovialmente el príncipe—. Pero procurarás tener cerrado el pico hasta que yo te permita abrirlo para hablar de esto. Ya sabes que no soporto a los indiscretos ni a los charlatanes.

—¡Oh; no diré enteramente nada! —replicó gravemente Renato—. ¡Pero estoy contento, muy contento! —añadió haciendo una soberbia cabriola, en tanto Mitzi, apoyando mimosamente su carita contra la mano de su hermano mayor, decía con gozoso acento:

—¡Oh, qué dicha, Arpad! ¡La quiero tanto a nuestra Mirtea!...

—¡Nuestra Mirtea!... —repitió el príncipe, con dulce fervor.

Dirigiéronse los cuatro hacia el castillo... Irene, inclinarla sobre los balaustres de la terraza, palideció al divisarlos.

—Le he dicho que habría esta noche una novia en Voraczy... ¿Habré estado, por azar, en lo cierto? —murmuró apretando los dientes.



## Capítulo 16

**L**a magnífica recepción dada por el príncipe Milcza en honor del archiduque Francisco Carlos fue ocasión propicia para una presentación solemne de la nueva novia a toda la nobleza, que acudió a la invitación del joven magnate.

Mirtea, cuya soberana belleza admiró a todo el mundo, vestida con una vaporosa y sencilla toilette blanca, obtuvo un éxito triunfal, capaz de envanecer a otra joven menos sensata y seria que ella.

El archiduque y todos los invitados, maravillados ante aquella gracia exquisita unida a la más encantadora modestia, felicitaron calurosamente al príncipe Arpad cuya mirada expresaba una dicha contenida, pero profunda.

Pasada aquella fiesta, para la cual desplegó el príncipe todos los esplendores de otro tiempo, Voraczy entró en un nuevo período de calma y de intimidad. Los novios, acompañados de la condesa Gisela, de Terka y de Mitzi, permanecieron pocos días en París con objeto de escoger la canastilla de boda de la futura princesa y asistir, de pasó, al bautizo de la hijita de Albertina. La señora de Millon había escrito a Mirtea solicitando que fuese madrina de su nieta y dejando entender que verdaderamente no sabía a quién elegir como padrino, ya que su parentela era sumamente reducida.

El príncipe Arpad, al enterarse de aquella velada solicitud, había contestado al momento:

—Pues, si les parece bien, seré yo el padrino.

Nadie dijo que no... ni siquiera Pedro Roland, que debió de estremecerse hasta el fondo de su alma de fogoso demócrata al pensar que un príncipe iba a ser padrino de su hija. Y no fue, por cierto, quien se mostró menos entusiasta ni menos orgullosamente gozoso.

Verdad es que el príncipe Milcza portóse como el fénix de los padrinos. Además de un soberbio obsequio a la madre, constituyó para la niña un lindo capitalito, cuya renta debía servir para su educación...

En cuanto a la madrina, recibió con semejante motivo la más preciosa corona que jamás adornó frente alguna de princesa.

—Para tu presentación en la corte, Mirtea —dijo su prometido al ofrecérsela.

Ofrecíale relativamente pocos regalos, exceptuando los requeridos por su rango, pues conocía los gustos de su prometida esposa. Pero le dedicaba mil delicadas atenciones que le encantaban más de lo que hubieran podido hacerlo todas las maravillas del mundo. Así, habiendo llegado a su noticia que los muebles de la condesa Gisza-Elyanni continuaban depositados en casa de una vecina de las señoras Millon, hízolos transportar secretamente a un cuarto de su palacio y luego condujo a él a Mirtea, que se conmovió hasta el punto que brotaron las lágrimas de sus ojos al encontrarse en presencia de tan queridos recuerdos y también al darse cuenta de la delicada atención de que era objeto.

Los novios regresaron alegremente a Voraczy, residencia amada de ambos como

ninguna otra. Algunos días después de su llegada, el príncipe Milcza solicitó hablar a solas con su madre para comunicarle lo que tenía proyectado hacer respecto a sus hermanas y a su hermano. A Renato, cuando alcanzara su mayoría de edad, le entregaría el dominio de los condes Zolanyi, rescatado por él después de la muerte del segundo marido de la condesa; Terka y Mitzi disfrutarían de soberbias dotes.

—En cuanto a Irene —añadió el príncipe—, me reservo participarle yo mismo lo que estoy dispuesto a hacer por ella. Hágame el obsequio de decirle que venga a hablar conmigo mañana por la mañana.

La joven pasó el resto del día y toda la noche en verdadera angustia. No era, evidentemente, un tratamiento de favor el que le reservaba su hermano. Desde los esponsales, el príncipe había adoptado con ella una actitud, de absoluta indiferencia. No le dirigía nunca la palabra, y al paso que colmó de regalos a Terka y Mitzi durante su estancia en París, nada trajo para Irene, que durante ese tiempo permaneció en el castillo de Selzy, en casa de su madrina, la condesa Sarolta Gisza, mientras que Renato vio llegar, dirigido a él, un lindo cochecito y un *poney*, que realizaron todos sus deseos.

El príncipe parecía querer olvidarse de ella en absoluto... Y la mayor amargura iba infiltrándose en el alma de Irene, no contra su hermano, sino contra Mirtea, amargura tanto más intensa, cuanto no podía ni se atrevía, ni mucho menos, hacerla sentir a su prima.

Con el alma llena, pues, de sorda angustia entró al día siguiente en el despacho de su hermano.

El príncipe, que estaba escribiendo, le designó una silla, diciéndola fríamente:

—Siéntate, Irene; estoy para ti dentro de cinco minutos.

¡Cinco minutos!... Cinco siglos fueron para la inquietud creciente en el corazón de la joven al observar la glacial fisonomía de su hermano.

Sobre la mesa había un gran retrato de Mirtea vestida de blanco y cubierta de flores, lo mismo que la divisó el príncipe Milcza cierto día junto a un bosquecillo. Aquella fotografía hizo que subiera al cerebro de Irene una oleada de cólera envidiosa.

El príncipe soltó, al fin, la pluma y se recostó ligeramente en el sillón para fijar en su hermana aquella mirada que conservaba para ella la dureza de otro tiempo.

—Mi madre te habrá explicado seguramente lo que tengo intención de hacer para facilitar el porvenir de Terka, Mitzi y de Renato.

Irene respondió afirmativamente con voz sofocada por la emoción que le oprimía la garganta.

—Meses atrás abrigaba yo para ti iguales intenciones a pesar de la impresión poco favorable que me producía tu malevolencia respecto a aquélla a quien todos debemos tanto y que se ha mostrado, no obstante, tan paciente y tan buena contigo. Pero recientemente ocurrió cierto hecho que me reveló que no se trataba solamente de envidia, de antipatía pasajera. Cuando una mujer, de un modo frío y deliberado,

inflige una herida profunda a otra mujer que nunca le ha hecho más que bien; cuando no teme, en su rabia envidiosa, darle a entender lo que sabe que nunca ha existido, para darse el atroz placer de hacerla sufrir, no tengo, por mi parte, más que una sola palabra para calificar semejante acto: la llamo pérfida cobardía... Y juzgué que aquella que se hizo culpable de una felonía de tal naturaleza no era digna de que la tratase como hermana mía.

Pálida y temblorosa, Irene mantenía bajos los ojos. Parecía que súbitamente se desplomaba todo en torno suyo.

—Sin embargo —prosiguió el príncipe—, a reiteradas instancias de Mirtea, cuya caridad no conoce límites, he consentido en volver sobre mi decisión. Recibirás igual dote que Terka y Mitzi... pero tengo verdadero empeño en hacerte presente que lo debes a Mirtea, sólo a Mirtea...

Los cerrados labios de Irene entreabrióronse para dar salida a estas palabras:

—De esta manera, no lo quiero...

—¡Oh, como te parezca! —repuso el príncipe con el mismo tono glacial e incisivo—. Pero no es así como podrá tener realización el rico y brillante matrimonio soñado por tu cerebro fútil. Reflexiona, pues, y mañana me contestarás.

Irene se levantó bruscamente, dominada por insensata cólera, que no le daba lugar a reflexión alguna.

—¡No mañana..., hoy! ¡No quiero nada de ella! ¡La aborrezco a esa hipócrita, a esa intrigante!...

La irascible joven vio de pronto a su hermano de pie ante ella, su muñeca oprimida por una mano dura y unos ojos centelleantes de irritación que le hicieron bajar aterrada los suyos.

—¿Te atreves a insultarla, miserable, envidiosa? ¡Yo te obligaré a que le pidas de rodillas un perdón que no mereces!

—¡Me lastimas! —tartamudeó Irene.

El príncipe soltó a su hermana y, súbitamente, dueño otra vez de sí mismo, díjole con calma glacial:

—Creo que, en efecto, no tienes necesidad de que yo te ayude para establecer tu porvenir. Compite como quieras: yo me desentiendo en absoluto de una criatura ingrata y sin corazón.

Irene salió del despacho del príncipe temblando y casi lívida. En sus oídos zumbaban terriblemente las últimas frases de su hermano... Llegó al salón, sin saber cómo se dirigió a él, y se dejó caer en un sillón, pues sus piernas, temblorosas, se negaban a sostenerla.

Sacudíanla de pies a cabeza sobresaltos nerviosos y apoyada la frente contra el respaldo del asiento, lloraba convulsivamente, retorciéndose las manos.

De pronto abrióse una puerta. Mirtea entraba con los brazos llenos de flores para adornar los jarrones del salón.

—¡Irene! —exclamó con angustiosa sorpresa.

La joven se irguió bruscamente, como si la hubiese tocado algún venenoso insecto, y mostró su rostro congestionado, cubierto de lágrimas, y sus ojos centelleantes de furor.

—¿Tú aquí?... ¿Otra vez tú? ¿No basta ya humillarme, hacerme arrojar una limosna por él?... Necesitabas todavía gozarte en lo que tan perfectamente habías preparado...

—¡Irene!..., ¿qué estás diciendo? —murmuró Mirtea; palideciendo intensamente.

—¡Te aborrezco! —continuó Irene, con creciente exaltación—. No eres más que una hábil comedianta... Bien has sabido desempeñar tu papel... Ahora haces de él lo que quieres, y te aprovechas para excitarlo contra mí, a quien detestas.

—¡Oh, Irene! Yo he hecho todo lo contrario para...

La joven sonrióse convulsivamente.

—¡Ah! ¿Crees que podrás engañarme también a mí? ¡Hay tantas maneras de preparar las cosas para hacer perder a las personas en el concepto de alguien simulando que se habla en favor suyo!... Y él a pesar de su inteligencia, ¡cae fácilmente en el lazo!... Mira lo que debo a tu bienhechora intervención cerca de mi hermano —añadió, mostrando su muñeca en la que se veía la señal de los dedos del príncipe Milcza—. Me ha lastimado así porque te he tratado como te mereces... Creí que iba a matarme... ¿Y piensas que no te odio?

Irene volvió a retorcerse violentamente las manos y se dejó caer en el sillón, presa de una terrible crisis nerviosa.

Mirtea, asustada, se precipitó hacia el timbre, dejando caer al suelo las flores. Luego volvió al lado de su prima, tratando en vano de calmarla.

La condesa Gisela y Terka llegaron inmediatamente, y, poco después, el doctor Heday. Irene se apaciguaba poco a poco, pero agitaba todo su cuerpo un temblor convulsivo y dominábala una violenta fiebre.

Su madre, su hermana y Mirtea no la abandonaron durante aquel día ni en la noche siguiente. La joven era víctima de un delirio, y con gestos de espanto murmuraba:

—¡Va a matarme!... ¡Tengo miedo!

Mirtea colocaba entonces la mano sobre la frente de su prima, y ésta calmábase algo... Hacia la madrugada durmióse bajo la dulce caricia de aquella mano infatigable, y el doctor Heday declaró con visible satisfacción:

—¡Gracias a Dios, desaparece mi inquietud! No tendremos las complicaciones cerebrales que temía. La condesita ha debido experimentar una violenta conmoción moral, y, como es muy nerviosa; ha resultado de ello un quebranto excesivo, que se calmará poco a poco.

La fiebre descendía, en efecto; apaciguábase la agitación, que sólo reaparecía ya a intervalos cada vez más largos. Pero la enferma permanecía silenciosa y sombría; cualquier ruido de pasos en los corredores la hacía estremecer, y al oír pronunciar por Terka el nombre de Arpad, tuvo una recrudescencia de fiebre.

—Ayer hubo una terrible escena entre él y ella —explicó Mirtea, a la condesa Gisela, sorprendida del efecto producido.

Al cabo de algunos días, la mejoría acentuóse definitivamente. Irene recobraba las fuerzas abatidas por la fiebre y la fatiga nerviosa. Pero permanecía meditabunda y triste, a pesar de todos los esfuerzos de su madre, de Terka y Mirtea, y no demostraba prisa ninguna en abandonar su habitación para reanudar su vida acostumbrada.

Habíase dejado cuidar por su prima, primero inconscientemente, durante su delirio; y no protestó cuando, al recobrar el conocimiento, reconoció a Mirtea en aquella vigilante y asidua enfermera cuya mano apaciguó sus más penosos accesos. Parecía reflexionar mucho; su palabra era cada vez menos breve, y endulzábbase su mirada para aquella que no cesaba de cuidarla con discreta abnegación.

Una tarde muy soleada, Mirtea entró con el sombrero puesto y dijo, resueltamente, a Irene:

—Anda; vente a dar una vueltecita conmigo. Aquí te estás anemiando; es absolutamente preciso comenzar a salir.

Irene movió la cabeza negativamente.

—Todavía no, Mirtea; no me siento aún bastante fuerte...

Mirtea se inclinó hacia ella y, tomándola una mano, la miró sonriendo.

—Di más bien que todavía tienes miedo... un miedo infantil, irrazonable...

Irene sonrojóse.

—Sí, es verdad —murmuró.

—¡Qué locura, Irene!... Me ha encargado que te manifieste su pesar por lo sucedido, y su deseo de que no vuelva a hablarse de ello nunca más... ¡Oh, le he reñido muchísimo, te lo aseguro, por haberse excedido contigo, sin miramiento!

—Lo merecía —dijo francamente la joven—. ¿Te refirió el modo como te traté?

—No he sabido, ni quiero saber nada, Irene.

—Sí, lo sabrás, porque quiero yo decírtelo. Te llamé hipócrita e intrigante... Y fui muy mala contigo, diciéndote una mentira a propósito de la vizcondesa de Soliers... ¡Oh, comprendo que le inspire horror!

—¡Cállate, Irene! No te excites recordando esas viejas historias. Bien sabes que todo se ha dado al olvido... Anda, ven conmigo a ver la nueva disposición que se ha dado al gran invernadero.

Después de corta vacilación, Irene púsose su sombrero y siguió a suprima. Anduvo lentamente apoyada en su brazo, y ambas dirigieronse, al invernadero; pero, de pronto, la condesita detúvose y palideció.

El príncipe Milcza conferenciaba con el jardinero en jefe... Pero al divisar a su hermana y a su novia, adelantóse vivamente hasta ellas con las manos tendidas hacia la convaleciente.

Conmovida por aquella cordialidad inacostumbrada, Irene sonrojóse y se deshizo en lágrimas.

Mirtea la llevó hacia un banco y le hizo tomar asiento entre el príncipe y ella.

Irene sollozaba en el hombro de su prima; pero se calmó pronto al oír las palabras afectuosa de su hermano y de Mirtea, y sonrió, al fin, a través de sus lágrimas.

—No había conocido a Mirtea —dijo—; y ahora hago como todos los demás: la quiero porque ella ha demostrado amarme aun no mereciéndolo.

—¡Irene, ésta es la palabra que desvanece las últimas nubes que pudieran existir entre nosotros! —dijo el príncipe, inclinándose hacia su hermana besándola en la frente.

Era su primer beso fraternal después de muchos años, e Irene, sumamente conmovida, vio en él la señal de un perdón completo.

\* \* \*

El matrimonio del príncipe Milcza y de Mirtea celebróse hacia mediados de septiembre. El día presentóse tan hermoso y soleado, que no parecía sino que aun el mismo cielo hubiese querido festejar a los jóvenes esposos y contribuir al mayor esplendor de la ceremonia.

En la capilla, harto pequeña y ornada de flores con maravillosa profusión, apenas cabían los nobles invitados, entre los cuales figuraban todos los Gisza, excepto el conde Mathias, que no se había consolado aún. El sol, atravesando las vidrieras de colores, inundaba de policroma luz los adornos suntuosos, formaba un nimbo sobre la cabeza de la joven desposada, admirablemente hermosa con su toilette de muaré argentado, y rodeaba de claridad al príncipe Milcza, que llevaba con inimitable elegancia su soberbio traje de magnate húngaro.

En el altar, el padre Joaldy ofrecía el santo sacrificio. El arzobispo de G..., tío mayor del príncipe Arpad y pariente lejano de Mirtea, dio da bendición nupcial después de pronunciar una delicada alocución sobre los deberes conyugales, sobre la dicha, superior a todas las pruebas, que aguarda a los esposos unidos en la misma fe, en la misma celestial esperanza.

Y en tanto, Mirtea pensaba con radiante alegría: «¡Así es como seremos, Dios mío, ya que os habéis dignado conducirlo de nuevo hasta Vos!». El príncipe Arpad, dirigiendo su mirada desde el amado rostro, transfigurado por el fervor, hasta la cruz, alzada sobre el tabernáculo, decía desde el fondo de su corazón: «¡Gracias, Dios mío, de haberme concedido este ángel para sostener e iluminar mi vida!».

Terminada la ceremonia, dirigieronse los esposos a la sala de los Magnates, donde desfilaron ante ellos todos los concurrentes: parientes, amigos, servidores, terrazgueros... Todas las pobres gentes socorridas por Mirtea estaban allí también, devorando con ojos a su joven princesa, radiante de felicidad.

Avanzaban uno a uno, besando su mano y la del príncipe Arpad, a la vez que murmuraban votos por que fuese duradera su dicha...

Acogiales Mirtea con su más linda sonrisa y dulces miradas.

Una mujer, joven todavía, de negros cabellos entrecanos, adelantóse la última, temblando, baja la vista. Al contemplarla, crispáronse las facciones del príncipe...

La mujer estaba ante él, humillada, casi de rodillas. Por un esfuerzo supremo sobre sí mismo, el príncipe tendió, al fin, su mano, que Marsa rozó con sus labios.

—¡Gracias, señor! —prosiguió la mujer, con sofocado acento.

Y, levantándose, dirigió una mirada de ardiente reconocimiento a la joven princesa, que le sonreía.

\* \* \*

La comida en la sala de los Banquetes reunió en ella, además de todos los nobles invitados, todo el alto personal de Voraczy. Más que suntuosos podía, con razón, calificarse de mágico aquel convite. Terminados los postres, levantóse el arzobispo y tomó de manos del padre Joaldy una copa de lapislázuli circuída de oro y rodeada de magníficas gemas. Desde tiempo inmemorial aquella copa había servido en el matrimonio de todos los príncipes Milcza... El prelado la llenó de vino de Tokay, la bendijo y dirigiéndose hacia los nuevos esposos, la ofreció al príncipe Arpad.

Con arreglo al rito tradicional en Voraczy, era el esposo quien debía primero mojar en ella sus labios, afirmando así su conyugal supremacía, y después la ofrecía a su esposa. Así, no fue poco el movimiento de sorpresa que ocurrió en la asamblea cuando se vio al príncipe inclinarse hacia Mirtea con gesto tan respetuoso como caballeresco, y aproximar él mismo a los labios de su esposa la copa deslumbrante. Luego bebió él a su vez, en tanto los comensales, en pie, aclamaban a los nuevos esposos.

Mientras la concurrencia se esparcía por los salones, el príncipe y Mirtea dirigieronse a dar una vuelta a lo largo de las mesas preparadas en los jardines para los terrazgueros y pobres de la comarca. Acogieronles entusiastas los *aljen*; los infelices, arrancados a la miseria o a la desesperación por aquélla a quien corrientemente llamaban «nuestro ángel», besaban la orla del vestido de Mirtea.

El príncipe, visiblemente embelesado, llevóse, sin embargo, pronto a su esposa, pues Mirtea, a pesar de su energía, no podía disimular del todo el cansancio que experimentaba después de la larga ceremonia de la mañana y de la comida interminable, como la tradición requería.

—Ahora podrás descansar, amada mía. Mi madre y mis hermanas se ocuparán de nuestros huéspedes. ¿Vamos a dar un paseo por el parque? El aire fresco tal vez disipará esa ligera jaqueca.

—¡Oh, con mucho gusto! Pero ¿no tenías algo que pedir a monseñor Gisza antes de que partiese?

—¡Es verdad! Ya ves cómo necesito estar cerca de mi mujercita para no descuidarme de nada... Aguárdame breves momentos, amada mía. Pronto vuelvo a

reunirme contigo.

El príncipe atrajo hacia sí a Mirtea; besóla en la frente, y se alejó con rápido paso. Súbitamente, sin saber por qué, apoderóse de Mirtea una rara impresión de indefinible temor.

Sintió vehementes deseos de llamar a su esposo, de gritarle: «¡No me dejes, no te apartes de mi lado!».

Pero procuró tranquilizarse de aquella sensación, que juzgó pueril, imaginando que la fatiga de aquel día la habría puesto nerviosa. Dentro de pocos momentos le contaría a Arpad aquella singular idea, y ambos se reirían de su miedo infantil.

Mirtea dirigióse lentamente hacia el parque. Penetraba en el alma dulcemente el sosiego de un luminoso atardecer, impregnado del encanto particular de los primeros días otoñales. Los follajes tomaban ya cálidos tintes; el sol, en su declinación, esparcía en el ambiente una tibieza exquisita.

Como pasase junto a un bosquecillo, oyó que se removían las hojas, y no pudo reprimir un movimiento de espanto cuando una mujer, cubierta con un negro manto de capuchón, se irguió de repente ante ella.

—¿Qué hace usted aquí? —dijo Mirtea, recobrándose al momento.

La desconocida, en vez de responder, interrogó en alemán, pero con acento extranjero:

—¿Ha visto usted un retrato de la princesa Alejandra?

—Sí... Pero ¿qué significa...?

Con gesto brusco, la mujer bajóse el capuchón, y una exclamación de sorpresa sofocóse en la garganta de Mirtea...

Tenía ante sí a Alejandra... Sí, aquéllos eran sus rasgos... aquélla, su mirada...

Parecióle a Mirtea que su corazón cesaba de latir... La extranjera envolvía en una mirada de odio a la joven, más blanca en aquel momento que su traje de desposada.

—No esperaba usted esta resurrección, ¿verdad, princesa? —profirió la aparecida con tono incisivo.

—Entonces usted... ¿no está muerta?

Las palabras surgían maquinalmente de los pálidos labios de Mirtea; no tenía conciencia de lo que decía; cubría un velo su mirada; y parecíale que todo se derrumbaba en torno suyo...

—Así parece, pues estoy delante de usted. Es una verdadera sorpresa, ¿no es cierto? Créase a esa pobre señora Bornett muerta y enterrada. Por desdicha para alguien ha sobrevivido, y noticiosa del segundo enlace del príncipe Milcza, ha sentido la curiosidad de conocer a la que la sustituía, a esa joven griega que tiene fama de ser tan hermosa... ¡Oh, la fama no ha mentido! Soberanamente bella lo es usted —añadió con envidiosa mirada—. Y aún se dice que todo el mundo la ama... ¡Y él sobre todo! Goza usted de todas las felicidades, la vida se le anuncia radiante..., y, sin embargo, una palabra mía puede arrebatarlo todo.

La mirada de aquella mujer, algo velada por sus párpados caídos, escrutaba la



rígida fisonomía de Mirtea.

—... Cuando se sepa que yo vivo, todo cambiará para usted. La Iglesia declarará nulo su matrimonio; los que hoy la colman de homenajes, se alejarán de su lado. Esto es lo que aguarda a usted, princesa Milcza, si Alejandra Oulousof declara que vive... Pero depende de usted que permanezca en la tumba. Bastará para esto...

Detúvose un segundo. Mirtea la contemplaba fijamente.

—... Bastará que me ayude usted en el grave apuro de dinero en que me hallo. Por razones inútiles de explicarle, me he separado de mi segundo marido, y estoy casi en la miseria. Usted es la esposa del más opulento magnate de Hungría. Fácil le será entregarme la cantidad que necesito... o bien, si lo prefiere, algunas de las joyas de que la habrán colmado. Entonces le haré el juramento de callarme...

Mirtea, al oír semejante proposición, experimentó un violento sobresalto. Hasta entonces, las palabras de la extranjera llegaban a sus oídos como una especie de zumbido. En el espantoso trastorno de su espíritu, en la tortura de su corazón, no llegaba a alcanzar exactamente su sentido. Pero esta vez comprendió demasiado...

—¡Cállese usted!... ¡Es odioso eso que dice! —exclamó con sofocado acento y extendiendo la mano—. ¿Por quién me ha tomado usted?... ¿Cree, acaso, que mi conciencia podría permitirme ejercer un engaño tan sacrílego?... Si dice usted la verdad, soy yo misma quien la revelará a todos... y no habrá ya princesa Milcza — profirió quebrándosele la voz.

Un relámpago de viva contrariedad cruzó por la mirada de Alejandra.

—Vamos, no abandonará usted su brillante posición por simples escrúpulos de conciencia —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Qué sería del príncipe Milcza sin usted? ¿Acaso podría soportar esa nueva desdicha?

¡Oh, qué atroz dolor trituraba el corazón de Mirtea!

—... ¡Y usted misma, que tanto debe quererle, usted, que es joven y cuya existencia quedará así destrozada en el momento en que iba a gozar la más embriagadora felicidad!... Todos esos sacrificios, todos esos sufrimientos puede evitarlos fácilmente el silencio..., el silencio y una corta suma...

Mirtea irguióse bruscamente y extendió las manos en un impulso de toda su alma leal y pura.

—¡Cállese usted..., retírese, miserable tentadora! No quiero escucharla ni un momento más. Monseñor Gizza está aquí todavía; vaya usted a revelar la verdad... Yo partiré al momento;... seré Mirtea Elyanni como ayer..., y Dios nos concederá la gracia de la resignación —concluyó con voz ahogada.

La extranjera no pudo reprimir un gesto de furor.

—¿Está usted loca? —gritó—. Es preciso que acepte lo que propongo. ¡Lo exijo! ... ¿Me entiende usted? —agregó, asiendo por el puño a Mirtea y apretándoselo con violencia, mientras sus pálidos ojos azules la miraban con irritada expresión.

—¡Suélteme usted o llamo! —dijo firmemente Mirtea—. No está lejos de aquí la casa de los guardas rurales y me oirán en seguida... Y si el príncipe la ve a usted, no

respondo de nada.

Las bellas facciones de la extranjera pusiéronse convulsas. Agitábalas una rabia intensa. Soltó, sin embargo, la muñeca de Mirtea, y exclamó con sordo furor:

—¡Es usted una estúpida y loca criatura!... Pero yo sabré alcanzar mis propósitos de un modo o de otro. Todavía oirá usted hablar de mí, princesa Milcza —dijo, cubriéndose nuevamente con el capuchón y alejándose con rápido paso.

Mirtea permaneció un instante inmóvil, petrificada, como sumida en el más horroroso anonadamiento. Luego, pasándose con gesto maquinal la mano por la frente, tomó al azar por un sendero del parque. Dejaba que arrastrase por el suelo la larga cola de su vestido muaré, que centelleaba a los rayos del sol poniente. Carecía casi por completo de ideas; sentíalas vacilar en su cerebro, comprimido por espantosa angustia...

Encontróse de pronto ante el templete griego. Atroces dolores mordíanle el corazón... En este mismo sitio tuvieron lugar sus esponsales; en ese poético recinto conoció ella lo que representaba para él. Una gran postración invadió de repente a Mirtea; dobláronse sus piernas, y sólo tuvo tiempo de dejarse caer sobre una de las gradas del templete. Allí, hundida la frente en las manos, abismóse en un dolor silencioso; su alma agonizaba ante la horrorosa realidad. No pensaba en sí misma, no... Pensaba en él, sólo en él..., a quien se representaba desgarrado el corazón, desesperado, acaso, como nunca...

De pronto acordóse que por dos veces había pedido a Dios sufrir a fin de que concediese al príncipe Milcza la gracia de la dicha temporal y, sobre todo, la eterna.

—«¡Oh, Dios mío, para mí lo que dispongáis! Pero él... ¡él que tanto ha sufrido ya!».

Como punzante ironía, los sonos de una orquesta de tziganos llegaban hasta ella ritmando una szarda... ¡Todo, Voraczy ardía en fiestas en honor suyo!... en honor de aquel matrimonio cuya nulidad sabríase pronto... De aquellas conmovedoras ceremonias, de aquel júbilo y magnificencia, no iba a quedar nada...

Nuevamente vería Voraczy un hombre de mirada sombría, que vagaría solitario a través de su inmenso dominios desbordante de pesar el alma... y tal vez de odio contra la «otra».

—¡Dios mío; tened piedad! —gimió Mirtea, que desfallecía, agobiada por aquel martirio moral.

Pensaba aterrorizada que iba a verle, que era preciso revelarle la atroz verdad, asistir a su trastorno, a su desesperación, luchar, tal vez, para que prevaleciesen los derechos imprescriptibles de la ley divina...

—¡Oh, no! ¡No quiero ahora!... —murmuró, comprimiendo su pecho, donde latía violentamente el corazón— ¡Es indispensable que parta!... ¡Le escribiré!...

No pensaba en las imposibilidades que ante ella se alzarían, privándola de realizar su propósito. Un espanto irrazonable, un temor horrendo de ver el dolor del príncipe la alocaban, la hicieron levantar del suelo, pronta a huir al azar...

Pero era demasiado tarde para intentarlo... Sonó un paso conocido... El príncipe llegaba apresuradamente, radiante el rostro.

—¡Por fin, Mirtea, heme aquí ya! Mi excelente tío me ha detenido un poco... Pero ¿qué es eso? ¿Qué tienes, amada mía?

Pronunció estas palabras el príncipe con tono de terror, lanzándose hacia Mirtea, cuyo rostro estaba descompuesto y los ojos casi extraviados.

La infeliz extendió las manos, balbuciendo:

—¡Oh, Arpad, déjame!... Ya te explicaré, pero no soy, no puedo ser tu esposa...

—¡Mirtea!

La joven comprendió en su fisonomía y en el sonido de su voz que la creía loca.

—¡Oh, no! ¡Estoy en todo mi juicio! —díjole con voz quebrada—. ¡Es preciso separarnos Arpad; Dios no permite que yo llene a tu lado los deberes que había aceptado con tanta dicha!...

—¡Mirtea!... ¿Qué quieres decir? —exclamó el príncipe, asustado y tomándole la mano.

—Alejandra vive... la he visto... —murmuró la desdichada con voz tan débil, que Arpad la oyó apenas.

—¡Alejandra! —exclamó, mirando a Mirtea con estupor.

Ésta observó que reaparecían los temores que había demostrado el príncipe.

—¡No; Arpad, no estoy loca, puedes creerlo! La he visto ahora mismo en los jardines... Me ha dicho que había escapado a la muerte, que se había separado de su segundo marido... y ha tenido la audacia, el cinismo, de ofrecerme el silencio si le entregaba una cantidad.

El príncipe interrumpió bruscamente a su esposa:

—¿Era una mujer joven, que se parecía a Alejandra?

—Sí... ¡Oh, era ella misma! Como había visto su retrato, la he reconocido al momento.

—El príncipe soltó la mano de Mirtea, y sacando de su bolsillo un silbato de oro que utilizaba para llamar a sus guardas cuando tenía algo que decirles durante sus paseos por el parque, produjo un sonido prolongado. Luego volvióse hacia Mirtea, que le contemplaba estupefacta, la tomó las manos y, mirándola tierna y profundamente, díjole:

—¡Oh, sí, eres mi esposa ante Dios y ante los hombres, amada mía! Has sido víctima del engaño de una miserable aventurera...

De la garganta contraída de Mirtea escapóse un leve grito:

—¡Arpad!... ¡Oh!, ¿será cierto?

—Sí, es la verdad absoluta. La mujer que has visto es realmente una Oulousof, pero no es Alejandra, sino su hermana menor, Fedora, que se le parece de un modo sorprendente, por más que aquellos que conocieron a la difunta puedan al momento distinguir algunas diferencias. Para ti, que no viste más que su retrato, comprendo que te haya sobrecogido la semejanza... Esa Fedora, casada y divorciada luego, como

su hermana, se ha convertido en una especie de aventurera, a la caza, siempre de medios onerosos para proporcionarse dinero. Como es fácil que haya leído en alguna parte el anuncio de nuestro matrimonio, se le habrá ocurrido intentar una estafa... No temas, pues, Mirtea mía; bien muerta está su hermana. He tomado todos los informes; no he descuidado nada, a fin de que no pueda subsistir la menor duda. La infeliz sobrevivió una hora a sus horrorosas quemaduras, y lanzó el último suspiro rodeada de la familia Burnett. No hay duda ninguna..., ninguna, te lo repito Mirtea.

Una dicha inmensa, sobrehumana, invadía a la joven que murmurando. «¡Arpad, esposo mío!», cerró los ojos y vaciló, a punto de caer semidesvanecida. El príncipe la recibió entre sus brazos y sentóla junto a sí en las gradas. Mirtea iba recobrando sus sentidos, y, distendiéndose sus nervios, empezó a sollozar dulcemente, reclinada la cabeza sobre el hombro de su marido. Éste la calmaba con tiernas palabras. Pronto cesaron las lágrimas, y Mirtea sintió que con la felicidad iba recobrando las fuerzas poco a poco...

Un hombre que llevaba el traje de los guardas rurales de Voraczy apareció de pronto en el claro. A un signo del príncipe avanzó hasta el peristilo.

—Dulby, manda hacer inmediatamente una batida en el parque y en los alrededores del castillo. Se trata de encontrar y de arrestar a una mujer que ha asustado a la princesa. Es joven, rubia, muy alta, de pálidos ojos azules y bellas facciones. ¿Podrías más o menos indicar cómo iba vestida, Mirtea?

—Llevaba un largo abrigo negro con capuchón. Pero me es imposible decir qué dirección ha tomado. ¡Estaba tan trastornada!

—Importa poco; se buscará por todos los lados. No puede estar aún muy lejos... ¿Has comprendido, Dulby?

—Sí, excelencia.

—Anda, y no pierdas tiempo.

—¿Quieres mandarla arrestar, Arpad? —dijo Mirtea cuando el guarda se hubo alejado.

—¡Indudablemente!... No ignoraba que hacía algún tiempo se la buscaba como culpable de una reciente estafa, y ayer tuve noticia de su presencia por estos contornos. Hice mal en no concederle la necesaria atención... ¡Qué sufrimiento te hubiera así evitado, amada mía! —exclamó el príncipe, contemplando con dolor el querido rostro, donde permanecían aún las huellas de la horrible angustia que había trastornado el corazón de Mirtea.

—¡Oh, se acabó ya; no hablemos más de esta pena! —dijo, sonriendo, la joven, para tranquilizarle—. Pensemos que fue una atroz pesadilla —añadió sin poder dominar del todo un estremecimiento.

—Si te sintieras bastante fuerte, nos retiraríamos, amor mío. El aire es algo fresco; y no vas suficientemente abrigada.

—¡Oh, sí, andaré apoyándome en ti, Arpad!

Lentamente, pues la joven princesa sentíase aún debilitada por aquella terrible

sacudida moral, encamináronse al castillo. En los salones, en los jardines, danzábase al son de las orquestas de tziganos. Nadie se había dado cuenta del breve, pero terrible drama que tuvo, sobre todo, por teatro el corazón de Mirtea.

Evitando la parte de los jardines donde bailaban las parejas, el príncipe condujo a su esposa hacia su gabinete-despacho, la instaló en un sillón junto a la ventana, y llamó a Miklos para ordenarle que trajesen té. Mirtea sosegábase paulatinamente bajo la influencia de aquélla afectuosa solicitud, en el tranquilo ambiente de aquella habitación inmensa, amueblada con severa y artística suntuosidad y ornada con profusión de admirables flores. Alzado sobre la gran mesa-escritorio de su marido, vio el último cuadro debido al pincel de Christos Elyanni, aquel lienzo que le representaba con su mujer y su hija. De acuerdo con Mirtea, el príncipe lo había mandado colocar en aquel aposento, donde pasaría a menudo muchos ratos con su esposa.

—De esta manera, ya que no he tenido el honor de conocer a tus queridos padres, los tendré con frecuencia ante la vista, lo mismo que a él —había dicho Arpad a su prometida.

¡Cuánto habría sido el goce de los padres de Mirtea si hubiesen podido contemplar la felicidad de su hija! Ésta había experimentado aquella misma mañana una impresión de tristeza pensando en su ausencia... Y todavía ahora brillaba una lágrima en sus ojos al fijarlos en el cuadro.

Pero una mano tomó la suya, y una voz cálida, aquella querida voz que hacía poco creía no volver a oír, murmuró a su oído:

—No llores, amada esposa mía, pues hoy disfrutan ellos también con tu dicha, y te bendicen... Mirtea mía.

Ésta levanto hacia su esposo su radiante mirada, donde tanto se reflejaba la pureza de su alma y el príncipe murmuró:

—¡Adoro tus ojos, Mirtea!... ¿Recuerdas que nuestro pequeñuelo Karoly lo decía así como yo?... Él también estaba hechizado con la luz de esos grandes ojos...

Miklos, entró en aquel momento, trayendo el té y anunciando que el guarda Dulby estaba allí pronto a dar cuenta de su misión:

—¿Ya? ¡Enhorabuena! Mándale que entre, Miklos.

El guarda presentóse cubierto de polvo y avanzó algunos pasos.

—¿Qué noticias me traes, Dulby? ¿Se ha logrado algo?

—Sí, excelencia; se la ha podido arrestar. Pero iba armada, y ha disparado un pistoletazo a Milhacz... Temo que le haya herido gravemente.

—¡Oh, pobre muchacho! —exclamó Mirtea—. ¿Vamos a verle, Arpad?

—Tú, no, Mirtea. ¡Basta de emociones para ti hoy! Permanece quieta aquí; vuelvo al instante, después de enterarme de lo que piensa de esa herida el doctor.

En la gran pieza, donde flotaba un ligero perfume, Mirtea permaneció sola, y cerrando los ojos probó de recordar con calma los temores y angustia por que acababa de pasar. Dios había oído favorablemente sus ruegos; había sufrido una

breve, pero dolorosa agonía, y a él, su esposo, de quien cierto día dijera: «Su dicha es mi dicha», la Misericordia habíale perdonado.

Un himno de reconocimiento, elevábase del alma de Mirtea, adonde había vuelto a reinar por completo la calma.

Algo inclinada, juntas las manos, oraba «para él», para el pobre herido en el cumplimiento de su deber, y para la desdichada criminal, que tanto la había hecho sufrir...

El príncipe Milcza entró, diciendo con voz jubilosa:

—¡Nada grave, nada absolutamente! Ese bravo Milhacz estará en pie dentro de pocos días, y percibirá un aumento de salario, que acogerá muy bien su numerosa familia.

Sentándose luego junto a su esposa, díjole emocionado y besándola en la frente:

—Desecha ya todas esas sombrías nubes que intentaron obscurecer el primer día de nuestro enlace, Mirtea mía. Tú continuarás siendo para mí la querida, la radiante hada de las flores... ya que por la influencia de tus virtudes, el arrepentimiento, la fe y la caridad, esas flores celestes se han desplegado en el alma, en otro tiempo endurecida y rebelde, en la pobre alma enferma del príncipe Milcza.

FIN



M. DELLY es el seudónimo colectivo de Jeanne Henriette Marie Petitjean de La Rosière y su hermano Frédéric Henri Josep. Ella nació en Avignon en septiembre de 1875 y comenzó a publicar bajo el nombre de M. Delly; murió en Versalles en 1947. Él nació en Vannes (Meurthe et Moselle) en 1876 y murió en Versalles en 1949. Eran hijos de Ernest Petitjean, oficial de artillería, y de Charlotte Gaultier de La Rosière.

María recibió la educación elemental de los jóvenes de buena familia, mientras que su hermano, después de sus estudios superiores, comenzó, en la Sorbona, estudios de derecho.

Tímida, reservada y reflexiva, Marie no gustaba participar en la vida mundana de la guarnición. A los bailes, las recepciones, visitas, prefería la lectura, la clase de lectura permitida a jóvenes hijas bien educadas de la época: novelas de Zénaïde Fleuriot (1829-1890), Marie Maréchal (n. 1831) y, especialmente, Eugenia Marlitt (1825-1887), una escritora alemana cuyos héroes eran viriles, valientes, nobles, apasionados y las heroínas, hermosas; protagonistas de vibrantes aventuras, y no la insignificancia de las vidas de los jóvenes oficiales de la guarnición provincial. En lugar de vivir la vida, María soñaba.

Inspirado por su lectura, encerrada con llave en su habitación, escribió sus historias inspiradas en las aventuras de Marlitt en un viejo cuaderno escolar, que guardaba en su cajón. Un día, su madre descubrió su secreto y, siguiendo el consejo de Federico, y con el permiso de su padre, Marie envió el manuscrito de uno de sus cuentos a varios editores. La Bonne Presse lo aceptó y publicó como una serie en la Navidad en 1894.

Después de haber escrito varios cuentos, que tuvieron éxito, pero no traen dinero, publica una primera novela, «En las ruinas», bajo el nombre de M. Delly que apareció en 1903. Sucesivamente publica «L'Etincelle (La chispa)» (1905), «La Maison du Lys» (1906), «Anita» (1909).

Marie Petitjean de Rosiere comenzó entonces a usar, por primera vez el seudónimo sugerido por Frederic, M. Delly. En 1913 publicó 25 novelas que vendieron por miles. Llegó a ser muy rica, pero continuó su modesta y apartada vida. Su único placer, casi una pasión, era escribir.



# Notas

[1] Bow-window: Ventana salediza en forma de arco de círculo. <<

[2] Mirtea: En la Grecia antigua, Mirtea era el sobrenombre de Venus, a la cual estaba consagrado el mirto. <<

[3] Ispans: Intendentes. <<

[4] Tziganos: También llamados zíngaros, bohemios y gitanos en el ámbito español.

<<

[5] Berceuse: Composición musical de canción de cuna, de melodía suave y ritmo uniforme, que pretende evocar el balanceo de la cuna. Estuvo de moda como pieza pianística entre los autores del siglo XIX y principios del XX (Chopin, Schumann, Brahms, Liszt, Debussy, etc.). <<